

CORONADOS VIVIMOS

RELATOS DESDE LA VENTANA

CORONADOS VIVIMOS

RELATOS DESDE LA VENTANA

Este libro fue realizado en abril de 2020.
Todos los textos e imágenes son propiedad
de sus autores.

Editoras	Virginia Pérez Aráoz Susana Morales Erica Krenn
Diseño	Ana Rey
Revisión final	Mariana Winocur

Prólogo

Nos propusimos hacer una compilación de relatos en primera persona para contarnos cómo devenimos en la -buena- gente que hoy somos. Una idea sencilla y una invitación que se extendió a los compañeros, al menos a los que no se les ha perdido el rastro, que ingresaron en el '83 a la Escuela de Ciencias de la Información de la Universidad de Córdoba.

“Disparadores” de estos relatos escritos en las horas y los días que le ganamos a la pandemia 2020, fueron las ventanas de nuestros encierros. La pregunta: “¿cómo fue que la pandemia te encontró en esa casa y en ese lugar del mundo?” resultaría lo suficientemente amplia y abierta para que cada uno se explayara.

Queríamos una foto del mundo exterior sacada desde nuestras ventanas para ver/leer las imágenes del adentro de cada compañero, compañera.

No buscábamos interpretaciones intelectuales acerca de las causas y consecuencias del virus, ni una autobiografía en forma de currículum vitae. Esperábamos relatos que remitieran a cada uno/a de nosotros/as. Relatos autobiográficos de tinte literario.

Recibimos una variedad de textos: anécdotas o historias puntuales, recuerdos, historias de vida, fragmentos de historias de vida, reflexiones, pensamientos sueltos, cartas y hasta ficción. En todos

los relatos hay al menos una referencia al virus y a la cuarentena, pero sobre todo hay cientos de gemas y pistas en los que sus autores nos abren su alma y nos ofrecen su confianza.

Les agradecemos infinitamente la participación (que casi duplicó nuestras expectativas iniciales). Editarlos nos permitió tener partecitas de cada uno/a que, escondidas en las palabras, fueron saliendo a nuestro encuentro. Conmueven la sinceridad, el entusiasmo y el amor con que cada uno/a condimentó su relato. También eso agradecemos.

“La propuesta nos volvió a unir tirando del hilo conductor de nuestra historia en común desde hace 35 años”, fue uno de los comentarios que recibimos. La renovación de la confianza, el respeto, la nostalgia, el humor, el intercambio de ideas y por qué no, el amor al grupo, es el regalo que nos hacemos en estas páginas.

Virginia, Susana y Erica.

*En varios de los textos que siguen,
sobrevuelan nombres de quienes ya
no están, compañeros que viven en
nuestras memorias pobladas de tantas
historias. Hasta la próxima página,
Búho, Elsa, Gringo y Vity.*

Índice

¿Y si fueran puertas? Alicia Álvarez	13	Expedición Jorge Gaiteri	65
Esos fantasmas con barbijos Silvia Cañete	17	Lo que nos salva Marcelo Gallo	71
Mi madre, mi suegra y la voz de esta experiencia Gabriela Castillo	21	Un abrazo Susy <i>Patty</i> Juárez	81
La pandemia que me dejó sin ruedas Rafael Cerezo	27	De amores... Erica Krenn	91
Escrito a fuego Gladys Della Schiava	33	El tiempo en el que me busco Norma Lezcano	99
Red light Dulio Di Bella	39	Yo no vengo de esta ventana Jorge <i>Petete</i> Martínez	103
Cuando todo pase Liliana Díaz	43	Racconto Pablo Alberto Mocci	107
Intimididades entreveradas Josefina Edelstein	51	La higuera Susana Morales	111
Mandinga debe saber Eduardo Eschoyez	55	Con vista al patio Carmen M. Moyano	119

Bicho – Culito – Che Guevara	
Virginia Pérez Aráoz	123
Narcisismo, Censura y Coronavirus	
Pablo Pucci	129
Todo mentira	
Ana Rey	135
A mano alzada	
María Ester Romero	139
Retorno al origen	
Hugo Rosales	145
Cuatro penas	
Marcos Saal	149
De pronto, despertó	
Daniel Salazar	157
Parí, como parió mi stapelia grandiflor	
Mariana Winocur	165
Matutina: caracoles	
Cynthia Zak	173



¿Y si fueran puertas?

ALICIA ÁLVAREZ

La Granja, Córdoba, Argentina.

HACE MÁS DE VEINTE AÑOS QUE CON JULIO Y NUESTRAS DOS HIJAS mayores nos mudamos a las sierras. Empezábamos a descifrar cómo era la vida en el pueblo cuando nació la menor. Para esa época, las travesías en el Fiat 147 hasta llegar a la Docta fueron espaciándose cada vez más. Esa bruma gris desde el puente antes llegar al peaje, la cola de autos y algún bocinazo, empezaron a sentirse como un paisaje extraño.

La propuesta para escribir estas líneas era pensar qué veo desde mi ventana en estos días, pero acabo de darme cuenta que desde que vivo en las sierras casi no miro por la ventana. Quedarme atrás del vidrio viendo un paisaje no es lo mío. Abro la puerta y salgo. En los días de calor, el cuerpo va solo a la mesa de abajo de la mora. Ahí donde estuvimos mateando con Gustavo cuando se apareció una tarde después de unos treinta años sin vernos. No me acuerdo de qué hablamos y seguro que él tampoco, pero no paramos ni un segundo.

En invierno sí, claro, me asomo a ver qué pasa. Pero no me detengo a describir lo que veo en una foto porque se cuele bastante el frío por las ventanas poco herméticas. La rutina de la estufa rusa marca la salida obligada al patio, aunque sea feriado o nos agarre la cuarentena. La puerta de chapa de la cocina que da al sur, emite un pronóstico bastante acertado de la sensación térmica. Hay que tirar

las cenizas en el tacho de lata, buscar ramitas finas para cocinar, otras medianas para pasar la siesta y también esos troncos de acacia negra que invadieron el terreno de acá cerca y que cada tanto Julio troza y apila.

Pararse frente a la ventana y sacar una foto.

Bueno, esa me la sé. Es simple. Desde acá se ven las hojas de los anquitos, grandotas a medio comer por alguna oruga y las flores de amor seco que avanzaron casi hasta el chañar y ya taparon los aloe vera. Me doy vuelta para apagar el fuego porque el agua de la pava casi hierve. Preparo el mate y vuelvo a la ventana porque me parece que Erica -con c-, se dio cuenta que dejé de ver para el patio.

¿Y esas cáscaras de naranja secadas al sol que se enrulan colgadas de unos hilos? De esos que se usaban para ajustar los paquetes envueltos en papel sulfito, y que se ataban con un moño de una sola oreja. ¿Y esa construcción al lado de la mora? Adentro hay unas estanterías con polvo, frascos de café, fideos sueltos, porotos, sifones de vidrio y una caja de Mazawatee, que tiene pegado un rótulo escolar con renglones azules y a lápiz escrito: “remedios”. Ventanas no tiene. Solamente la puerta que da al patio de mosaico de la casa de la abuela. Y al lado, el bañito. El galpón fue el bunker perfecto que ella insistía en justificar: -Es para cuando venga la guerra. Tranquiliza pensarla con la cuchara de metal que parece una palita, sacando arroz de la bolsa de arpillera y armando paquetes de un kilo para que los vecinos del bajo retiren del zaguán. Tranquiliza que haya enseñado que hay que ayudar.

Qué manera de aparecer imágenes como flashes. Y la consigna cada vez más lejos. Las editoras fueron claras: frente a la ventana.

Y ahí voy, ahora con tres años, sentada en la ventana de la cocina de la casa del Alto Paraná. Escucho voces en el patio y como siempre, salgo. Mis hermanos juegan a las figuritas, pero con hojas de las plantas. La Male acomoda los tarros de leche Nido y empareja las tapas para que no se escapen los cascarudos de un solo cuerno que guardó esta mañana. Subo al asiento de atrás de la renoleta que siempre está abierta y bautizo a la muñeca de plástico duro, esa que me regalaron para el cumpleaños. Alguien grita - ¡adentro! A los empu-

jones, pasamos rápido a lavarnos porque es hora de la merienda. Y después, la pelea diaria para ver quién se baña primero. Los grandes apuran las tareas antes de que la cooperativa corte la luz a las nueve de la noche. Y vuelven a hablar sobre temas aburridos. Que hay que cepillarse las uñas, que hay que conocer los peligros, que hay que abrir bien los ojos, que si alguien se corta es importante actuar rápido. Reglas básicas de la casa que mamá maestra nos enseña, al igual que a los chicos en la escuela del pueblo, con la última edición del manual de Higiene y Puericultura de Santos Lara, 1961.

Parece mucho tiempo, pero fueron un par de amagos nomás. Intento otra vez. Simple: paisaje y foto; foto y paisaje. Y punto.

Esta vez hago un poco trampa, olvido la ventana y me quedo afuera. Porque desde adentro no me va a salir. Mejor me concentro, pongo la mente en negro. Es que si cierro los ojos veo todo negro, no blanco. Ahí voy encarando derecho para la imagen. ¿En serio justo en ese momento tenían que caer las nueces sobre las hojas secas? No me queda otra: voy a tener que alejarme del nogal porque así es imposible.

Me voy a la lomita, que ahí da más el sol y seguro la luz va a hacer que al cerrar los ojos vea blanco y se revele la foto. Pero sin querer los abro de nuevo. Oh, mirá la panzada que se están dando los pepiteros de collar -esos que tienen el nido en el tala- con las semillas de zapallo que puse a secar hace unos días. Tengo que juntar esos pimientos antes de que venga una helada.

Con la cuarentena y esto del trabajo en Defensa Civil, la casa se está descontrolando. Habíamos planeado poner chuchetas para reemplazar las camitas individuales que usaban las chicas cuando vivían en casa y ahí quedaron, a medio armar en el quincho, que pasó a ser un depósito de cosas pendientes. Teníamos una agenda de trabajo para mejorar la casa más o menos coordinada, y resulta que viene a pasar esto. Y sí. Parece que no era verso lo que aprendimos en la militancia en los movimientos ambientales. Parece que lo esencial iba por el lado del cuidado. Aire, agua, bienestar, soberanía alimentaria, comunidad, trabajo en red. Tan simple, tan fácil, tan tan difícil.



Esos fantasmas con barbijos

SILVIA CAÑETE
Catamarca, Argentina.

VIVO EN UNA TIERRA PLAGADA DE SIMBOLISMOS, DONDE NADA debe leerse como se presenta. A escasos metros de casa, emerge el llamado “Pueblo perdido”, un sitio arqueológico que representa el intento de la Cultura Aguada por aferrarse a las piedras para no desaparecer totalmente. Y allí están sus huellas, como testimonio desesperado para recordarnos que estos cerros -que ahora me convocan todo el tiempo- pueden ser protección, pero también aislamiento...

Y en esta clave simbólica también debe entenderse la interpretación que muchos catamarqueños le dan a la ausencia de casos oficiales de Coronavirus en la provincia y la creencia - no declamada públicamente - de que la Virgen del Valle tiene algo que ver. Hace casi 30 años que intento comprender a este pueblo que, entre leyendas mágicas y creencias religiosas, le asigna un significado particular a todo lo que ocurre en la vida.

El estado de aislamiento me tomó por sorpresa y, de alguna manera, me resultó una situación cómoda y necesaria, particularmente durante los primeros días. También debo confesar que dediqué mucho esfuerzo para controlar la fuerza de la inercia. Luego de acomodar la agenda laboral, recrear la convivencia con mi hijo y marido, coordinar las clases por aulas virtuales y acordar reuniones por meet,

me dediqué de lleno a dominar los varios fantasmas que se dieron cita sin ser convocados. El silencio trae habitualmente algunos miedos urgentes.

¿Qué sentido tendrá la irrupción de este virus en nuestra historia? ¿Si el mundo cambia de tal manera que luego no podemos reconocerlo? ¿Si el aislamiento me devuelve imágenes de mí que resultan poco amigables? Como siempre vivo en género dramático, las preguntas con trasfondo apocalíptico me habitan con frecuencia. El pijama holgado, las pantuflas silenciosas y el rodete fácil me sientan bien pero, de pronto, está el encuentro inevitable con uno mismo. La cuarentena tiene un sabor extraño entre lo grandioso y lo trágico, según cómo nos encuentre.

Por estos días y tal vez más que nunca, la vida está mediada por la pantalla y esto despierta paranoias hasta para los más inocentes. ¿Si la realidad fuera más cruda de la que nos cuentan?

Por eso digo que los fantasmas también acechan desde afuera y el virus nos descoloca con la cantidad de muertes, las calles vacías, la transgresión hasta con los más poderosos y el dolor con los vulnerables de siempre. Los barbijos, los guantes o el alcohol no son más que barreras invisibles que ponen un cerco entre el adentro y el afuera, entre nosotros y el mundo. Sin embargo, en medio de la lluvia de datos que aturde, la pandemia nos enfrenta a la posibilidad de la muerte. No es noticia, lo sabemos desde siempre, pero en estos días los fantasmas insisten en recordarlo.

Es cierto: el silencio es un escenario propicio para germinar incertidumbres, pero también permite que resurja desde algún lugar escondido la habilidad de supervivencia, como mis antiguos vecinos del “Pueblo perdido”. Resuena en mi cabeza una frase de Camus que fue reveladora hace un par de años y que ahora, cuando escribo este breve relato, se hace presente: “En medio del invierno aprendí, por fin, que había en mí un verano invencible” (Camus, 1952).



Mi madre, mi suegra y la voz de esta experiencia

GABRIELA CASTILLO
Mendiolaza, Córdoba, Argentina.

PUEDO VER ESA MORA DESDE LA VENTANA DE MI DORMITORIO. O, quizá, debería decir: puedo ver por esa mora. Esa mora me ayudó a explicarle a Amparo que su abuelo moriría. Que como a las hojas de la mora, la vida lo iría abandonando hasta que se desprendiese. Que la vida volvería en hojas nuevas y que, las que irían cayendo, protegerían las raíces del árbol en tiempos duros.

Hoy la mora tiene unas pocas hojas amarillas. Seguramente serán las próximas en caer. Pero hasta entonces, las que permanezcan verdes la protegerán, le evitarán el viento y los primeros fríos.

Nosotros fuimos a buscar a nuestras hojas amarillas al principio de la cuarentena y las trajimos a casa. Para protegerlas, para protegernos.

Señor Juez, no se culpe a nadie por mi cuarentena

Construí esta casa cuando era muy soltera. No había vecinos en doscientos metros a la redonda. Las calles eran de tierra y un tractor sacaba los autos empantanados después de cada lluvia. Usaba el asiento de atrás del auto como guardarropa: botas de goma, abrigo, algún calzón por si no volvía y los zapatos de tango. La mitad de mi existencia transcurría entre zorros, cuises y corzuelas; la otra mitad, de milonga en milonga. Para esa vida, que imaginaba eterna, alcanzaba con tener un ambiente con cocina, abajo, y otro con baño,

arriba. Nunca imaginé que con el correr de los años la escalera se iría volviendo cada vez más empinada.

A veces pienso cómo fue que pasé de esa soltería a ser abuela en poco más de 10 años. Podría sintetizarse así: me enamoré de un hombre, me casé con sus dos hijos. Es de imaginar, un hombre dispuesto a casarse con una mujer como yo, algo raro tenía. Una ex esposa viva y otra muerta, y dos niños en edad de primaria, eran la parte más importante de su dote. Y si acepté ser la tercera fue para que esos niños sean mis hijos hasta que la muerte nos separe.

La casa se fue poblando y agrandando, siempre más lo primero que lo segundo. Adoptamos perros, gatos y un caballo que insistía en querer entrar al comedor. Llegó Amparo. Los chicos se hicieron grandes, pero antes uno de ellos nos hizo abuelos. Hubo reuniones familiares o juntadas con amigos cada fin de semana durante casi 20 años. Siempre hubo una cama para un recién separado, un amigo de un amigo que venía de lejos, o un músico que pasaba en gira.

En esta casa leudaron nuestros sueños. Pensamos programas de radio, festivales de tango, una radio comunitaria, un sitio de noticias sobre el pueblo. Aquí dimos pelea a nuestros terrores sobre el destino de nuestros hijos y, a veces, también sobre el nuestro.

Nosotros hicimos esta casa y una hija que se llama Amparo. Y eso era lo que teníamos para ofrecerles a las abuelas cuando se largó la cuarentena.

Todo sobre las madres

Mi mamá y mi suegra comparten ahora la habitación de Amparo. A simple vista, podría ser lo único que comparten.

Mi suegra jamás contó que se casó embarazada o que su marido le metió los cuernos, pero no es que no le haya ocurrido. Mi madre publicó cinco libros contando esas y otras cosas que involucraban al resto de su familia.

Mi suegra tiene muchísimas amigas y algunos pocos libros. Mi madre, todo lo contrario.

Creo que la alianza entre ellas comenzó el día que nació Amparo. Seguramente las dos estaban conmovidas, muertas de amor

y de miedo por esa bebé que con un poquito más de un kilo no podía respirar sin la ayuda de un aparato. Pero no fue eso lo que las unió, sino el guardia de seguridad que vino a decirles que el horario de visita había terminado. Fue entre un “*carajo*” y una amenaza de carterazo al pobre hombre que se miraron y pensaron “esta es de las *mías*”. Lo cuentan siempre como si hubiesen presentado en ese descubrimiento el alivio a un destino que las esperaba.

Vino después la viudez, que cada una vivió a su modo. Yo estaba ahí cuando murió su marido y escuché a mi madre rogar “*Un ratito más. Quedate un ratito más*”. Mi suegra, si no fuese por sus hijos, celebraría cada aniversario de la muerte de su esposo como si fuese el Día de la Liberación.

Con la viudez vino el reaprenderlo todo, reinventar la cotidianidad, sufrir y finalmente disfrutar la soledad. Allí se instalaron -en distintos tiempos, pero definitivamente- para recibirnos de vez en cuando y pasar con nosotros los veranos.

Para la primera Navidad hacía dos meses que había muerto mi viejo y el champán era más amargo que nunca. Sabíamos que ningún regalito nos consolaría y que el choque de las copas nos aturdiría de recuerdos. Sólo quedaba pasarla. Pero justo antes de la cena María y Elvira entraron al comedor; traían sobre la cabeza sendos tocados hechos de moños y bolas de arbolito. Y empezamos a reír. Mi mamá había escrito el texto que mi suegra nunca pudo memorizar pero que sorteo con una, hasta entonces, desconocida vocación. Amparo había sido responsable de la utilería y los efectos especiales. María y Elvira tenían en sus corpiños todo lo que necesitaban tener a mano: los dientes, las llaves, los anteojos y a medida que revolvían en sus intimidades intercambiaban confesiones. Al final de la escena María y Elvira se iban abrazadas, sostenidas la una por la otra. Sosteniendo nuestro mundo.

María y Elvira en el país de la cuarentena

Mi madre y mi suegra, todos los días un ratito, vuelven a jugar a que son María y Elvira. Generalmente lo hacen mientras lavan los platos. Es parte de la extraña rutina que se va instalando en los días

de aislamiento.

Las dos salieron de sus casas imaginando que ya volvían, casi con lo puesto. Entre la escasez de vestuario y cierto relajamiento en las costumbres, la casa parece un pijama party abierto las 24 horas.

Mi madre y mi suegra abusan de mi marido, que es el que se queda abajo cuando yo huyo por la empinada escalera hacia lo que ahora es el estudio y me escondo bajo los auriculares.

Por lo general, sus preocupaciones rondan lo financiero: *pagame la tarjeta, sacame plata del banco, cambiame la clave, transferile para la comida del gato, conseguime un turno en el banco, fijate si me depositaron, necesito el resumen de cuentas, cómo hago para pagarle a la peluquera*. Un día mi marido también huirá por las escaleras, pero rumbo al cielo.

Mi madre y mi suegra están seguras de que los objetos inanimados tienen una relación personal con ellas, siempre teñida de cierta inquina. Mi suegra está segura de que el teléfono “le” manda cualquier cosa que aparezca en Facebook, que “le” borra los mensajes, y que “le” pasa a Whatsapp lo que ella está segura que llegó por Messenger. Lo de mi madre es más la computadora: Word “se” esconde, su Whatsapp no “le” muestra lo mismo que en el teléfono y Gmail se empeña en abrirle mi correo, nada más que para joderle la vida.

Mi madre y mi suegra hablan por teléfono buena parte del tiempo. Mi suegra habla con mil amigas por día. Mi madre habla mil veces con su novio.

Mi madre se pelea y se reconcilia con su novio. Se pelea, se reconcilia, se pelea, se reconcilia, se pelea, se reconcilia. Sucede a tal velocidad que sospecho que a veces se reconcilia sin haber alcanzado a pelearse. De todas formas no hay constancia de que él llegue a enterarse.

No conozco personalmente al novio de mi madre, pero al calor de la cuarentena ya somos como hermanos. Sobre todo porque él acaba de cumplir 56, justo antes de que yo cumpla 55. Todo un gesto de su parte.

Mi madre y yo debatimos sobre el futuro del feminismo, mientras mi marido prepara el almuerzo y de vez en cuando interrumpe pre-

guntando qué queremos para la cena. Mi suegra nunca adhirió al feminismo, siempre estuvo muy ocupada trabajando doble turno en un banco, mientras en su casa su marido preparaba la comida. Pobrecito el patriarcado, en casa lleva dos generaciones caído y pisoteado.

Mi mamá y mi suegra manejan un complicado sistema de metadatos para cualquier significante. Por ejemplo: “*el actor que hace la película en la que se encuentran en el Empire State, con la que hace todas las de amor, que finge el orgasmo con el que conduce los Oscar*”, significa Tom Hanks. Hay que reconocer que cualquier conversación resulta muy enriquecida, aunque a veces, un poco larga.

Mi madre y mi suegra mantienen diálogos incomprensibles, aún para ellas mismas. Pero no parece que eso afecte la comunicación entre las dos:

–Esta noche desde el Cervantes transmiten un especial de Gambas al Ajillo.

–No, es el sábado, desde el Colón, pero no me preguntes qué.

Mi mamá pasea el perro por el patio y saca la maleza de la yerba buena. Mi suegra mira novelas turcas. Mientras tanto la radio y la televisión gritan todo el tiempo que ellas serán las próximas.

La muerte, que siempre estuvo ahí, avanzó cuatro casilleros desde que comenzó la pandemia. Batallan contra la muerte como lo han hecho con todo en la vida. Tienen estrategias que ellas mismas desconocen. Yo las miro, tratando de aprender algunas: mucha lucidez y una cuota oportuna de alienación. También eso protegerá nuestras raíces.

A veces pienso que la mora es nuestro árbol genealógico. Que las hojas que vendrán no sabrán de estos días pero se nutrirán de esta experiencia. Y que si alguien remonta la mora hasta la Eva mitocondrial, siguiendo sólo el camino de las madres, seguramente encontrará la risa.



La pandemia que me dejó sin ruedas

RAFAEL CEREZO
Córdoba, Argentina.

DESDE QUE TENGO USO DE RAZÓN, LOS AUTOS DE CARRERA SON LA principal razón de mi existencia. Tengo una foto con mi padre a los seis meses y un auto de carrera en mi mano: listo, mi futuro ya estaba trazado.

Soy técnico en automotores. No me gustó la Ingeniería (cursé dos años) y me incliné hacia el periodismo, ingresando a la por entonces *Escuela de Ciencias de la Información*. No llegué a recibirme, pero pude afianzar y recibir conocimientos que no tenía y que me serían indispensables para mi futuro periodístico. Además, conocí personas que dejarían su huella en mi vida: amigos, docentes y compañeros que hoy veo repartidos por el mundo.

Como antes de mi ingreso a la ECI, yo ya trabajaba en radio y en diarios, hablando y escribiendo sobre mi pasión: los autos y las carreras. Es una comunión que ya lleva 39 años, de los 63 que tengo de vida. Como si fuera una película -en la que yo escribí el guión- pasé de pechar autos y mostrar banderas como colaborador en una pista a relatar por radio (como lo hacía jugando en el patio de casa con mis amigos) las carreras de autitos. Comencé escribir notas sobre tal o cual carrera o piloto para las páginas de diarios y revistas. Hoy, con casi 45 años de ejercer la profesión y ser (según dicen) un “referente” de la actividad por mis conocimientos y mi archivo, busco describir

este frustrante presente y mirar con optimismo hacia un impredecible futuro.

Todo se derrumbó en un mes

El 2020 aparecía como un año particularmente intenso para el automovilismo deportivo y en particular para mí. No soy un loco de los horóscopos pero me llamó la atención que, como acuariano -nací el 31 de enero-, me predijeran que iba a tener un año brillante en lo personal y en lo laboral y que todo lo bueno empezaría a llegar en enero. Lo tomé con pinzas porque no estoy acostumbrado a llevarle el apunte a las predicciones y porque tanta bienaventuranza sonaba simplemente increíble.

Me sorprendí cuando, sin haber llegado a las tres primeras semanas del año, ya tenía tres propuestas interesantes de trabajo y más: presentar un libro sobre el cual tenía una buena parte escrita sobre los 40 años del Rally Argentino, que viví desde 1980.

Decía que no era un año más porque el Rally Mundial en Córdoba previsto entre el 23 y 26 de abril, cumplía 40 años y, a la par, era la carrera número 600 de la historia. Muchos datos para jugar: 36 veces corriendo en Córdoba y un repaso de 39 años que era imperativo para recordar, y hacerle recordar a los lectores y amigos, mucho de lo había pasado y que, por el paso del tiempo, nos habíamos casi olvidado. Allí estaba yo, dando vuelta mi gran archivo para poner en acción un montón de recuerdos para los tuercas y los que no lo son tanto. Además, este mes de abril me prometí que viajaría a Termas de Río Hondo para ver el MotoGP a nivel mundial, para la cobertura de cinco grandes carreras. Durante 10 semanas estaría laburando al tope.

También aparecieron otras propuestas: suplementos para diarios, la revista oficial del Rally (100 páginas) y otras iniciativas no menos interesantes. El 2020 traería trabajo y unos buenos pesos.

Preparé todo, pero llegó el coronavirus y me dejó sin ruedas. De la noche a la mañana, me quedé sin fechas internacionales, sin carreras en el mundo y sin nada para hablar y escribir, que no fuera el Covid-19 y su expansión de horror y muerte por todo el orbe.

Cuando todavía se podía, salir fue la la excusa ideal para visitar amigos, ir al cine y ocupar el espacio. Todas actividades que, por mis ocupaciones que apenas me permitían dormir, gracias al coronavirus ahora podría realizar.

Y llegó la cuarentena. Yo no la sentí mucho al comienzo ya que hace tres años que escribo las notas para el diario desde mi casa. Pero con el correr de los días, se fueron acumulando horas por llenar. Soy un coleccionista y acumulador desde siempre y no quedaron revistas, fotos, calcomanías y todo lo que tengo en casa, que no pasaran por la supervisión del momento. Tiré un montón de cosas y ordené otras; acomodé el placard, el patio y el jardín e hice la limpieza diaria...pero de autos y carreras, ¡nada!

Sólo los anuncios de postergaciones que llegan desde todo el mundo y que me siembran dudas sobre si podré hacer algo de lo mucho que tenía planeado en este 2020. Llegó también, y para quedarse quién sabe hasta cuando, la imposibilidad de salir ante el riesgo del contagio. Por mi edad, soy de los que están en zona de riesgo y que no tienen ni que aparecer en escena. Así es que me muevo en el radio de una manzana donde tengo todo lo necesario para comprar y subsistir sin problemas. aunque cada día que pasa me preocupe más y más. *¡Ayy, coronavirus, por qué tuviste que llegar ahora para complicar al mundo, para privarnos de lo mejor que nos brinda la vida: amigos, amores, relaciones con los hijos, vecinos y todo aquello que nos hace ser lo que somos, seres sociables por naturaleza!*

¿Por qué llegaste justo ahora, en este 2020, que aparecía como el comienzo de un ciclo espectacular para todos y en particular para mí. Llegaste y te plantaste para que te tuviéramos miedo, con la fuerza de un ciclón o un tsunami? Justo a nosotros que, como en mi caso, convivimos con el peligro al borde de una ruta o de un circuito y que piensas que nada te va a pasar tomando agua de una canilla en Nairobi, África, o exponerte bajo un sol abrasador en el desierto peruano o en la extensión chilena, cubriendo un Rally Dakar... en pleno mes de enero.

Todo mi trabajo del verano, que se llevó muchos días de búsqueda y transpirar la camiseta, al imperio de las altas temperaturas de este verano, quedó encerrado como en penitencia en una caja y

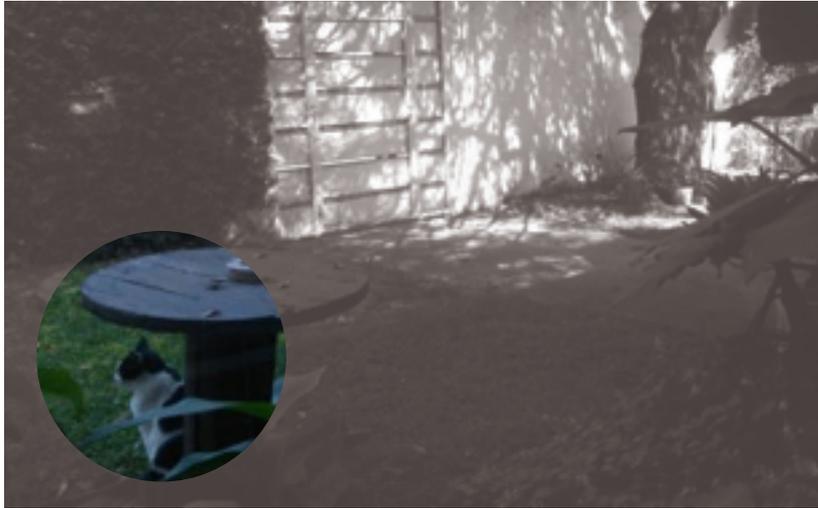
nadie sabe si volverá a salir de allí. Al menos por este año, me parece que no.

Espiando la vida

El virus te espía, está al acecho, listo para -tal vez, ojalá que no- contagiarte si se agarra con la guardia baja. Él se encargará de liquidarte tan rápidamente, que no te dará ni tiempo ni posibilidades de despedirte de tus seres queridos y sólo serás parte de un cifra que todos quieren olvidar y que servirá para las estadísticas.

Mirar las noticias hoy es como entrar en un túnel donde, si bien hay luz al fondo, no sabés si vas a llegar a verla en su totalidad. El planeta está convulsionado, las calles desiertas, las casas son mundos paralelos donde las personas pasan muchas horas solas o en pequeños grupos, que ya no se aguantan de *pensar qué comemos hoy, si ver tal o cual película, si ya la vieron o qué hago junto a esta mujer. Apenas termine la cuarentena me separo o por el contrario, cuando salga de ésta, me busco una compañera, porque si tengo que pasar otra vez por lo mismo, no sé si lo resistiré...*

Los valores están cambiando y, en muchos casos, para bien. Ya no te atrae tanto la gambeta de un futbolista jugando por la Eurocopa en Alemania, como el reconocer al -hasta ayer- ignoto científico que va descifrando el coronavirus y puede llegar a descubrir una vacuna. Esa vacuna que te permita no pensar si trajiste el barbijo, si tenés a mano el papel que te permita transitar por los controles estrictos de circulación. Esa vacuna que te dejará volver a disfrutar del sol en una playa, de andar en bicicleta o de caminar junto a un amigo despreocupadamente en un centro comercial.



Escrito a fuego

GLADYS DELLA SCHIAVA

Villa Rivera Indarte, Córdoba, Argentina.

LA PRIMERA SEMANA DE MARZO DE 2020, CON MIS AMIGAS Romana, Amancia y Safina maduramos la vieja idea de hacer un viaje. Ninguna de las cuatro había tenido vacaciones aún. Los días estaban calurosos y, aunque el sol de marzo ya no brillaba como en pleno enero, invitaban a huir. Todas estábamos ávidas de agua, sol y una escapada de unos pocos días, como pretendiendo atrapar de los pelos los últimos calores que nos regalaba el verano en retirada. Romana se puso en la ardua tarea de encontrar un lugar, “el” lugar.

Buscaba y buscaba y nos preguntaba si nos gustaban este o aquel albergue en el que podríamos hospedarnos. Veíamos fotos y más fotos -una más tentadora que la otra, porque cada hotelero se empeñaba con ahínco en mostrar las bondades de su sitio. Estuvimos a punto de concretar varias veces, pero siempre les faltaba o sobraba algo. Un día apareció un lugar que prometía satisfacer todas los requisitos de cuatro mujeres pretenciosas. Rápidamente, estuvimos de acuerdo con la elección y concretamos la reserva.

Partimos, muy temprano, un martes de la segunda quincena de marzo. Íbamos cargadas de ilusiones, alegría, expectativas y de todas esas cosas tan bonitas que llevamos en nuestros equipajes cuando levamos anclas. En el transcurso del viaje cantamos nuestras mú-

sicas, reímos y nos contamos historias de vida. El camino se hacía cada vez más angosto, más verde y más frondoso. En un momento se hizo tan estrecho -y con sólo un puntiagudo pedregullo por asfalto- que temimos no arribar a destino.

Llegamos. Como si ingresáramos a un templo, comenzamos a voltear nuestras miradas para ver una imagen más increíble que la otra. Estábamos las cuatro solas en la inmensidad. A nuestra izquierda el Champaquí, sus hermanas erguidas, casi al alcance de nuestras manos. Avanzamos caminando, batiendo palmas, buscando encontrar algún humano pero sólo salieron a recibirnos esculturas de Buda, senderos que el sol bañaba a pleno, con vertientes cristalinas que serpenteaban, templos de adobe blanco elevados como ofrendas al cielo, temazcales de barro y paja con sus puertas abiertas como bocas y literas de bambú con cojines de telas coloridas, que invitaban a echarse a mirar el cielo.

En un caminito encontramos a una mujer y le preguntamos por Beatrice. Nos indicó que siguiéramos más adelante y, efectivamente, unos pasos más allá Beatrice nos salió al encuentro. Como salida de un círculo del Dante, la enorme pequeña mujer tenía cabellos blancos, mirada cristalina y algunas marcas del tiempo que no opacaban su rostro radiante. Muy amablemente nos convidó a seguirla, conduciendonos a la que sería nuestra casa. Nuestra cabaña, nuestra morada, nuestro hogar por unos pocos días. Completamente construida con materiales nobles, antigua maderas, rocas autóctonas, como sacado todo de otro lugar y otro tiempo y montado allí con exquisita calidez y equilibrio. Cada detalle, cada rincón, convivía en perfecta armonía con el entorno tupido y frondoso de plantas exóticas y autóctonas.

Nos acomodamos allí y sentimos al instante que era nuestra propia casa. Nadie dijo nada, pero todas intuimos que esa sensación era compartida: habíamos encontrado ese lugar soñado y perfecto.

Los días transcurrían intensos cuando había sol y apacibles si tocaba lluvia. Lagarteábamos en una extensa piscina rectangular, en cuya cabecera había un templo, cual Taj Mahal, que tronaba un Buda sobre rocas del lugar. Por las noches, no nos privamos de

baños de agua y luna. La inmensa vía láctea encendía la oscuridad.

Desde que llegamos, nunca dejó de estar prendida la hoguera que, Romana, cual Nerona, alimentaba en un ritual natural. La atmósfera alrededor de la hoguera nos envolvía. El fuego, mi elemento, mi alimento, ese que aprendí a dominar hace algunos años, esa materia combustible que me hizo torcer mi destino, nunca estuvo ausente en mi vida .

Cuando el jueves anunciaron que hablaría el Presidente de la Nación, colocamos en el centro de la antigua mesa de pinotea de la galería frente al fogón, uno de nuestros celulares. A media luz, con el trasfondo de pájaros y ramas, recibimos ese cachetazo de la vida que quizá nos negábamos a acusar. Azoradas, desconcertadas, casi incrédulas, nos subimos a la cuenta regresiva. La cruda realidad que, hasta ese momento, era la realidad de otros confines lejanos de la tierra, se había convertido en nuestra realidad. No sabíamos qué vendría, pero estábamos seguras que algo terminaba. Algo cambiaba y para siempre. Un enemigo, temible, invisible, estaba golpeando a la puerta. Nos igualábamos en la desgracia al resto de la humanidad.

Yo, que creía que ya conocía todos los miedos, acababa de descubrir uno nuevo. Los miedos van creciendo desde chiquitos, a distintos tiempos. Hoy recuerdo los miedos que tuve: cuando niña quién sabe a qué, en mi adolescencia a crecer y perder mi niñez, o de perder simplemente, hasta sentir algunos que se hicieron realidad cuando se convirtieron en dolor, cuando partieron mis seres más amados, esos que se fueron antes de tiempo. También cuando cambié la posibilidad de ser una futura comunicadora por emprender el rito iniciático en las artes del fuego.

Desde que encendí por primera vez una llama, supe que ese sería mi camino, que me era muy amable jugar con fuego, que me daba la libertad que me faltaba. A través del fuego pude hasta revertir tiempos y amores, en minutos derretí alianzas que sellaron grandes pasiones, o construí ilusiones de eternos amantes, o reconvertir esa piedrita de la ancestra encontrada al fondo de un cajón, en una joya, cuándo llegó la hora.

Esas largas horas en mi taller, donde siempre encontré un re-

manso, en éstos días están ausentes. Desde que terminó ese corto viaje y cada cual volvió a su faena, sentí que era diferente, que no tenía apuros ni por terminar una pieza para el fin de semana, ni para el otro, ni siquiera para el mes que viene. Literalmente colgué mi soplete, por primera vez en casi una treintena de años, no me siento como cada día en mi sillón a manipular mis juguetes, mis herramientas.

Y pensar que yo imaginaba que en la cuarentena haría muchas piezas para aumentar mi paño, para volver a mi puesto, que iba a tener el tiempo que siempre me faltó para apostar a nuevos diseños, experimentaría nuevas técnicas que el ritmo permanente de la feria, a veces me impedía realizar. Cuando iba viendo que me rehusaba naturalmente a ingresar al taller, pensé... mirando los techos, que les vendría bien una mano de pintura. Tampoco pinté.

Ahh, también separé la pila de libros, que hace tiempo no tengo tiempo de leer, pero no leí ni uno solo. Pensé que podría restaurar varias piezas arrumbadas esperando su turno, pero siguen allí. Me pasaron listas de series y películas imperdibles, algunas ví y disfruté muchísimo. Con lo que que sí continué es con mis clases de yoga, eso sí, virtuales. He perdido un poco la medida del tiempo, o sea, del tiempo como lo contaba y medía antes del “pandemonium”. Mis pensamientos me llevan de aquí para allá, mi cabeza no para ni aún de noche, los días son más cortos, los tiempos son más largos, ese viaje que rememoré hace un rato me parece que sucedió hace un siglo: si no lo contaba, quizás ni lo recordaría con tantos detalles.

Como siempre busqué la libertad, esta vez también la encontré en el no hacer todas esas cosas que creí que debía hacer y no hago: me permito no hacerlas sin sentir culpas. Tampoco siento culpa de levantarme al mediodía y desayunar a las dos de la tarde, de acostarme a la madrugada, de empezar temprano con una cervecita, de pasar horas frente a una pantalla leyendo cualquier cosa.

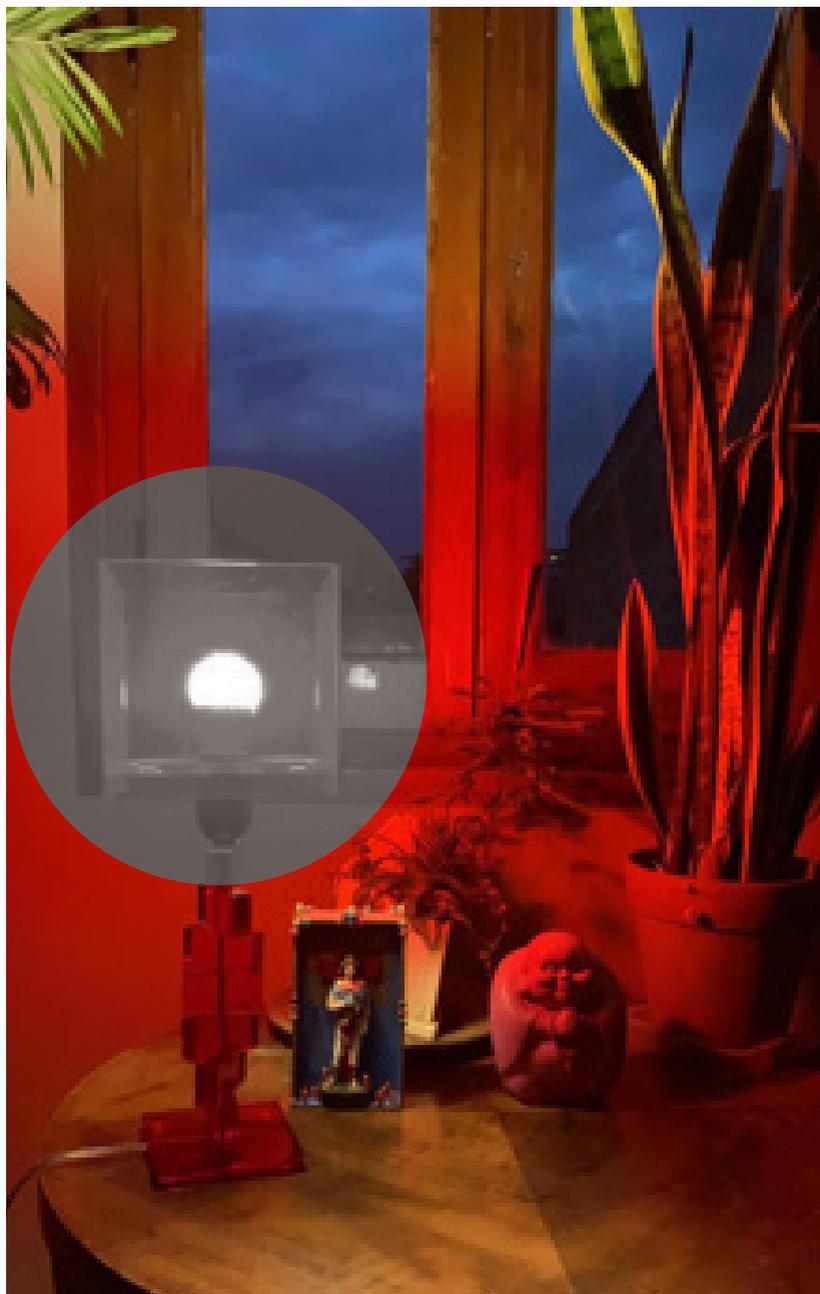
Me permito también la posibilidad de experimentar un nuevo miedo, el miedo a salir, la agorafobia. Nunca pensé que podría sentir eso, la inquietud que me provoca preparar casi como un quirófano mi automóvil, repleto en cada gaveta de elementos de higiene

y sanidad, tampoco pensé vestirme de cirujano para ir a comprar verduras. El regreso también tiene su carga y bien pesada. La primera vez que salí después de muchos días, volví a casa con el estrés de un corredor de bolsa de Wall Street, me tiré en la cama y mis pulsaciones cada vez se disparaban más, un largo llanto por tantos dolores guardados me ayudó a lavar mis penas. Y pasó... pasó. Igual, me invento juegos, me armo una careta de apicultor, piezas únicas de tapabocas recortadas de alguna prenda en desuso. El sibaritismo en lo culinario tomó el primer puesto, ahí si comienzan las culpas.

Esta cuarentena me pilló, además, en una intensa etapa de compromiso y militancia dentro de mi espacio de trabajo, al frente de un colectivo de artesanos y artistas independientes, en permanente lucha por el reconocimiento de sus derechos. Allí es donde puse y pongo la mayor energía e imaginación y gran parte del tiempo que en mi pensamiento, destinaría a esos quehaceres mundanos que pospuse para otro momento.

Así va mi cuarentena, trepando y cayendo en estados desconocidos, algunos muy agradables de conocer, otros olvidables. Con mi compañera y mis hijitos felinos en una casa grande al pié de las sierras chicas y mirando desde mi ventanal la vida pasar, a pesar de los pesares, con la convicción de pensar que lo mejor, ese ser nuevo que estamos creando en ésta nueva humanidad, aún está por llegar...

¡¡¡SALUD MIS QUERIDOS CORONADOS!!! Y QUE
CON GLORIA VIVAMOS.



Red light

DUILIO DI BELLA
Córdoba, Argentina.

SIEMPRE ME GUSTARON LOS LUCES ROJAS. Y LOS CIELOS AZULES. Pero bueno, ¿a quién no le gustan los cielos azules? Eso no cuenta, vamos por las luces rojas entonces.

Me gustaba la luz roja del cuarto oscuro improvisado en el baño, donde revelaba mis propias fotos en blanco y negro, allá por mediados de los noventa... aún guardo algunas de esas impresiones. Por ejemplo la de la panza de Isa a dos días del parto de Renata. Las dos mujeres más importantes de mi vida.

Imágenes de antes que todo cambiara. Una de las tantas veces en que todo cambiara.

Me gusta la luz roja que se encendía arriba de cada asiento del avión, cuando estaba por despegar en la época en que finalmente pude comenzar a viajar.

Hace un tiempo que son amarillas... “la triste decoloración de volar”, diría en mis tiempos no tan lejanos de viajero frecuente semi VIP, hasta que: *Puertas en automático, vuelos cancelados, cross check y reportar.*

Me gustaba la luz roja que ponían en el techo del auto los policías de las series de TV de los ochenta, cuando nos juntábamos en la casa de mi madre con Ana, Mónica, el Fer y otros más a preparar lasaña y ver tele con la panza llena.

Hoy mi madre (Liz, como le gusta que la llamen) está muy sana, pero auto aislada desde hace más de un mes porque le asusta tener 80 años. Sólo la visita cada tanto mi hermana Vero, pero ella con gusto si pudiera, invitaría a comer lasaña a todos y todas.... está más peronista que nunca.

Me gustaba la luz roja de “En el aire” cuando hacíamos un programa de radio (Ana, ¿vos acá otra vez?) y después cuando me entrevistaban en la radio o la TV porque era un exitoso y principalmente carismático publicista. Creo que carismático sigo siendo, lo del éxito ya no me importa tanto y la publicidad es un recuerdo que me dejó recursos (principalmente económicos, de facilidad para la oratoria y la palabra) y también un gran amigo, Marco.

Ahora me gusta la luminiscencia roja de Marte, dios de la guerra que brilla cuando me enoja y la de Venus, diosa del amor que tiñe todo de rojo sangre cuando me enamoro. Quizás porque me estoy reconciliando con la alerta roja que se enciende en mi mente, cuando me pongo en peligro de enojarme innecesariamente o de enamorarme inútilmente.

Me gusta la luz roja de esta lámpara, que compré un tiempo antes de mi divorcio. Llamativamente no tenía nada que ver con la estética de nuestra casa, tan moderna, tan acrílico y tan diseño, entre tanto exvoto mexicano, santos paganos, alfombras marroquíes y muñecos tibetanos (no se preocupen, los psicoanalistas ya han hecho su interpretación de esta parte). Les digo que ahora, desde que vivo solo, conviven en perfecta contradicción.

Amo la luz roja de esa lámpara que dejo encendida todas las noches (pido disculpas a Greta por ese derroche) porque nunca me gustó dormir a oscuras y también porque, cuando voy llegando a casa, me encanta verla como un faro desde la ventana. Con ese aire de prostíbulo encubierto que le da a la casa y el inmediato resonar que provoca en mi cabeza la canción de The Police sobre la prostituta Roxane... canción que hoy sería criticada por patriarcal y abolicionista. Y con razón.

No sé si podría vivir en un mundo sin luces rojas. No sé si podría vivir en un mundo sin alertas, sin peligros, sin riesgos.

Aunque hoy nada me gustaría más que volviéramos al amarillo... al menos.

Quiero disfrutar de nuevo de los cielos azules y de los campos verdes. Tengo esperanzas.



Cuando todo pase

LILIANA DÍAZ

Lanús, Buenos Aires, Argentina.

LANÚS, 10 DE ABRIL DE 2020. LA VIDA ME TRAJÓ AL CONURBANO bonaerense en busca del bienestar de mi hijo. Hace ya mucho tiempo elegí Posadas, mi ciudad natal, para librar mis batallas por un mundo más justo y solidario. Hace ya mucho tiempo elegí Posadas, mi ciudad natal, para librar mis batallas por un mundo más justo y solidario. Desde la ventana de mi cocina solía ver el río Paraná, y más allá la costa de Paraguay. Cuando esto pase, la obra social seguirá sin cubrir los gastos de mis hijos. Cuando esto pase seguiré luchando contra las injusticias, pero con la plena consciencia de que por ahora nada cambiará, por más esfuerzo que le pongamos.

Extraño la radio, lo que más amé en mis 30 años de ejercicio periodístico. También la tele, con mi programa semanal “La otra campana”. Combinaba allí lo que me apasiona: el análisis y las entrevistas en vivo y el abordaje de temas específicos con mi propio equipo en territorio. Mi hijo, cinéfilo, me acompañaba como camarógrafo. Pero sufría siempre y mucho, hasta que después de 7 años de peregrinar tuvimos el diagnóstico de su malestar. Primero fue la desesperación: no estamos preparados para esto. Después, mucho que aprender por distintas vías. Y finalmente aceptar que debíamos dejar todo lo que construimos en años y mudarnos a Buenos Aires, el único lugar donde todo se consigue en este país federal. Especial-

mente en temas de salud y educación.

Tuve que empezar de nuevo a los 54. Primero fue despedirme de la tele y de la radio. Salir a la cancha con los ahorros y calcular hasta cuándo. Pero lo hicimos. Mi hijo comenzó su carrera en la Universidad Nacional de Lanús. Fue un año tremendo, muy doloroso, difícil de sobrellevar.

Pero por ahora vamos superando el desafío. Miro hacia atrás y reviso con qué cuento para hacerlo. En estos días pienso en la canción de Pablo Milanés, esa en la que repasa todo lo que tiene. “Tengo” se llama. Y yo tengo en la valija la educación pública de la Escuelita. Con esa caja de herramientas, lo que fue un programa de radio y de televisión, “La Otra Campana”, se convirtió en Portal de noticias. Con la trayectoria que pude desplegar en tantos años en la provincia logré algún sostén económico del portal que permite –por lo menos en parte– la continuidad de mi trabajo.

En la caja de herramientas tengo también la mirada global que te da la educación pública. Una capacidad de comprensión y agudeza en el análisis de tantas lecturas y discusiones. En la praxis están las máquinas de escribir en las que aprendimos a redactar, en el viejo edificio de Ciencias de la Información. Una y otra vez: pirámide invertida, sujeto, verbo y predicado. Papeles rotos y a empezar de nuevo. Entre análisis y praxis tengo en la valija la costumbre de la investigación. La pregunta por las causas y las consecuencias. Ese hábito constante de conectar las partes, de vincular los hechos.

Usé esa cajita de herramientas siempre. Fui docente en la Universidad Nacional de Misiones y también en institutos privados, en la carrera de Periodismo. Fui incorporando otras herramientas como la pedagogía, aunque también aprendí en la Escuelita las bases de la construcción participativa del conocimiento.

Por supuesto que en todo ese tránsito se sumó la tecnología. Arranqué con U-Matic en Canal 12 y terminé enviando materiales por Wetransfer. Siento que todo eso me permite seguir conectada, aportando lo que, creo, es un poco de sabiduría cuando tomo conciencia de que estoy ya en el otro extremo de la cuerda de la vida.

Este año arrancó con una nueva posibilidad laboral que hace un

mes se concretó. Empecé a trabajar en un portal de noticias de la provincia de Buenos Aires, de redactora con turno de 14 a 18.

Después de tantos años de periodismo y de docencia, estoy de “obrero” de la información. Cuatro horas publicando notas como en una línea de producción. Acostumbrada a decidir, a buscar, a seleccionar, ahora publico lo que me mandan, priorizando las “redes sociales”. No es fácil para mí, que tengo otros criterios. Pero es lo que hoy puedo hacer, en el sentido de la disponibilidad de tiempo, ya que se trata de trabajar en casa. Y sobre todo de no tener que gestionar los ingresos a través de publicidad, que es uno de los grandes problemas de supervivencia del periodismo.

Cuando termine la cuarentena, creo que el periodismo hegemónico en Argentina seguirá siendo pura mercancía. Los que tenemos formación, trayectoria, capacidad y pensamiento seguiremos sobreviviendo apenas. Las estrellas seguirán amasando fortunas sin tener noción de lo que dicen o escriben. Hace 30 años pensaba que íbamos a cambiar esa realidad. Hoy no sé si lo podremos ver. No vislumbro ningún movimiento capaz de modificar de cuajo esas reglas de juego.

Sin embargo, esa mirada tal vez pesimista no me paraliza ni me deprime. Al contrario, en este tiempo de encierro disfruto cada momento de lo que construí en estos años. En lo cotidiano: el amor. Cuatro seres adultos compartiendo la alegría de estar juntos. Y un poco más lejos, en La Plata, mi otro hijo con su novia en comunicación diaria. Por supuesto atravesades por el feminismo, la revolución que sí creo está cambiando el mundo más allá de la pandemia.

Mis hijos son feministas. Sus novias son feministas. Mi marido - revolucionario que sobrevivió 2 años en el Pozo de Bánfield - a sus 63 lucha al asumirse feminista, pero debe desterrar todas las capas que le imprimió el patriarcado. Se hace cargo como puede de las tareas domésticas, pero a cada paso tiene que acomodarse a este nuevo tiempo y cuesta mucho. Las chicas salen solas y él todavía no lo puede procesar.

Y como casi toda mujer de este tiempo, soy una sobreviviente. En los años ‘90 entré a trabajar a Canal 12, el canal de la provin-

cia de Misiones, y fui co-conductora del primer informativo de la mañana en su historia. Se llamaba “Mateando con Rosamonte”. Se emitía todos los días de 6 a 8. Fue un éxito, un trabajo desgastante pero apasionado. Al terminar el vivo salía con un camarógrafo a hacer notas hasta el mediodía.

Promediando el segundo año, un empresario camionero asumió la presidencia del multimedio. En esos días estuve internada por una cirugía de vesícula. Y allí apareció de visita el jefe. No me extrañó, yo era una de las caras del canal. Pero al volver después de la convalecencia empezó mi calvario. El muy descarado me convocó a su despacho. Me dijo que se había “enamorado” al verme así, tan desvalida en el sanatorio. Y me propuso que fuera su amante, pero algunos días nomás, cuando él lo requiriera. Me prometió que sería la “Mirtha Legrand” misionera.

Salí espantada. Se lo comenté a algunos compañeros que escucharon como quien escucha llover. Desde el día siguiente envió a su secretario todos los santos días al estudio del canal. La presión era en vivo, cotidiana. Hasta que al fin me convocó a una “reunión” en la que estaría además la gente del área técnica, fuera del canal. Me esperó afuera con su camioneta. En el camino volvió a insistir con su propuesta. Y cuando me di cuenta, había ingresado a un hotel alojamiento. Alcancé a bajarme y salí corriendo. Todavía me late fuerte el corazón cuando lo recuerdo. Desesperada, aún me veo en la Avenida Santa Catalina, con mi minifalda lila y una camisa de seda rosa. Seguramente lloré, no sé cómo volví al canal. Y fue el principio del fin.

A los pocos meses decidió no renovarme el contrato. Éramos unos 7 contratados, todos fueron renovados, menos el mío. Nadie preguntó, mi tarea y dedicación habían sido impecables; sin embargo nadie preguntó. Eran tiempos del menemismo, no había dónde denunciar y tenía la plena seguridad de que todo el sistema iba a terminar aplastándome. Por eso hoy canto con mis compañeras: “el violador eres tú”.

Sin embargo mi tragedia personal viene de mucho más atrás. Hasta ese momento todavía no tenía consciencia de que lo que ha-

bía vivido en mi infancia era abuso, y que me marcaría de por vida. Fue mucho después, cuando conocí el amor, y cuando en esos primeros encuentros donde la conexión profunda fue la conversación, que el hombre de mi vida me puso frente a mí misma. A mirar hacia atrás y a comprender que lo que contaba como algo al pasar era fundador de mis dolores. De ahí a la terapia. De ahí a confrontar con mi familia, porque fue en su seno que durante muchos años el tío preferido de todos me dañó para siempre.

Hasta ese momento no había podido tener hijos. Cuando pude comprender el origen de mi tragedia se desbloqueó la infertilidad. Fruto de ese amor intenso y del trabajo de reconstrucción psíquica que comencé, nacieron mis hijos. Los dos, uno tras otro, sin respiro. Casi como gemelos.

Si bien esa tragedia personal me va a acompañar toda la vida, hoy el mundo es diferente porque mis hermanas están luchando en todos los frentes para que esto se acabe. Para que un día podamos vivir en un mundo donde podamos descubrir la sexualidad en el tiempo que florece el deseo y no cuando un adulto violador te engaña y te someta en las narices de tu familia. Donde podamos trabajar sin que el jefe te someta o te despida. Y “ahora que sí nos ven”, siento que estamos viviendo una etapa de reacción muy fuerte por parte de todos esos machos heridos. Ante lo que sienten un ataque, solamente atinan a redoblar la violencia. Se trata sólo de nuestros justos reclamos. Sin embargo, la represión es feroz: las golpizas y los femicidios son el modo que tienen para tratar de preservar sus privilegios. Aún así creo y celebro que hay una toma de consciencia importante en todos los ámbitos. Es una revolución en marcha, y creo que va a ayudar a parir un mundo mejor.

En ese camino de construcción de un mundo más equilibrado, tengo el orgullo de haber puesto en pantalla el único programa político de televisión producido y conducido por una mujer en Misiones. Fueron cuatro temporadas en dos canales diferentes. Una hora semanal en la que pude decidir los temas, los personajes, las miradas. Todo.

Pude desplegar también la pasión por el audiovisual en dos do-

cumentales que tuve el placer de dirigir. “Magnicidio en Misiones. ¿Fue la Triple A?” fue uno de los diez ganadores del concurso nacional “Democracia 30 años” y se emitió por la Televisión Pública. Es la historia de la “tragedia” aérea en la que murieron el gobernador y el vicegobernador de Misiones unos meses antes del golpe militar. Es otra de mis batallas por visibilizar el interior profundo de nuestro país. Es decir, mostrar que la Historia también pasó por allí.

Pude exponer también otra historia invisibilizada en el documental “Treinta Mujeres”, un episodio que tuvo lugar sobre el final de la guerra de la Triple Alianza. En un pueblo llamado Valenzuela, en el departamento Cordillera de Paraguay, resistían las mujeres en una fábrica de pólvora. En su paso tras las huellas de Francisco Solano López, las tropas brasileñas llegaron al lugar. Eran 30 mujeres. Las encerraron, las violaron y las quemaron vivas. Los asesinos luego siguieron su camino para finalizar masacrando niños en Acosta Ñu. Tal vez por la enormidad de esa masacre se invisibilizó la matanza de mujeres. Fue un honor haber recuperado esa historia, junto a la intendenta del pueblo. Estrenamos el documental en una calurosa jornada de enero, llegó gente de todos lados, hasta de Asunción y el propio gobernador de Cordillera. Mucha emoción.

Desde siempre la tarea periodística estuvo compartida por una intensa militancia social y política. Acompañando proyectos para acercar una posibilidad de salir de la pobreza a miles de niños, hombres y mujeres que nunca tuvieron oportunidades. Apoyo escolar, proyectos productivos, campañas para conseguir alimentos, medicinas, ropa, pañales. Formación y capacitación para que diversas cooperativas puedan construir su propio destino. En ese camino intenté acceder a algún lugar de poder a través de elecciones. Fui candidata varias veces a diputada nacional, provincial, a intendente de Posadas. Después de todos esos intentos fallidos, entendí que en este sistema lo primero es conseguir dinero. Mucho dinero. Sin eso no es posible lograr nada en la política. Y como lo dijo un filósofo contemporáneo “acá nadie hace la plata trabajando”.

De ahí la mirada pesimista: conozco la maquinaria desde adentro. Por tener un pensamiento crítico no pude ser parte del siste-

ma, porque el sistema sí invierte demasiado dinero en seguir siendo siempre igual a sí mismo.

Abrigo de todas maneras cierta ilusión, basada en el profundo humanismo que anida en mí, de que opere alguna transformación en el planeta a partir de esta situación inédita. Aquí –en mi micro-mundo– sigo bailando con mucho cuidado de no golpearme contra las paredes. Sigo planificando la alimentación equilibrada para mi familia. Sigo acompañando a mis hijos en su propio camino, estoy para lo que me necesiten. Me encanta verlos cocinar, discutimos política, economía, filosofía. Aprendo de cine y de tecnología con ellos. Los veo y sé que son buenas personas, se preocupan por los demás, son conscientes de su tiempo y me brindan su amor, que no es poco.

Esos son mis frutos. Me siento plena y satisfecha, no temo. No espero milagros y tengo plena confianza en que tenemos herramientas para afrontar lo que venga.



Intimidades entreveradas

JOSEFINA EDELSTEIN
Córdoba, Argentina.

SI ALGO ME PUSO FELIZ FUE VER DOS MINUTOS A MI HERMANO con un plumero, un cepillo para telarañas y otro para lavar zapatillas que me traía del supermercado. En cuarentena hay artículos que no consigo en los almacenes cercanos.

Febrero, cuando el coronavirus todavía era un cuento chino, me encontré en un nuevo hogar y en una nueva forma de vida. Tan lejano me parecía, que me pasó como al Ministro de Salud que decía que a la Argentina no iba a llegar y, cuando apareció, lo tomó por sorpresa. A mí me tomó sin algunas cosas y, cuando caí en la cuenta del encierro de la cuarentena, el plumero y los cepillos se convirtieron en una obsesión.

Con el cambio de la vida diaria llegó la certeza de que, desde el 20 de marzo, la vecina del piso de arriba da vueltas el departamento, por lo menos, dos veces por semana. La de la izquierda, en planta baja como yo, que tantas veces adelantó que la limpieza y la cocina no son lo suyo, ahora confesó que plancha hasta las sábanas.

Escucho sin querer, así como advierto patente el sonido de los pájaros y los pocos vehículos que pasan a metros de mis ventanas, al que vive al otro lado de la calle y de quien nadie sabe si grita porque es sordo o se hace el loco.

Sé perfectamente cuándo mi vecina de la derecha y su novia an-

daluzas están viendo una serie o cuándo la convivencia se les torna áspera. Me entero de las conversaciones que tiene Pedro mientras organiza con el celular las actividades de la vicegobernación. Me río de la exposición desde nuestros propios espacios, del ambiente de cuarentena que adormece nuestras barreras, del silencio mundano que hace audibles nuestras intimidades.

En la atmósfera de enfermedad, de enemigos silenciosos, me preocupa el dengue. Estoy alerta al zumbido de los mosquitos por la mañana y al atardecer. Para el fin de semana largo de Pascua (en cuarentena me daba lo mismo cuántos días fueran), Franca avisó que iban a fumigar. Ese sábado me acosté a descansar un rato, serían las 5 de la tarde. Estaba ingresando en el sueño reparador de la siesta cuando escuché: *¡Vecinos, la Municipalidad de Córdoba está fumigando para evitar el dengue! ¡Abran sus ventanas!* ¿Estaba soñando con el mensaje de Franca? De nuevo el altavoz con la mujer que nos hablaba, cada vez más cerca. Salté de la cama, abrí la ventana y recibí de lleno el *chuf* de un humo gris. ¿De verdad esto es para salvarnos? A pesar de la desconfianza, busqué tranquilidad comparando con el hecho de que tampoco me gustan las colonoscopias.

Corrí al comedor para abrir la otra ventana, esa por donde miro las cañas de bambú que me rodean, por donde entra el sol mientras trabajo, por donde observo las copas de los árboles, las luces y las estrellas; también por donde aparecen los postes y cables de la civilización. Me senté en uno de los sillones que me regaló Mariana e intenté hacer una ecuación que me beneficiara entre estar sumergida en una tormenta de humo, aspirar un olor que parecía peligroso y la posibilidad de eliminar los mosquitos, estando al resguardo de mi hogar.

¿Qué conocerán de mí lxs vecinxs? Algunos días tengo ganas de llorar. Es difícil bancarse la prohibición de andar, de salir como estaba acostumbrada. Ahora doy varias horas de clases, computadora mediante, tres veces por semana; hago terapia por videollamada; tengo clases de flexibilidad por Zoom y subo a la terraza para hacer gimnasia. ¿Me escucharán, notarán mi presencia, o seré un ente?

Tengo la impresión de que todos duermen un poco más y de que nadie se enteró cuando salí temprano a recibir el plumero y los cepillos.



Mandinga debe saber

EDUARDO ESCHOYEZ
Córdoba, Argentina.

UNA MESA ENCLENQUE, UNA SILLA DE PLÁSTICO Y UN MATE. LA LUZ de la mañana se metía por el vidrio roto de la ventana y dejaba ver un papel arrugado, con una lista de nombres y números. El celular ajeno hervía...

– ¿Señora Marcela? Se escuchó con voz temblorosa.

– ¿Quién habla? Retrucaron.

– Quería pedirle disculpas porque hoy toqué timbre en su casa y no me abrió nadie. Esta mañana fue. Primero pensé que estarían durmiendo, porque era temprano. Pero cuando alguien movió la cortina desde adentro, como si me espieran, entendí que debía irme. No sé si la desperté...

– ¿Quién habla? insistió Marcela, con voz de profesora de minué.

– Sólo quería saber si necesitaba que le cortara el pasto. Me disculpo de nuevo.

– ¿Hola, pollería?

– Sí, ¿qué vas a querer?

– Nada, bah... ¿necesitás que corte el pasto? Esta mañana pasé por el negocio y se me ocurrió proponerte un corte a cambio de unas milas.

– ...

– ¿Hola? ¿pollería? ¿Hola?

Pensamientos y preguntas

El césped de los chetos huele más rico. No tengo su número de celular para preguntarle por qué, pero Mandinga debe saber si es un fenómeno químico / social, o si estoy medio chapa. En las noches, cuando la miseria aturde y te llena de silencios asesinos, los pensamientos andan por ahí y se detienen en una rotonda: ¿será cierto que me volví perceptivo y hablo con el pastito, o es que andar con los dientes desafilados me tiene arrinconado? Porque yo hablo con el pasto, en serio. No es que haga grandes charlas porque los yuyos no son muy parlanchines....

Cuando camino con mi carrito mirando los jardines haciendo cuenta\$\$, es como si escuchara que algo quieren decirme: el pastito militar de la casa de la esquina, que parece en piloto automático para una fiesta de gente fina; o el verde más “jipón” de la casa de la veterana de la sonrisa constante.. Ya sé, si digo que hablo con el pasto los de Greenpeace se van a poner chochos, pero el psicólogo de la casa de rejas de madera que hace rato no me da ni un paquete de fideos, seguirá mirándome fiero.

Te cuento: wikipasto dice que ser jardinero es un oficio cuyo objetivo existencial es dejar pituco el parque de otro. Llegás, despertás a las arañas, los mosquitos te desayunan y te enamoras de los billetes que te dan, ya en retirada, todo chivado. Nadie te participa de la junta social de la noche, en la que habrá gente fina para degustar “baguette de embutidos a la parrilla”, aunque nosotros les digamos choris. Es como el albañil que hizo la remodelación del baño de tu casa: ¡no ves la hora que se vaya! El día que estrenás la ducha y salís envuelto en una toalla –como en las “cintas” que veía mi abuela– lo menos que querés es que en el pasillo haya un guaso de pelo duro, balde y fratacho.

La cuestión es que por algún motivo que resulta indescifrable desde mi perspectiva de la vida, el pasto de la casa de los chetos es perfecto. Es perfecto antes y es perfecto después. Nunca deja de ser lindo, elegante, tentador, ni siquiera si caen tres gotas, aparece el

sol (abrasador y abrazador) y se le da por crecer. Me hace acordar a Brad Pitt en alguna película berreta, cuando lo visten de mecánico y le dan un papel de reo: hasta con mameluco revoluciona los clítoris, que lo parió... Estoy seguro que Mandinga debe saber; no lo de Brad Pitt, sino lo del pastito de los chetos que huele rico. Y si no sabe ¿será que Mandinga es cheto?

De corte legal

– Estudio...

– Hola, ¿está el señor que es abogado?

– Sí, ¿quién le habla?

– Quería saber si necesita que corte el pasto.

–

– ¿Hola? ¿hola?

Pobreza y riqueza

¿Viste que en los barrios finos, los perros no hacen popó sino “scons”? Estar ahí, en esas casas donde todo combina con todo, me mueve el alma. Me da un poco de bronca que haya gente que trate mejor a los perros que a los humanos, y eso que los quiero mucho (a los pichichos, claro). No junto veneno, pero a veces es difícil entender cuál es la lógica en un mundo en el que si no tenés el Aifon Mil, sos la vergüenza del club y te habilitan un rincón para ir a llorar.

Conozco ese barrio porque lo recorro siempre. Tiene muchos árboles, las casas son arregladitas, no hay un solo auto feo, los chicos andan en bicicleta y se dejan querer por tías mimosas. Es gente que vive bien, que tiene trabajo y agua corriente. En mi barrio, mandás el vaso debajo de la canilla y ves los pececitos...

Como dijo alguna vez Inodoro Pereyra, el problema no es el injusto reparto de la riqueza sino el generoso reparto de la pobreza. Cambian los gobiernos, cambian los colores de corbata y los discursos, pero los que peleamos el descenso somos los mismos de siempre. Yo sé que hay vagos que no quieren laburar y prefieren cortar camino, porque es más fácil y te da reputación: ajustás a alguien o vendés frula, y los celulares intergalácticos o las zapatillas nucleares

ya no son tan caras.

El tema es con los que resistimos. Una vez me ofrecieron un teléfono robado, lo reconozco. También me hago cargo de una noche en la que la nena lloraba porque no teníamos para comprarle la leche y fui a ver a los pibes del canal. Que son como Papá Noel del subdesarrollo, porque siempre tienen algo para ofrecerte. Me dieron un laburo, algo fácil: hice de campana y ligué unos pesos. Suficiente para mí. ¿Sabés lo que es ir al almacén y que no te fien más? El Negro Alfredo es gauchazo, pero lo entiendo: la última vez que me vio meter las manos en los bolsillos fue porque tenía frío. Ando crocante de seco.

De las derrotas cotidianas

Cerca del mediodía, pego la vuelta y me preparo para la primera derrota cotidiana. La segunda, en realidad, porque la primera es cuando me despierto, tapo a mi chinita hermosa, le dejo un beso a la Negra y arranco sabiendo lo que es la presión. Cualquiera patear un penal en un Mundial, no jodamos. Presión es salir a la calle a ver qué consigo para seguir tirando...

Son como 10 cuadras para allá y unas cinco o seis para acá, llenas de casas hermosas en las que seguro que no falta nada. Imagino: abrí la heladera y hay una acuarela de cosas para manducar. ¿Sabés lo lindo que debe ser festejar un cumpleaños ahí y que los invitados no tengan que llevar nada? Donde yo vivo, si no aportás una Naranpol o una silla te quedás afuera. Y movete, porque si te quedás quieto el perro te mea seguro. Sultán es así; nada que ver con esos perros asexuados de la TV.

Me banco caminar todas las calles, las veces que haga falta. Saco pecho, trato de mirar con altura y elijo las palabras para ofrecer mi laburo. Toco timbre. Golpeo las palmas. Me acostumbé a decir "gracias doña, perdón por la molestia". Sé que es parte del negocio: así como hay gente que no me necesita, hay otras personas que te llaman y descargan esa mirada feudal que tienen a plazo fijo desde que les hicieron creer que la culpa de todo es de los otros. ¡Me la banco! Además, no tengo opción: me acomodo la gorra, ato las Ar-

didias y sigo empujando mi carrito...

Los hombros se me ponen pesados cuando cruzo el canal, la frontera social, el Muro de Berlín (sin muro ni Berlín), porque es ahí donde empiezo a bucear en la geografía humana de los que pierden por goleada todos los días, como yo. Somos campeones en las preguntas que no tienen respuestas, o en las respuestas que no tienen preguntas. En cada pausa, en cada suspiro, en cada risita entre burlona y cómplice, flota en el aire la certeza de que no nos defiende ni el Chapulín Colorado. Menos ahora que no nos dejan salir.

La radio dice que tengo que quedarme adentro pero adentro no puedo quedarme. ¿A qué me voy a quedar? Hablan de una multa y que los rati, tan dueños de la verdad ellos, pueden quitarte el auto. ¿El auto? Si quieren llevarse mi Ami 8, se los regalo. Lo van a tener que empujar porque la última vez que arrancó fue cuando la Sarli era Sor Isabel....

Debe ser por eso que no me dan trabajo ni me abren la puerta. Ahora lo entiendo. En vez de quedarme adentro a escuchar cómo me crece el pelo, salgo a ver si consigo unos mangos para comer y que a mi familia no le falte nada. Bueno, le falta de todo, pero que al menos podamos armar un guiso al mediodía. Después, el mate cocido estará siempre con nosotros (y nuestro espíritu / amén).

Voy y vengo, pendulando en opciones morales y gastronómicas: tengo que decidir si somos desnutridos legales o un sujeto despreciable que pone en riesgo de contagio a los demás, pero le da de comer a su gente. Porque me dicen todo el tiempo que la peste nos va a llevar puestos, pero nada dicen sobre la miseria humana, que nos viene metiendo manos hace rato. Con o sin barbijo.

Elvira

- ¿Doña Elvira? Soy el flaco que corta el pasto.
- ¿Quién? El flaco que corta el pasto, el de la bici.
- Ah...
- ¿Necesita que le corte el pasto? Ando buscando algo para llevar a mi casa ¿vivo?
- ¿Cuánto cobrás?

- Frente y fondo, se lo dejo en 600.
- ¡600! ¿Vos sabés lo que tengo que trabajar yo para conseguir 600?
- Pero es lo que se cobra, doña. Son tres horas de trabajo, más o menos.
- Vos pasás la máquina y listo. No es gran cosa.
- Claro doña, el peluquero le deja la tijera en la cabeza y ella sola le arregla ese nido de caranchos ¿no?
- ...
- ¿Hola? ¿Doña Elvira?

Gol heroico

Sueño tanto que a veces me cuesta dormir. Durante las noches eternas, iluminadas con la pitada del faso que me acompaña, sueño que tengo la libertad de elegir y decidir. Ahí no tengo condena y puedo vivir imaginando cosas, que me llevan más allá de estas cuatro paredes en las que la esperanza crece y se apaga todos los días. Como un gol heroico que estoy a punto de convertir en un partido memorable y me despiertan, esos sueños se presentan ahí y descansan sobre la palma de la mano. Y cuando parece que puedo cerrarla para ver de qué se trata la felicidad de la que tanto hablan, el destino me pega un mazazo y todo vuelve a empezar.

Mi ecuación es simple: me pueden meter a la sombra porque no tengo grillete sanitario que me ate al catre; estoy obligado a salir porque si hay algo que no tengo es tiempo. Lo banco al Alberto, pero a la olla tengo que meter algo más que confianza y fe.

En todas estas semanas, las calles del barrio cheto parecen más anchas y largas. Siempre me miraron con desconfianza, pero ahora es diferente. Tengo un combo de emociones que me llevan y me traen. Cuando vuelvo con los míos y las monedas que llevo encima son pan (duro) para hoy y hambre para mañana, redescubro el arte de enfrentar la presión. Dame 10 ingleses que los gambeteo a todos. O los peleo con un tenedor. Tenés que entrar a mi casa y mirar a mis changuitos para decirles que... Dejá, mejor no les digo nada. No hace falta: no sé qué tengo en los ojos que se me ponen húmedos.

Menos mal que llovió y está fresco. La cuarentena, el coronavi-

rus, los chinos traviesos y los italianos a GNC no me van a cambiar la vida. En mi mundo, en mi universo, la miseria humana es de antes. Tal vez ahora tenga barbijo. Es la única diferencia.

Epa ¿ya salió el sol? En una de esas, la Negra quiere un amistoso, ahora que los chicos duermen.... Hace como cinco fasos que me acosté y no dejé de pensar cómo sería vivir de otra manera. Salen unos mates. ¿Cómo habrá salido Boca? Uhhh, qué gil... Ni fulbo tenemos.

La radio chiquita que era de mi viejo sigue ahí, contando muertos y llenando mi camino de angustia y preocupación. Hay unos copetudos que dicen que la economía se va a complicar... jajaja ¿No me digan, che? Estos tipos son muy sinceros: parecen pelotudos y son pelotudos. Vas a la verdulería de la Nelly y los tomates parecen de oro, loco... El sábado quise comprar unas mandarinas para los chicos, y con lo que tenía encima me alcanzó para el tinto nomás.

Le clavó el visto

- Doñita, ¿no tiene algo que me dé?
- No, muchacho. Andá a trabajar.
- Puedo cortarle el past... Ok, disculpe.

Negoción

- Hola don, necesito trabajar. ¿Tiene alguna cosa para hacer?
- No sé, flaco. Hay un poco de arena y escombros. ¿Los querés llevar?
- ¡Lo que sea, maestro! ¿Dónde lo llevo? ¿Lo meto adentro?
- ¿Adentro? ¿Para qué? No, llevatelo por ahí, qué se yo.
- ¿Y me va a pagar?
- Cobrate con esos materiales, flaco. ¿O me querés cagar?
- (...)

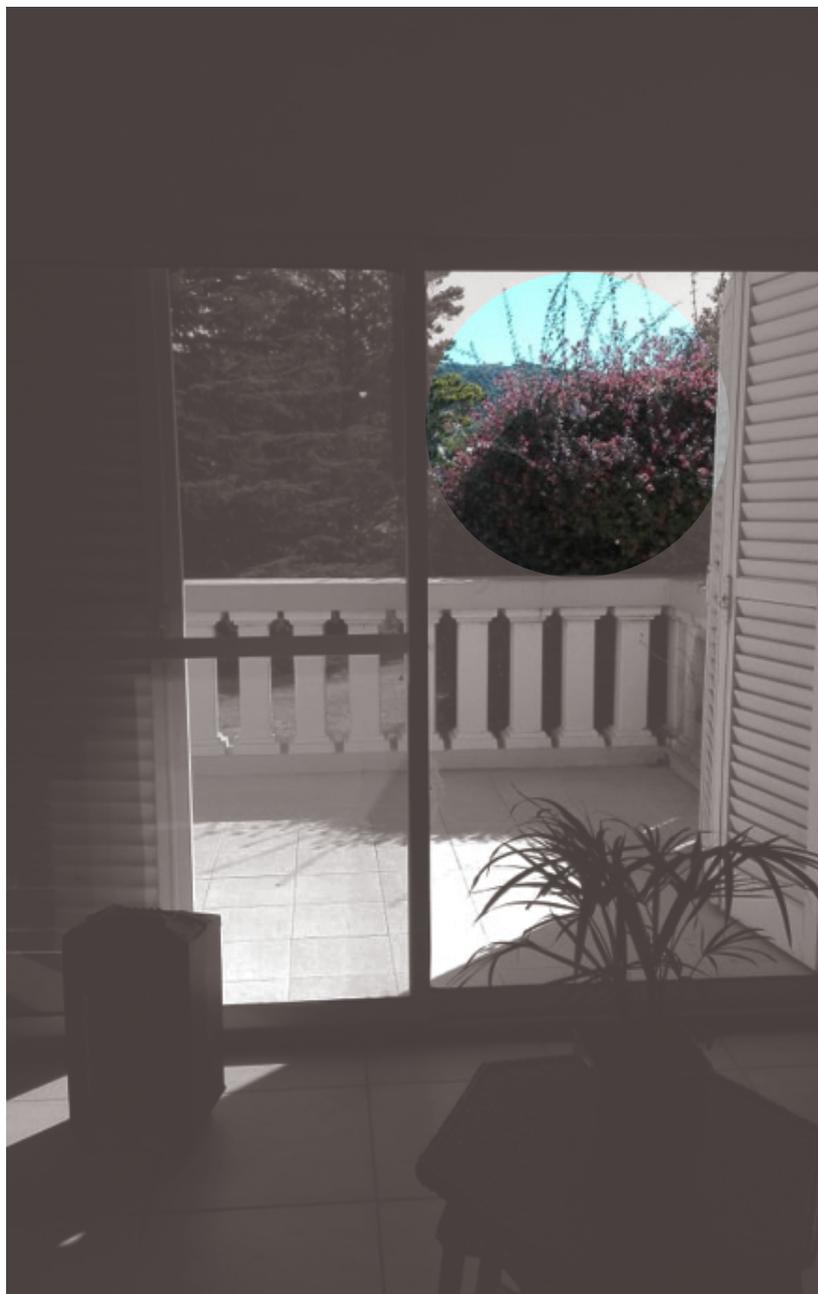
Mandinga ya no viene por aquí

Las tardes de derrota son viscerales. Indelebles. Se presentan lentas, crueles, recorren la piel y te comen la cabeza. El sol, con ese espíritu amplio que de a poco lo convierte en luna, te acompaña hasta donde

puede y suelta tu mano cuando ya no tiene más luz para ofrecerte. Entonces, tenés que hacerte cargo - otra vez - como siempre, de la lenta agonía del día hasta que el silencio de la noche te ametralle el corazón. ¿Será posible que el pasto de los ricos siempre huelga bien? ¿Mandinga se habrá quedado sin señal de wsp?

Quinientas pitadas después, la radio se despierta y dispara sangre. No sé cuántos muertos por allá y otros cuántos por acá; parece que en un lugar no sé dónde, se contagiaron como 100 de un saque. No hay tiempo para rendirse. En un video que pasaron en el grupo de los vagos del equipo, decían que un obstáculo es también una oportunidad. Huevadas ¿no?

Me clavo tres mates y salgo: “a lo barbijoosoo, a lo barbijoosoo...”



Expedición

JORGE GAITERI

Salsipuedes, Córdoba, Argentina.

DESDE QUE COMENZÓ ESTA CUARENTENA SE ME EMPEZÓ A APARECER una canción. Primero de manera más o menos difusa, como esas luces que uno va distinguiendo cuando en la noche va llegando a alguna ciudad. Después, con algo más de claridad: una canción que dio el título a un disco de Silvio. Disculpen los más jóvenes si digo solamente *Silvio*, pero nosotros decimos *Silvio, Pablo, Mercedes, Charly* o *el Flaco*, para referirnos a *Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Mercedes Sosa, Charly García* o el *Luis Alberto Spinetta*. Y cuando digo “*nosotros*”, me refiero a los que pasamos la curva de los cincuenta. Un disco de Silvio, les decía, que hice copiar cuando empezaron a aparecer los cds y que para mis bolsillos de esa época los discos originales eran demasiado caros. En un local chiquito, en la galería Cinerama, en la mitad del pasillo que llevaba al cine, un muchacho -el Pelado- tenía su negocio. Era una venta de discos de sellos pequeños, algunos nuevos, algunos usados y libros de música. Él, a cambio de algún dinero, te grababa -de manera digamos poco legal- cd's que a veces no eran fáciles de conseguir.

“A bordo de esta expedición va un loco, un albañil...”

dice al comienzo del estribillo de la canción que resonaba dando vueltas en mi cabeza. La canción se llama “Expedición”. Es tan, tan

bella como el disco completo lo es. Es el primer disco de Silvio con acompañamiento de orquesta sinfónica donde sus canciones toman un vuelo increíble entre cuerdas, maderas y metales. Mucho tiempo después, descubri que el arte de tapa era colorido, porque la copia ilegal que le encargué al Pelado estaba empaquetada con una fotocopia en blanco y negro.

“...*A cada paso se hunde el lodo
salta un reptil y acechan diez...*”

El otro día en un grupo de wasap un amigo dijo: *levanto una piedra y brota un recuerdo* ¿Y acaso no somos eso? ¿Cuánto de lo que somos a nivel individual y colectivo es parte de un pasado que emerge en los momentos menos esperados y sin una razón muy clara o imperativa? ¿Cuánto de lo que vivimos como humanidad en medio de esta pandemia es resultado de lo que hicimos o dejamos de hacer? Nos construimos sobre lo que fuimos y en cada paso que damos. Sin saberlo. Sin imaginar en qué momento aparecerá ese reptil...y habrá diez acechando.

Expedición es una canción poblada de imágenes de las situaciones que todo expedicionario, que se precie de tal, intuye que va a vivir o pasar. La palabra “*expedición*” siempre me gustó. No sé, suena lindo será por la equis o por la terminación “*ción*”. Quizá las palabras de cuatro sílabas, tengan más intensidad. Como puede ser escalera o maravilla. También me lleva a mi niñez, creo que fundamentalmente por eso me gusta tanto. Yo jugaba a los soldaditos en el patio de tierra de mi casa y ahí, les puedo asegurar, se libraban terribles batallas con combatientes que cruzaban enormes praderas, en larguísimas expediciones, que iban desde atrás de un ligustro hasta cerca de la maceta que tenía el helecho que era de mi nona. Y un poco más adelante, ese niño que fui, se leyó todos los libros de Emilio Salgari con la aventuras de Sandokán, el Tigre de la Malasia. Unos libros de tapas amarillas de una colección medio barata que se llamaba Robin Hood. Y ahí, con el gran Sandokán y su fiel amigo y lugarteniente Yañez, sí que había grandes expediciones. Naves piratas que al grito

de ¡al abordaje! surcaban los mares asaltando los tesoros de los barcos ingleses, los otros piratas mayores. Las islas de Java, Sumatra y Borneo, en el archipiélago de Indonesia, eran el escenario ideal para esas hazañas. La imaginación al poder en la niñez...

Ser expedicionario es ir para adelante. Es la única posibilidad que parece tener quien se jacte de serlo. Es una empresa sin medias tintas, sin vuelta atrás. Midiendo el riesgo de lo que se pierde y se gana con cada paso.

“*Cada segundo es como el cobro
de lo que resultamos ser...*”

Esa idea me ha rondado desde que comenzamos en esta cuarentena mundial: alguien se está cobrando, en esta expedición en la que vamos todos, lo que se va dejando tras los pasos dados. Será la madre tierra -pobrecita tan maltratada por siglos-, algún Dios sumido en su tristeza o los dioses enfurecidos y locos. Como que nada es gratis. Quién lo sabe.

“*A bordo de esta expedición
va un loco un albañil,
un nigromante, un ruiseñor,
y un beso espadachín...*”

Esa idea de barca en la que todos vamos, montados y amontonados, como en el Arca de Noé, es la que se me vino y me ronda en este tiempo. Dejar a alguien fuera de esta expedición parece no ser la solución. La idea humanista de nadie se salva solo cobró una vigencia inusitada, inesperada. Y sólida. Contundente. Así andamos. Subidos a esta barca....

“*Nos falta un día, un niño, un don
Para sobrevivir...*”

El final del estribillo de la canción enumera tres palabras -día, niño

y don— que parecen querer abrir mundos infinitos e inabarcables. ¿Para sobrevivir? Eso profetizó al cerrar el estribillo, Silvio. Sí, eso puso. Para sobrevivir. ¡Nada más y nada menos!

Este puñado de palabras e impresiones no parecen tener un orden o lógica muy definidos; son algo así como imágenes trastocadas. Por eso, es que comencé a hablar de esta expedición desde el difuso pensamiento que apareció primero. La letra de la canción, nos embarca desde el primer momento en una expedición en la que no hay ni capitán ni marineros.

*“Viajamos entre la tormenta,
después de la explosión de Dios.
Cada relámpago nos muestra
fantasmagóricos de amor...”*

Es una imagen de esas películas, con terribles tormentas y grandes olas que asolan al barco y que lo hacen zozobrar pero que nunca lo terminan por hundir. O quizás, también, de Hércules atado al palo mayor, escuchando el canto de las sirenas en medio de la tempestad. Y esos relámpagos, como flashes surcando su cuerpo, el cielo y la cubierta del barco. El poder de las metáforas donde cada uno y cada quien puede viajar a donde su imaginación lo lleve. Como en una expedición.

En realidad lo lindo de las canciones es que, justamente, tienen el poder de significar cosas tan diferentes y, por eso, tan maravillosas. Como el aventurero que se lanza al camino con un rumbo trazado, pero sabiendo que el mismo camino se encargará de ir mostrando atajos, senderos, puentes. Y esos imprevistos serán, al final de ese viaje, lo que le dará un sentido que antes no estaba definido.

*“Primero fuimos los heraldos
llevando buenas del Señor,
pero excedimos su mandato
cargando el peso del dolor”*

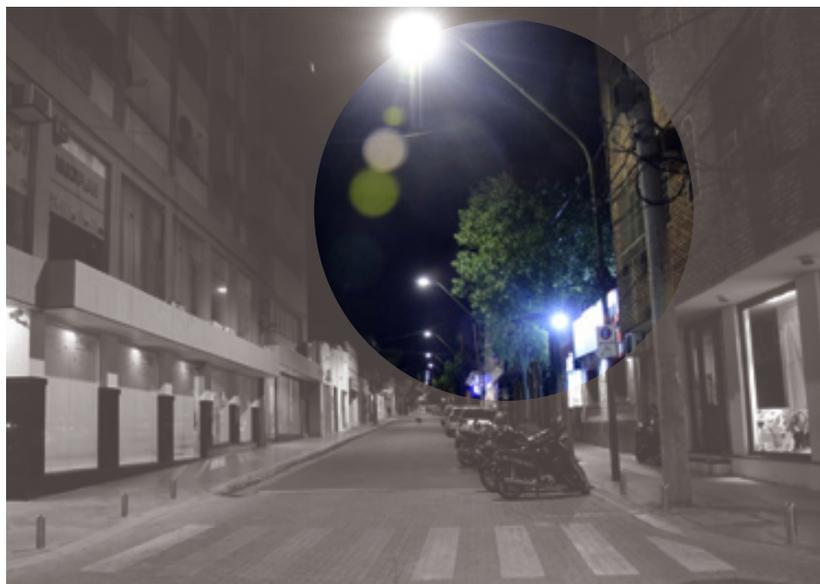
¡Cuánto para pensar y reflexionar en este tiempo con relación a los mensajes y a los mensajeros! ¿Cuánta información circula en este mundo digitalizado y de redes, donde ya nadie sabe qué es mentira y qué es verdad? ¿Qué es lo valioso y qué es lo descartable? ¿Cómo cargamos los seres humanos el peso de esta expedición? Es una expedición que emprendemos con tanta información y posibilidades comunicativas y sin embargo en medio de una maraña donde ya nadie sabe quién dice qué, por qué canal y con qué efectos.

*“A bordo de esta expedición
Va un loco un albañil
Un nigromante un ruiseñor
Un beso espadachín...
Nos falta un día, un niño, un don
Para sobrevivir...”*

Los libero ya de estas palabras confusas y algo atropelladas.

Vayan y busquen la canción “Expedición”, en Spotify o Youtube o donde sea, y suelten amarras. Firmes al timón. No se olviden que a bordo vamos todos, toditos. Recuerden echar un vistazo a la imagen de la tapa del disco antes de zarpar. Allí apreciarán la belleza y, por sobre todo, el misterio de esa extraña figura humana que, ataviada con sofisticado ropaje, mira a su costado en un gesto giocondino y preguntesco.

Buen viaje...



Lo que nos salva

MARCELO GALLO
Catamarca, Argentina.

I • La calle vacía

Un abismo me separa esta noche de la avenida. La soledad inasible me acompaña. Soledad de sonidos también. Solo se escucha el ruido de mis zapatos en el pavimento vacío. Entre las luces lejanas hacia las que marchó con la convicción de un zombie y el cadencioso eco de mis pasos, que rebotan en las paredes oscuras de la calle Esquiú, hay una distancia de angustia. Una llovizna suave y persistente completa el paisaje sombrío del lunes a la noche en Catamarca.

A lo lejos se ve pasar, muy de tanto en tanto, un auto que lleva la prisa de la transgresión en cuarentena. A lo lejos. De la avenida para el centro, los parapetos policiales clausuran el ingreso y a esta hora no hay nadie. Apenas los perros callejeros que han recuperado el señorío de las calles y que juzgan enemigo al que camina solo, como yo esta noche. Se acercan, me tomean amenazantes (*San Roque, San Roque, que estos perros no me toquen*) y luego se van, tarea cumplida, reafirmando los límites de su dominio circunstancial que acabará tan pronto como pase la pandemia.

II • La familia

Cuando llego a casa, Gabriela me somete al inevitable rito de la descontaminación: jabón, lavandina, alcohol en gel...

–¿Qué novedades hay Gordito?– me pregunta, mientras desinfecta prolijamente mi celular y las llaves del auto.

–74 nuevos casos y cinco muertes en la Argentina– respondo, monotemático, haciendo el balance de la jornada.

–¿No dijeron cuándo tenemos que volver a la Universidad?

–Paciencia, que va para largo. No hay fecha.

La vida se ha vuelto de un ascetismo insospechado entre las cuatro paredes de la casa. Pero no hay quejas por esos nuevos hábitos de moderación y frugalidad. Tampoco nostalgias exageradas. Gabriela milita la cuarentena: la entiende inevitable, la justifica, la alienta, la explica y la defiende. La colma de un sentido que a mí, en la rutina de periodista abrumado por la realidad despiadada se me difumina, a veces, entre frágiles cavilaciones. Fede y Joaquín, hiperconectados, la atraviesan desde una virtualidad habitual, sin padecerla. Ariel la sufre, lejos de sus afectos.

En casa se han habilitado dialectos intrafamiliares propios, parcelados, códigos que se configuran en torno a significados compartidos y que se nutren sobre todo de gestos, de señales sobrentendidas. En estos tiempos extraordinarios, la familia se ha vuelto un refugio inexpugnable y diáfano al que retorno cada noche.

III • La superstición

Muchos creen en Catamarca que la prolongada ausencia de casos de coronavirus es obra de la Virgen del Valle más que un éxito de las medidas preventivas del gobierno y el esfuerzo ciudadano para evitar los contagios. A la Virgen se le atribuye también el milagro presuntamente ocurrido el 7 de septiembre de 2004, cuando el terremoto no dejó ni una sola víctima. Quizás, volviendo a la pandemia la superstición dure hasta que los casos, inevitablemente, se multipliquen. A mí me divierten estas interpretaciones y me burlo de ellas. Pero hay momentos en que me gana el abatimiento, la desesperanza. Y la angustia me oprime el pecho. Entonces, precavido y pluralista, rezo antes de dormir y me pongo el barbijo cuando me despierto.

IV • El hambre

El Perrito Soria pasa por el diario una vez por semana desde mediados de marzo. Me pide que lo ayude con “alguito” para “parar la olla”. Tiene diabetes y el año pasado le cortaron el dedo del pie izquierdo. Es jardinero desde hace cuarenta años y nunca tuvo un trabajo en blanco. Lo llamo de vez en cuando para que saque los yuyos del fondo de casa, arregle las plantas del jardín y ponde el árbol de la vereda. Trabaja bien, pese a que renguea y, a causa del sobrepeso, le cueste un poco agacharse.

En épocas de normalidad, sobre todo en verano, el Perrito hace una o dos changas por día y con eso sobrevive en su piecita de block y techo de chapa. Desde el comienzo de la cuarentena no puede trabajar y la está pasando muy mal. Come gracias a la colaboración voluntaria de sus clientes, pero apenas eso. Le advierto que es muy probable que le corresponda el Ingreso Familiar de Emergencia. Me mira como si le hablase en kakán. Le pido el número de documento y le prometo averiguar.

Antes de despedirse me cuenta que se va al Hospital a pedir la medicación. Sale del diario y encara por Sarmiento hacia el norte. Cuando llega a la esquina, desde el balcón de un edificio, un tipo de musculosa verde le grita: *Estamos en cuarentena Gordo irresponsable, ¿nos querés matar a todos? ¡quedate en casa!*

V • La paranoia

El teletrabajo ha vaciado prácticamente la redacción de El Ancasti. El bullicio de las tardes frenéticas parece ser un recuerdo lejano. Su ausencia no propicia, sin embargo –para los periodistas acostumbrados a ese ritmo de efervescencia– el mejor clima para acometer el cierre de la edición. Mientras desde el tercer piso me preguntan cuánto me falta para entregar la columna editorial, caigo en la cuenta de que debo enfrentarme, nuevamente, al síndrome de la pantalla en blanco...

Reflexiono al cabo de un rato, acerca de la necesidad de que, cuando la pandemia pase, se desarrollen estudios respecto de cómo

inciden estos días de emociones cambiantes en el comportamiento de todos, en los estados de ánimo. Incluso, en la salud mental. El aislamiento ha vuelto a las personas más sensibles, más irritables, más pacientes, más inestables, más solidarias, más introspectivas, más obsesivas. ¿Será que las situaciones de crisis hacen aflorar conductas inesperadas, consecuencia de rasgos de las personalidades que en épocas de normalidad no se manifiestan?

Conviven en la actualidad comportamientos de enorme empatía con las necesidades ajenas, con otros que exaltan el individualismo y justifican el “sálvese quien pueda”. Actitudes de prevención razonable, que alertan sobre situaciones de riesgo de propagación del virus, con otras paranoicas que ven al otro como una amenaza.

Un día decenas de miles de hombres, mujeres y niños, cada uno desde sus hogares, se une en un aplauso para agradecer la tarea esforzada del personal de salud que atiende a los enfermos y se expone a la posibilidad del contagio. Una semana después, algunos les piden a esos médicos y a esos enfermeros, que no se acerquen a sus hogares, que no permanezcan en los lugares comunes de los edificios porque pueden contagiar a sus familias. ¿Cuánto faltará para que, además de escracharlos, los señalen como una amenaza social y exijan que se los aisle del resto de los mortales?

Los otros señalados, como en “La Guerra del Cerdo” de Adolfo Bioy Casares, son los viejos: las víctimas predilectas de la pandemia. “Para protegerlos a ellos –se quejan algunos desalmados– hemos puesto al planeta en cuarentena” ¿Cuántos ancianos está dispuesto a sacrificar el mundo para volver a la normalidad económica global? No hay, desde el humanismo, respuesta posible a tan cruel interrogante.

VI • La Historia

La humanidad del futuro (tal vez una sociedad distópica que aglutine nuestras más aterradoras pesadillas o, por el contrario, una comunidad de iguales, progresista y en equilibrio con la naturaleza) analizará esta parcela aciaga de la Historia a través de los ojos de los que hoy la relatamos. De no acontecer una catástrofe, sobrarán

los documentos en todos los soportes que expliquen este período, la lógica de su desarrollo, las razones de su desenlace. El desafío será discriminar lo esencial de lo residual. Lo que abunde, en este caso, tal vez dañe.

Pienso –cuando escribo que la Historia se conoce y, por ende, se juzga a través de los testimonios de quienes la relatan– en Mar-doqueo Navarro, el comerciante catamarqueño radicado en Buenos Aires que en 1871 se convirtió en periodista para difundir con detalle, como no lo hacían los diarios de la época y mucho menos lo relataban las autoridades, los estragos que otra peste causaba en esa ciudad. A Navarro, ignorado por la historia oficial, se le deben las crónicas de aquellas jornadas de espanto en las que murieron 15.000 personas por la fiebre amarilla mientras el presidente Domingo Faustino Sarmiento y todos sus ministros huían con la ignominia de los cobardes, dejando a la ciudad en la más absoluta vulnerabilidad.

VII • El capitalismo

En la década del ochenta deliberábamos en las asambleas estudiantiles de la Escuela de Ciencias de la Información, respecto del capitalismo y concluíamos –no todos pero casi todos– en que su caducidad era irrevocable. La primavera alfonsinista había terminado con el Plan Austral y la declaración de la economía de guerra. El entusiasmo de la apertura democrática se desvanecía y la única opción viable era, desde nuestra pueril interpretación, la revolución. Apenas unos años después el capitalismo se imponía como el único sistema económico posible a nivel global. Francis Fukuyama proclamaba el fin de la historia, un desenlace ilusorio pero funcional a los beneficiarios de la globalización financiera que hoy dominan el mundo.

Han pasado más de tres décadas y lo que no pudo el socialismo lo ha logrado la pandemia: agudizar la crisis de un sistema que, además, se corroe a sí mismo. El coronavirus ha acelerado la certeza de que el mundo debe cambiar, aunque no quede claro de qué modo ni fundado en cuáles valores.

Dice mi amigo Diego “Carpincho” Varela, que tiene en la redacción su escritorio contiguo al mío, que lo que mueve al mundo es el egoísmo. La historia de la humanidad ha sido impulsada, es cierto, por ese motor poderoso. Pero hay otros combustibles que no deberían desestimarse al sopesar los factores que la hacen marchar, no en línea recta sino por rumbos oscilantes, meandrosos, hacia destinos que se construyen sin determinismos. Mecanismos que se activan a partir de procederes heroicos individuales, gestas colectivas, comportamientos situados a las antípodas de la búsqueda del rédito individual o sectorial. De ese material épico también está hecha la historia.

VIII • Los relatos

Los peores problemas, las dificultades extremas, las amenazas más inesperadas que se ciernen sobre el conjunto de una sociedad y sobre el mundo globalizado, son terreno fértil para extraer enseñanzas, conclusiones. En definitiva, tienen la virtud de derribar mitos instalados por argucias discursivas cuyo anclaje en la realidad es nulo. La pandemia es un buen ejemplo para desenmascarar relatos que, haciendo foco en consignas vacías de contenido, encubren sin embargo pretensiones sectoriales e interesadas, pergeñadas a los efectos de instalar presuntas verdades absolutas que las crisis pulverizan con la contundencia de la realidad.

Uno de esos relatos alude a la necesidad de reducir el Estado —el sector público— a roles secundarios, de apenas facilitador de los negocios del sector privado. De allí a proclamar como una virtud la rebaja presupuestaria de áreas altamente sensibles hay un solo paso, que algunos gobiernos inspirados en la doctrina más ortodoxa del libre mercado no dudan en dar, con devastadoras secuelas en el mediano y largo plazo. Ese relato, con el actual Estado articulando todas las acciones de prevención y asistenciales, poniéndose al hombro la crisis del coronavirus, se hizo añicos.

IX • El mundo y los héroes

El mundo que viene no será el que conocíamos hasta hace unos

meses. Pero nadie sabe cómo será. Un mundo, quizás, huérfano de abrazos y besos, de roces en la piel. Sin multitudes, más desapasionado, menos visceral, más racional. Un mundo de realidades encapsuladas, de sentimientos reprimidos. Eso al menos en el corto plazo, hasta que recuperemos la libertad de redimirnos los unos a los otros, de encontrarnos otra vez. Y tocarnos, escucharnos, abrazarnos, mirarnos de cerca, besarnos, olerarnos, sentirnos, hasta que estallen todos los sentidos.

Pero, ¿será un mundo mejor? Digo, estratégicamente, de cara al horizonte: en términos de justicia, de tolerancia, de reconciliación con el entorno natural. ¿Aprenderemos las lecciones de la pandemia? ¿O será un mundo de autoritarismo y recorte autorizado de las libertades públicas y los derechos humanos? Habrá que dotar a la Historia —para transformar al mundo en un sentido positivo— de ese combustible compuesto de heroicidades y de gestas épicas. Tendremos que arrancarnos de la cabeza la idea inoculada por Hollywood del héroe individual, que todo lo soluciona solo, y apelar a la figura del héroe colectivo planteada por Héctor Oesterheld: “El héroe verdadero de El Eternauta es un héroe colectivo, un grupo humano. Refleja así, aunque sin intención previa, mi sentir íntimo: el único héroe válido es el héroe ‘en grupo’, nunca el héroe individual, el héroe solo”.

X • La Esperanza

El abismo se desvanece. Las luces de la avenida asoman ya, con los contornos imprecisos por las partículas de agua que se deslizan suavemente. La calle vacía, el eco de mis pasos, la vida que apenas se intuye detrás de los muros o que asoma fragmentada y difusa entre los pliegues ajados de las cortinas; me recuerda de pronto el regreso a la vieja casona de Roma al 300, en Córdoba, hace 35 años. La madrugada acechante en cada esquina, la soledad también, tal vez la llovizna. Las caminatas desde el 8° “C” de la calle Urquiza hasta el barrio General Paz, luego de esos interminables debates con Jorge y el Vity sobre la viabilidad de la revolución en el contexto de la débil democracia recién recuperada, se asemejan a las de estas noches desangeladas. Ayer cargando el bolsito marrón con los

apuntes de periodismo, imaginando un futuro indescifrable todavía. Hoy, con la mochila negra al hombro saliendo presuroso del diario. Ayer, como hoy, caminando solo bajo un cielo gris, vacío de certezas.

Presiento que la incertidumbre como lugar común es una sensación colectiva. Estamos todos alertas, confundidos, pero cuerpo a tierra en la trinchera de los afectos. Esperando que la lluvia cese y el cielo escampe.

Al fin y al cabo, en un mundo de transformaciones permanentes, lo único que perdura es la esperanza. Lo que nos salva es la esperanza.



Un abrazo

SUSY PATTY JUÁREZ
Córdoba, Argentina.

JUEVES A LA TARDE, 17 HS. SOL EN LA CIUDAD DE CÓRDOBA.
La respiración se entrecorta de a ratos cuando miro los informes de la pandemia. De repente, la tierra quiso a dar a conocer su descontento con nuestro trato hacia ella, propio de villanos. O algún villano quiso que el mundo se detuviera. No lo sabemos.

En casa mis dos pequeñas hijas y yo tratamos, como siempre, de convivir normalmente. Por eso la foto que acompaña este relato resume la tarea de la más pequeña, de 7 años: construye casitas. Construye desde muy pequeña. Nunca se me hubiera ocurrido comprarle una casita hecha, y matar su ingenio. Su inteligencia -superior a la mía a su edad- la llevó a los cuatro años a dibujar su autorretrato, como Frida Kahlo; ayudada por un jardín de infantes totalmente estimulador. La más grande está haciendo las tareas escolares. Con gusto, con sueños. Acaba de cumplir 11; posee una fuerza espiritual importante luego de tener que mudarnos varias veces de casa; y por lo tanto de colegio. La que parecía que no iba a poder muchas cosas; puede. Es muy bella y su ternura, junto con un hoyuelo regalado por su ángel, la hacen más hermosa. Ambas son fuertes y tiernas. Cuando el COVID 19 empezó a circular, no sabía que iban a soportar mejor que yo la ansiedad, la angustia, el miedo y el encierro. Por ciertas situaciones que no voy a relatar, estoy sin trabajo, así que

paso mucho tiempo con ellas. Una de las fuentes de seguridad más importantes que tienen es el amor de mamá; o sea yo.

Quisiera tener la máquina del tiempo y el espacio y llegar al momento mismo en el virus nació, y poder de detenerlo. Demasiadas muertes, demasiado efecto secundario.

Una semana antes de declararse la cuarentena había conseguido alquilar esta casa, sin intermediarios legales. Una semana después empezó a llover y los techos húmedos, se me figuran esos monstruos malos que ven mis niñas en los dibujos animados. Mi madre vive cerca, y en estos días no deja de pasear su perro. Hay mucha gente viviendo sola. Mucha. Hay mucha sin trabajo, con hambre y con ayudas estatales, resistiendo. El gobierno liberal anterior a este, no dejó casi nada en pie. Y casi podría incluirme.

Todo que digo o cuento es parte de mí: es lo que pienso y de vez en cuando, todas las veces que puedo, trato de ser coherente en mis acciones con mi pensamiento. Me equivoqué muchas veces, es cierto. En parte porque la militancia -o ser misionera según un compañero o ex compañero de trabajo muy creyente-, se apoderó de mí en demasía. A veces, cuando encontrás lo que te gusta no siempre coincide con la edad, las posibilidades de hacerlo y las necesidades reales. Y entonces el cuerpo y cabeza no soportan tanta supuesta coherencia y cometés errores que ya no aplican solo a lo individual, como a los veinte, sino que hace olas preocupantes en tu entorno.

Me puse a escribir este relato porque quiero volver a ser parte de mi grupo de facultad -escuelita en ese entonces-. Una anemia terrible me impidió seguir la carrera al mismo tiempo que ellos. Con el tiempo encontré otros compañeros y compañeras de estudio, pero para mí son inolvidables los días de estudio para los exámenes finales, la evaluación banco a banco con Gladys, Carmen, Erica, Silvana. Disfruté conocer la casa de Gaby, ir a una fiesta de disfraces, ser re intelectual con Duilio y Cynthia, y matarme de risa con Mechi, Roxana y la entrañable Elsa Bordolini. Recordar al Elsa merecería un recuadro especial de cariño, memorias y risas y más risas. Con muchos otros, que no menciono aquí, compartí el sueño de estudiar lo que nos gustaba.

A medida que escribo siento que todo fluye, como esas conversaciones y recuerdos que se entrecruzan en un presente que quiere otra fiesta en la casa de Susi...donde éramos muchos y encontrarse era una sorpresa tras sorpresa.

La verdad es que la Vida te hace nacer en un lugar, luego te pasea por varios otros lugares y, a veces, también por diversas formas de vivir. Será por eso que también logré tener un empleo público nacional y aprender sobre las necesidades de tanta, tanta gente. Aprendí que el Estado es un universo de posibilidades; y que el Universo -donde estés- te brinda muchísimas otras si abris los ojos.

Hace frío a esta hora y yo sigo escribiendo, aunque mi tarea fue interrumpida varias veces por distintos actores sociales ...(mis hijas, obviamente). No sé si a todos les habrá pasado lo mismo, pero siempre soñé con escribir un buen libro. Ojo. Dije "buen libro". Me encantaría leer las historias de todos y saber si alguno abandonó el vicio de escribir. Me resultaría difícil creerlo.

Sé que Alicia trabaja en defensa del medio ambiente o lo que queda de él porque la tengo en mi face, como a algunos. Comparto a esta edad un idealismo juvenil que hace que mis hijas vayan conmigo a las marchas, y saquen fotos en ellas, y como la más grande se pinte, nos pintemos la cara con verde defendiendo la naturaleza. A veces creo que, después de tantas reuniones a las que las llevé, van a odiar las noticias, las periodistas -o mamás periodistas- y la militancia por causas que lo ameriten. No lo sé. Sé que pintan buena gente. Y que en un mundo tan exigente de consumismo de cosas y juguetes, celulares y demás, a pesar de desear algunas de esas cosas, aman las sierras, tener patio. Pueden crecer sin tener un celular y saben que tienen controlado lo que miran, que internet es peligroso para pequeñas y adolescentes, y que es preferible jugar y tener amigas y amigos con los cuales verse. Mi familia grande ayuda; llena de tíos, tíos abuelos, primitos y primas de su misma edad, más grandes y hasta bebas de 9 meses. Que mamá pertenezca activamente a un grupo o a dos, ha hecho que los amigos pongan sus esperanzas también en ellas, ya que nada mejor que conocer gente que cuando estás sola y tus hijas enferman están a tu lado como lo estaría un

hermano amoroso.

Otra vez la interrupción causa estragos en todo lo que quisiera escribir.

Que amo hoy el abrazo de mis hijas. Qué extraño los abrazos y las reuniones familiares, que llamo cada dos días a alguien de mi familia para ver cómo están pasando estos momentos.

Que tengo un primo cirujano y su hermano instrumentista. Y que el cirujano está en uno de los hospitales preparados para los que contraen coronavirus.

Que el tiempo de ser valiente hizo que deje de lado la tristeza -que ha sido muy profunda- porque mis hijas pequeñas solo me tienen a mí, cosa que les pasa a muchas madres y padres.

Que la Vida no puede ser peor sino mejor para todos, todas y todxs.

Que hay gente en los comedores que hacen de comer -o hacían- para los que no llegan con el vil metal, y los conozco.

Que no puedo ni quiero imaginarme un mundo como el que dicen que sigue, con mascarillas permanentes.

Que los poderosos se están haciendo más poderosos mientras escribo esto.

Y que sigo soñando con la tierra para todos y el pan compartido.

La más pequeña tiene ganas de vomitar: tiene mucho miedo al coronavirus y al dengue. La pasan mal si salgo a hacer una compra. Tienen miedo a que no vuelva. Reforzar su seguridad es mi tarea. Nosotras rezamos cada día por la vacuna. Tal vez la vacuna tenga destinatarios prohibidos, o estará prohibida para los que no manejan los hilos económicos. Pero creo en vos y en mí, como dice la Teresa Parodi, y confío que si todos, todas y todxs creemos esto va a acabar. Tiene que suceder, así vuelvo a tomar cerveza con mis amistades y a reír -por la falta de cultura alcohólica- al segundo vaso.

Hace dos horas acabo de recibir fotos de mi padre con sus hermanos del año 2012. Fuerte, muy fuerte para una relación difícil con muchos huecos, por entender la vida de distinta forma. Mi papá falleció hace tres años. El amor de la familia, incluso de mi madre, hizo que después de mucho tiempo lo volviera a ver, antes que en-

fermara cinco años después. En fin, la foto de mi papá y mis tíos muestran tanto amor que me llevan a preguntar ¿cuánto cuesta hoy la alegría y el gozo? Hoy le pondría precio: vale un abrazo. ¡Que bárbaro! La vida es hermosa: aunque tiene feos momentos, te acaricia si la dejás. La buscamos, nos busca: hay quienes interpretan que es el destino, la cuna donde naciste o el hacer eligiendo. Cada quien cree en esto de distintas formas. ¿Será una conjunción de todo ello?

Creo que esto va a pasar. Lo creo porque tanto amor puesto en solidaridad va a hacer que el corona quede atrapado en un sándwich aplastante. Si, esto va a acabar. Corona, me tomo el atrevimiento de advertirte que te tomes el palo, literalmente, sin eufemismos y sin rebuscadas frases literarias. Andate cariño, no cabés en este mundo que está renaciendo en muchos lugares y ya no va a permitir que el hambre lo instalen las naciones ricas, ni que las enfermedades causen estragos...

Sí, yo creo, como tantos que hoy juntan alimentos para otros.

Héroes

A Mauricio:

Cuando te recibiste de médico no sabías
Que hoy estarías descifrando
Ante cada paciente en tu guardia
La vida, la cura o la muerte.
Mucho sacrificio Mauro
Familia humilde
Con sólidos principios de ayuda a los demás
Noches sin dormir en el trabajo
Las prácticas por la mañana
Y la ayuda familiar para las prácticas.
Un amor que nació cuando dabas
Tu dinero de practicante, el poco que tenías
Al que tenía menos para un remedio
Que no iba a poder comprar
El amor te rodeaba, como hoy
Tu pequeño hijo que te espera.

Hoy Dr. Cirujano que seguís estudiando
Estas en la trinchera, en esa a la que muchos
Miramos admirados.
En esa de enfermeros,
De personas que limpian y lavan el material descartable
De especialistas, como Zaida, con tres niños, madre sola.
Uds. no saben -o si- cuánto agradecimiento hay en todos.
Uds. los héroes que cobran poco por su trabajo
Los invisibilizados por aquella promesa de servicio.
A Uds. el respeto, el honor y una larga vida.

A Enrique:

Te puse el nombre de mi mejor amigo,
Te bauticé porque nunca te pregunté el tuyo
Pero el año pasado llegando la noche
Escuché el ruido del camión
Ese que lleva los desechos de todos
Entonces corrí y te alcance las dos bolsas
Que llevaba en las manos.
Me miraste extrañado
Como si yo fuera de otro planeta
Me hiciste una sonrisa rara
Contesté con unas disculpas
No sabiendo de qué me disculpaba
Si escribiera una novela de amor
Sería esta
Porque te subiste al camión y te me quedaste mirando
Como tus dos compañeros.
Yo no entendí, pero tus ojos llenos de ternura y sorpresa
Me devolvieron un poquito de felicidad.
Porque vos, no ahora, sino desde siempre hacés una tarea
Tan importante como la logística de cualquier ministro
Porque vos Enrique, Pablo, o
Francisco es tan importante como tantos
Que insisto

Están en la trinchera.
Te quiero, porque te conozco en la calle
Y en las marchas.
Y ahora más que nunca sabés
Cuánto se te necesita.

Villanos

Marcelo, Juan, Guillermina
Para vos
Que escribís noticias falsas
Que te pusieron en un medio
De los que comunican
Para confundir
Para dar información de hace
Diez años como si fueran de hoy
A vos, que preguntás y repreguntás
Y que destruís los que otros construyen.
Para vos
Que ojalá si seas una especie en extinción.

Pausa

Acostumbrada a las pausas de respiración en el curso de yoga para ser profesora de yoga terapéutico, curso que tuve que abandonar por razones amarillas -digo económicas- me tomaré una pausa.

Podría hacer un *racconto* de algún viaje con mi querida amiga Estela o con Nora y su visión del Universo. Por el contrario, a veces me dan ganas de escribir una historia de ficción. Tal vez porque, como en este caso, mientras escribo los dibujos animados con monstruos y pequeñas o pequeños héroes y malvados, juegan el juego del miedo y el amor.

La *realidad supera a la ficción*, me digo, pero inmediatamente me corrijo: no, eso *es algo muy repetido*. La realidad es la voz de mi madre, las caricias de mis hijas, los buenos momentos, los sinsabores, el amor que se fue y el que está llegando. Porque llega, siempre y cuando se lo permitamos. Como estas ganas locas de abrazarte a vos

que tuviste esta idea y reitero, prestaste tu casa y fuimos muy felices. Loca, loca de ganas estoy de abrazar a cada uno, con la esperanza intacta de lo que tiene que terminar, con expectativas de cómo vamos a ser cada uno de nosotros en la nueva vida, sabiendo que ya estamos viviendo de un modo no imaginado.

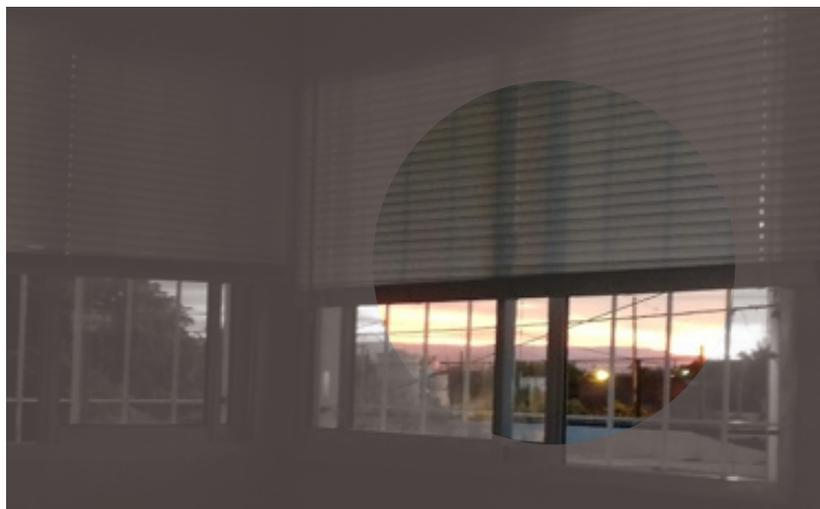
Hay mariposas en mi patio, el cielo está más limpio: la naturaleza no entiende que pasó con nosotros. Será que nosotros, nosotras, nosotrxs, tendremos que entender qué pasó adentro nuestro. Pensar qué podemos hacer para que no vuelva a ocurrir. Y trabajar para que sólo pase lo bueno para la mayoría.

Gracias. Abrazo.

Nota 1: me dicen desde pequeña Patty...y Patricia los antiguos vecinos y varios amigos, amigas y amigxs, para que me reconozcan.

Nota 2: no dejo de amar... los invito.

Nota 3: no hay final escrito. Este, el de la pandemia y todos, los vamos escribiendo colectivamente y en cada pensamiento individual y social.



De amores...

ERICA KRENN
Córdoba, Argentina.

SENTADA EN MI INMENSA Y CÓMODA CAMA DESDE LA CUAL puedo mirar por la ventana abierta, me dispongo a que la señora inspiración -y las teclas de mi notebook- me ayuden a plasmar-me en este relato. Un relato cargado de recuerdos que se agolpan en mi mente y que piden salir apresurados mientras trato de ordenarlos, aunque algunos se pierden con el correr de los segundos. Es que los 55 me encuentran en este estadio de la vida en el que no sé si el querer *aggiornarme* me hace vivir vertiginosamente (y ello conlleva la pérdida de concentración para aferrar ideas) o que el Alzheimer está pidiendo permiso para ser mi compañero de cuarto...

Está atardeciendo y miro a través de los vidrios sucios (aunque gracias a Dios y al contraste de la luz no se note) que aún así me permiten disfrutar a lo lejos de mis sierras queridas y soñar que un día pueda terminar viviendo en algún paradisíaco paraje cordobés, con mi huerta, mi familia y mis animales...

Lo cierto es que de pronto las persianas a medio subir y las rejas, que también forman parte de esta postal que observo, me traen de nuevo, me impiden volar hacia aquel paisaje y me bajan a la realidad del tecleo. Entonces ya no puedo recordar qué era lo que hace 30 segundos pensaba que iba a contar, si bien ya había empezado, y

nuevamente ponga en duda mi propio nivel de cordura...

A mi lado esta mi gordo, Ale, el hasta hoy “amor de mi vida”... Digo “hasta hoy” porque en muchas otras oportunidades, muchos otros amores fueron en su momento “amores de mi vida”... Pero con él llevamos 18 años juntos, más de lo que duré con tantos otros amores -ahora efimeros- pero no por ello menos dignos de ser recordados cuando escarbo en los recuerdos...

Y decido como buena amante de la literatura romántica, escribir sobre el amor...

Setiembre 2002.

En un rato va a pasar, siempre lo hace a esta hora. Lucky, su perro, ya me conoce y me guiña cómplice un ojo, o se rasca la oreja y se empaca en la puerta de mi casa como buscando una excusa (instruida seguramente por su dueño) para que nos veamos.... Y yo casualmente, a esa misma hora, salgo con mis cachorros a barrer el jardín.

-Lucky se ha enamorado de mi Sofi - le digo, mientras con una sonrisa, atándome un rodete y haciéndome la sexy obviamente, lo trato de conquistar.

-Sí, así parece -me responde ese muchacho secote, más chico que yo, feo, como le dije a mi amiga el primer día que lo ví sentado en la puerta de su casa, pero con tanta cara de bueno que me gustaría ser su novia...

Marzo 2004.

Nervios. Felicidad. Ansiedad. ¡Me caso! Bueno, nos casamos... pero es tanta la revolución que hay dentro mío que en un ataque de egoísmo por primera vez me preocupo sólo por lo que a mí me pasa... Siempre viví, vivo y viviré para el resto... Siempre me postergo. Pero hoy, sólo por hoy, este momento y disfrute son míos. La felicidad no me la da él sino que soy feliz porque lo elijo libremente y quiero pasar el resto de mi vida a su lado... Y esta elección no es atadura sino que será diaria y libre, con el amor como testigo.

Marzo 2019.

¡Ya nos mudamos arriba! Subimos y bajamos por la escalera de obra, esa de metal plegable que los albañiles nos prestan -hasta que podamos hacer la de madera- y que se mueve presagiando una caída. Después de tantos años viviendo apretados, pudimos cumplir nuestro sueño de ampliar la casa y ahora cada uno de los chicos tiene su habitación... y también nosotros: la habitación tal como la soñamos. El me dice en voz bajita -aunque mi corazón lo escucha como un grito- que no importa el vertigo de los 4,20 de distancia al piso, si ya estamos en el lugar anhelado, nuestro espacio de amor...

Ese marzo cumplimos 15 años de casados. Siento ruido en la escalera y lo veo a él, mi gordo que de feo pasó a ser “beio”, haciendo malabares para traerme una bandeja con el desayuno y así iniciar el día de nuestro aniversario, con una rosa y un papel con letras de jeroglífico que dice te amo...

Marzo 2020.

Escucho las noticias sobre el coronavirus. Seguro me lo pesco. Esa suerte es sólo mía: virus raro que anda dando vueltas cerca mío ¡zas!... termina ensañándose conmigo. Pero, por ahora, me vengo salvando.

Cuarentena. Me encierro en mis afectos: mi gordo, mis tres hijos, mis tres perras y dos gatos. Puedo seguir cuidando la huerta ya que no requiere tener contacto social. Voy contando cada nuevo tomate que aparece en mis plantas o cada nueva albahaca morada o común que va germinando. Parece que perdí la memoria y ya no me acuerdo si en los 9 botellones que están bien a la vista, esos brotes corresponden a limoneros, naranjos o ciruelos.... Qué más da, la vida está en pleno desarrollo.

Y el gordo al lado mío... Me ceba un mate, me pregunta qué me gustaría comer esta noche y se pone los lentes, que sólo usa en privado (porque no quiere demostrar que para él también los años pasan) para ver alguna noticia en el celular o volver -por enésima vez- a leer El secreto... O decirme “cara é poio, te amo”...

Mis hijos dan vueltas buscando algo rico que comer. Ellos es-

tán en su salsa: tecnología mediante y comunicados todo el día con sus amigos, no les cuesta tanto aunque ya están deseando volver a clases. Es que el contacto físico, el cara a cara es impagable. Fede trabaja desde casa. Ya tiene 28 pero ni miras de irse y volar con sus propias alas. Mili con sus 14 y sus hormonas revolucionadas se maquilla, se cambia y descambia haciendo la clásica pose de “trucha de pescado”, como yo le digo, que pone para sus selfies. Emma (Emmanuel) tiene 12 y un corazón que explota de lo inmenso y cargado de amor, se debate entre jugar a la play con los chicos o jugar al Uno con su padre y conmigo.

21 de enero de 1992.

No doy más. Empecé ayer a las 2 de la tarde con contracciones y ahora, 5 de la mañana, siento que muero. Transito esta primera experiencia entre el dolor que me supera y el amor y la ansiedad que me desbordan. Quiero verlo, quiero tenerlo entre mis brazos. Época de robo de bebés y ¡oh casualidad! la inscripción en el libro de nacimientos de la clínica del único varón que vio la luz ese día, llevaba otro nombre y negaban su nacimiento... Abuela enfurecida a punto de matar, destrozarse todo o llamar a la policía, me encontré con mi Fede: es hermoso, es el amor hecho carne en ese pedacito mío. ¿Qué dolor? me pregunto al ver su carita ni bien lo ponen en mis brazos pero... *Por Dios, ¡¡¡nunca más tendré un hijo...!!!*

2 de enero 2006.

Nuevamente con esta panza. Y este calor... Las contracciones son interminables y el doc me dice que falta muuucho para que nazca. ¡Cuánto te buscamos, Mili! Ya me olvidé de lo que dije allá por el verano del '92. Esto de formar una gran familia fue siempre mi sueño. 10 de la noche. Pujar en posición de cuclillas, como lo hacían los aborígenes, ayuda a que los dolores no sean tan profundos y que no me resulte otra eternidad el trabajo de parto. Y ahí estás, con tu padre, mirándome entre incrédulo y maravillado por esta vida que acaba de salir de mí, con tus ojitos dulces y pestañudos... ¿Y el dolor? Me olvidé de él nuevamente... Eso es cosa del pasado.

21 de diciembre 2007.

Calor terrible. Inicio del verano. Parece que mis panzas son moda en verano. Son las 2 am y acabo de empezar el trabajo de parto. Aún restan algunas horas o días quizás; mejor intento descansar, si esta panza enorme me lo permite. Contracciones. Me voy hasta la Maternidad con mi bolso a cuestas. “*Falta*” me dijo la doc. Regreso a casa. La verdad es que la tengo hecha un desastre. Me pongo a limpiar. Ente escobillón, trapo de piso y demás neceseres, la dejo reluciente. Otra vez a la maternidad: “*a la sala de partos directamente*” dijo la doctora. Es interminable el pasillo. Ya nace. Veo cara de desesperación en la joven médica que me atiende. No supe que dos manos, dentro mío, intentaban evitar que las dos vueltas de cordón en el cuello terminaran en un trágico desenlace. “*Nos costó reanimarlo*” dijo el Jefe de Neonatología, “*pero está bien*”. Tras varias horas en observación pude tenerte, abrazarte y besarte, cuando llorabas con un sonido apenas perceptible... Ahora que miro para atrás, creo que se olvidaron de cortar el cordón umbilical que une nuestros corazones. ¿Y el dolor? La vida es más importante...

Amigos, tengo pocos. Para ser exactos, menos que los dedos de las manos. Siempre he sido tan sociable pero amigos, lo que se dice amigos, sólo los justos y necesarios. Me doy cuenta de que no hace falta estar llamándonos todos los días ni vernos para extrañarnos: están siempre ahí, ocupando cada uno su espacio.

Y empiezo a pensar ¿Cuánto amor nos hemos dado? Revuelvo en la sopa de mi memoria y veo risas, abrazos y también, por qué no, algunos llantos.

Amigos que ya no están, como esos amores que al principio recordaba, y sin embargo viven en las bellas historias del pasado. Amigos que se sumaron en otras etapas de mi vida y me brindan la dicha de estar a su lado. Amigos con los que me encuentro a través de videollamadas o de interminables audios que tildan el celular porque no tengo ganas de borrarlos, para escucharlos una y otra vez y reirme con sus palabras, secretos y encantos.

Y aquí estoy ya cerrando mi ventana. Comienza a refrescar. Al amanecer las sierras nuevamente se verán bellas -sea como sea que

esté afuera- se verán bellas. El amor, los recuerdos y las sonrisas de mi gordo y mis hijos no quedarán en la almohada como un sueño. Serán el punto de partida para seguir tejiendo historias en mi alma.



El tiempo en el que me busco

NORMA LEZCANO
Córdoba, Argentina.

ME DIJO VIRGI: “MIRÁ A TU VENTANA, Y ESCRIBÍ LO QUE VES...Y *andá al pasado y luego escribí cómo te encuentra este presente*”.

Creo que comprendí la consigna. O, tal vez, quiero que su consigna potencie la que me construí desde que comenzó este aislamiento, que me encuentra con 54 años, aún saludable y agradecida por lo que la vida me regaló hasta hoy.

Miro hacia afuera y veo a mi calle (cercana a la avenida) vacía, silenciosa y -no sé por qué- la siento, la intuyo “reclamante”. Como si cada uno de los pedazos que la componen me advirtieran que ella ya no es y no será la misma. Siento que su vacío y soledad me dicen: “*cuando regreses a mi espacio, intenta tú no ser la misma*”.

En esa revolución interior, que la soledad me propone como un nuevo regalo de vida, es que transito estos días inéditos para la humanidad o, al menos, para buena parte de las generaciones que compartimos el presente.

No lo tengo claro, pero creo que lo próximo que se avecina -al menos para mí- es encontrar un sentido de propósito. Como dice el poeta inglés en *Invictus* “alcanzar a ser el capitán de mi destino”.

¿Y eso?... ¿cómo se transita? ¿Pura literatura o intención honesta? Un desafío. Un desafío que en mi experiencia significa atravesar una cumbre todavía empinada: trascender mi ego. De algo estoy

casi segura: continuar “dándole de comer” a su imborrable existencia no me ayudará mucho.

Probablemente, el mundo que se está transformando en estos mismos minutos me requiera más clara en mis preguntas, menos rápida en mis juicios y prejuicios. Más atenta a mis incoherencias que a las ajenas. Más ágil para desprenderme de lo que fue y me configuró de algún modo; más lista para vivir el ahora -con lo que traiga- con la mente abierta.

Tener la razón y el control ... ¿sobre qué y para qué? Sé que la psiquis necesita anclajes, aunque resulten engañosos, para guardar cierto equilibrio. Sin embargo, hoy me resultan más poderosas esas dos preguntas que mis antiguas supuestas seguridades.

Probablemente -pienso- si me ejercito en “sobre qué tener razón”, me abra a los caminos que la nueva realidad imponga que transitemos y sobre los cuales tengamos que razonar. Y si me abro a un “para qué”, tal vez se expanda mi horizonte egocéntrico y surja un sentido de acción que me trascienda y que a la vez me permita encontrarme accionando junto al otro.

Si algo me está dejando de herencia la pandemia es una extraordinaria y apabullante sensación de vulnerabilidad. Una vulnerabilidad que me metió de cabeza a practicar eso que algunos maestros espirituales llaman “el arte de la rendición”: dejar de resistir. Aceptar y rendirme es la mejor forma que encontré para dialogar con el Covid-19.

Lejos de ser una actitud pasiva y derrotista, es un “estado de ser” muy poderoso que me ayuda a estar presente y alerta, sin azuzar el fuego de las historias mentales que nos contamos a partir de nuestras creencias y emociones.

¿Es tal vez este “estado de ser” una historia más que hoy mi cabeza elige contarme para estar en control? Probablemente, pero lo que desapareció fue la necesidad de tener/ ser/ estar de determinado modo para justificarme.

Ahora, poco me importa el YO sino es de la mano de un TODO que navegue con más armonía... así, a lo mejor, empiezo a ser la capitana de mi propio destino.



Yo no vengo de esta ventana

JORGE *PETETE* MARTÍNEZ
La Calera, Córdoba, Argentina.

LA VENTANA POR LA QUE HOY VEO HACIA FUERA, MIENTRAS ESTOY en cuarentena, no es la ventana de la que vengo, la que marcó mi vida. Este paisaje de árboles serranos que disfruto a medias aquí en Calera no evita que extrañe a mis dos hijas de 14 y 12 años que, en este tiempo de peste, viven con su mamá. Fue una decisión consensuada para protegerlas ya que debo salir a trabajar todos los días y estoy más expuesto a infectarme. Confieso que no me llevo bien con la soledad y sin ellas se hace más difícil, pero esta es la época que nos toca vivir.

Con dudas acepté el desafío de escribir unas líneas para reencontrarme con mis compañeros de la Escuelita en la que estuve tres años. Siempre me pregunté qué habría sido de la vida de ellas y ellos. Con algunos compartí la profesión y a otros les fui perdiendo el rastro. A los 55 años, ponerte a rebobinar hacia los 17 o 18 genera recuerdos vagos, suelta pinceladas difusas de tu vida, pero también redescubrís cómo hay cosas que te pasaron y te marcaron para siempre.

Soy un convencido de que uno es el resultado de lo que ha vivido en los primeros años de su vida y esa es la mirada que acompañará hasta el final, independientemente de cómo te haya ido. Por eso dije que la ventana por la que veo la cuarentena, no es de la que yo vengo.

En realidad, mi ventana fue la de la casa que compartimos con mis padres y mis hermanas en barrio La France. Fue el piso de tierra en el que crecí los primeros años. Fue el hito de bañarme por primera vez con agua caliente en la adolescencia. Agua caliente de un calefón Sosa, al que abastecíamos con los cajones que yo buscaba en la feria. A eso le llamé progreso. Siempre agradecí a mis viejos el esfuerzo por hacerme estudiar, aunque ellos ni siquiera habían ido a la escuela. Eran tiempos donde la quincena que a mi papá le pagaba la Kaiser primero y la Renault después, alcanzaba relativamente. Así fue que lo ví tanto repartir discos de empanadas y pastelitos por la tarde, como vender rifas casa por casa. La rifa del Hospital de Niños ¿se acuerdan? Y hablando de recuerdos, aún tengo en la memoria la tarde en que papá contó a los pies de la cama, ese dinero ahorrado durante tantos meses con el que compramos una vieja renoleta usada modelo '70.

De ese palo vengo y la verdad que hoy no sé muy bien qué planetas coincidieron para que pudiera entrar a la facu aquel año. Tiempos de ingreso restringido, con seis materias para rendir en marzo que me quedaban pendientes del secundario y ninguna chance de prepararme. En el primer examen me fue mejor de lo esperado, gracias a la fortuna y a Mariana Mandakovic que me tiró un salvavidas de respuestas. En el segundo, se dio la lógica. La cuestión es que quedé, por apenitas, fuera del cupo. De pronto me avisaron de la Escuelita que dos aprobados habían desertado y que de repente... ¡Yo estaba adentro! De repente también, y por la caridad de un profe de matemática que comprendió que eso nunca iba a ser lo mío, aprobé el secundario.

La universidad fue para mí un mundo nuevo que en realidad no entendía muy bien, quizás por el colegio de donde venía o por mi propia cabeza. Yo los veía debatir, analizar y muchas veces intelectualizar cosas que no comprendía o que me aburrían. En realidad, yo quería contar noticias, aprender el oficio, y veía que no era posible acceder en clase a las cuestiones de la práctica. Lo único que tenía claro desde los 8 años es que quería ser periodista. Por supuesto que no sabía cómo, pero a mí se me había puesto que quería hacer transmisiones deportivas.

Así que además de ir a la escuelita, todas las semanas me iba al edificio de la vieja LV3 (Colón 119, cuarto piso) y esperaba en la puerta para decirle, a quien quisiera escuchar, que yo quería trabajar allí. Fueron días y días de esperar, sentado en la escalera de acceso, a ver si alguien me atendía. A veces esperaba tres horas, a veces cuatro. Otras, paraba a alguien que salía de adentro y la respuesta era *disculpame pibe, estoy apurado*. Hasta que un día me hicieron pasar y me ofrecí para ir a cubrir Estudiantes - Argentino Flores que jugaban en Río Cuarto. Me asignaron el partido y, por supuesto, la posibilidad de trabajar gratis. El problema fue cuando les pedí plata para el ómnibus a mis viejos. Para ellos fue como si les estuviera pidiendo un pasaje a Japón. Finalmente, munido de un boleto de la Colta y un sándwich de chori que me hizo mi vieja, viajé a Río Cuarto. Salí al aire dos veces desde un teléfono público que estaba en una estación de servicios al frente de la cancha. Ese día arranqué con lo que tanto me apasiona. Y no he parado desde entonces, cuando tenía apenas 19 años.

El entusiasmo y la expectativa que me generaba la radio me fueron alejando de la facu. Siempre me pregunté si hice bien o si hice mal, pero era un momento en que tenía que decidir y me volqué de lleno al oficio que aprendí a los ponchazos y como pude.

Lo vivido me encuentra hoy agradeciendo el camino recorrido con los mismos sueños e ilusiones que tenía cuando me inicié. Mientras vuelvo a mis recuerdos por un rato, me olvido de que estamos en cuarentena y nos queda un largo trecho por transitar y resistir. La vida nos pone a prueba de una manera impensada.



Racconto

PABLO ALBERTO MOCCI
Chieri, Italia.

FUE UN VIAJE INCREÍBLE Y SOÑADO SIN UNA META FIJA Y CON LA intención principal de conocer la tierra de mis abuelos, en realidad bisabuelos, que nos contagiaron desde niños con su marcada italianidad.

Pasaron treinta y un años desde aquel lejano 8 de mayo, fecha de mi primera “fuga” del país. Un vuelo con destino a Roma que hizo una escala breve en Toronto. Así se iniciaba, casi inconscientemente, mi aventura en estas tierras en las que aún vivo y que me han acogido como a un hijo. Estoy hablándoles de una nación hermosa: Italia .

Mis primeras dificultades tuvieron que ver con la integración. Socializar hablando una lengua que no me pertenecía fue el primer gran desafío. Me vi forzado a aprenderla enseguida y “a todo vapor”. Como dice el refrán, en condiciones extremas uno hace de la necesidad virtud.

No es fácil cambiar la propia vida cuando uno llega de un país en el que hasta el momento se había sentido privado de ciertas libertades. Y de repente convertir las represiones en libertad. No es fácil entender que en los países de este viejo, para mi nuevo mundo, hay reglas que parecen rígidas pero que cumpliéndolas, marcan pautas para que cada libertad individual termine donde se inicia la libertad

del otro. En este proceso de adaptación, las lágrimas y complejidad de las situaciones son una constante. Pero son sólo los dolores, los profundos dolores, los que nos hacen más fuertes e inevitablemente nos hacen alcanzar la verdadera identidad. A partir de esta dura experiencia también me tocó hacer las paces con mi homosexualidad reprimida, de la que hoy ya no me avergüenzo. Es que en aquel entonces ser gay en la Argentina que acaba de dejar, era como ser “*sapo de otro pozo*”.

En esta búsqueda introspectiva, pasan los días, corre el tiempo, se recogen nuevos amigos, se extrañan inevitablemente la familia y los viejos e inexorables afectos. La lectura de la vida cambia de perspectiva: la vida te da y la vida te quita. La muerte de mi padre seguramente me hizo dar cuenta que también para mi “*los años pasan y nos vamos poniendo viejos*”. Una vida trabajando en turismo y de pronto descubro un poco de arte escondido entre mis manos. Luego de intensa exploración y estudio, me convertí en un florista. Soy un florista con un poco de éxito, tengo un negocio con un poco de éxito, soy un hijo, un tío, un tío abuelo... una persona que aún extraña a la familia, a los afectos y a los pocos amigos que le quedan, porque los años y la distancia, se los van quitando.

Hoy nos toca asomarnos por la ventana de un departamento del segundo piso, ver la ciudad vacía y escuchar el silencio que, por momentos, hace más ruido que miles de tambores sonando simultáneamente. Hacer las cuentas con un rosario en el que me cuesta creer. Inventar nuevos modos de sonreír y comunicarme con las pocas personas que encuentro cuando hago alguna diligencia, porque la mascarilla omnipresente cubre nuestro principal canal de comunicación y, a veces, hasta nos priva de la palabra.

Cuando aterricé en este viejo mundo, lleno de progreso, de libertades, de nuevas ideas jamás pensé que de un día para el otro me encontraría aprendiendo a vivir en el silencio de la casa, con la persona que desde hace años comparte la vida conmigo. Con la sensación de no poder tocar con mis manos –y por ningún medio– mis raíces, mi otro país, aquellos amigos de otros tiempos ...

Esta pandemia imprevisible, de un día para el otro nos cambia

la vida. El tiempo pasa de manera diferente. La sensación de peligro nos une en el dolor. Nos hace entender y aprender que algunos comportamientos sociales nocivos, son iguales en todo el mundo. Nos hace sobrellevar la videollamada de una madre que entre lágrimas, te transmite –con la lúcida conciencia que esto es imposible– las ganas desesperadas de verte y de tocarte.

Hoy me encuentro en una pequeña ciudad de esta Italia querida, leyendo e interesándome un poco más sobre lo que pasa Europa, escuchando algunos políticos desprovistos de instrumentos eficaces para enfrentar la emergencia, mientras otros se aprovechan del momento para hacer propagandas que no interesan al pueblo masacrado de problemas. Viendo también que el mundo sufre en silencio, mientras se acumulan un montón de rabias y lamentos inmerecidos.

Pienso, leo, escribo y agradezco a la vida por lo que me da cada día, pero no me quedo en silencio y sin palabras... las dedico a todos aquellos que hoy nos ayudan a salir adelante con la esperanza pero sin la certeza de que mañana seremos hombres mejores. Mis palabras y mi homenaje van a los médicos, enfermeros, a las cajeras de supermercados y a todos aquellos a los que lamentablemente dedicamos poco tiempo para agradecerles el estar en primera línea en este campo de batalla, casi sin armas para enfrentar una guerra.

Sentado en el diván trato de imaginarme en una playa, mientras aprovecho que entre las cuatro y las seis de la tarde entra el único rayo de sol de esta maravillosa primavera...

Espero que al despertar algún día encontremos un mundo mejor y sin fronteras, un mundo en el que cada uno pueda saberse protegido y sentir que todo está bien.



La higuera

SUSANA MORALES
Córdoba, Argentina.

T ENGO LA CABEZA EXPLOTADA. ME PARECE QUE SE ME FUE LA mano, posta. Son 197. Entre plantas, flores, arbustos, árboles, algunos frutales, suman 197. Durante 20 años, apenas si planté una Santa Rita que nunca floreció, un nogal —aunque todavía no puedo comprender cómo sobrevivió— y no mucho más en un terreno de varios cientos de metros cuadrados.

Si esta pandemia hubiera sucedido dos años atrás, cuando todavía no había plantado ninguno de los árboles y flores que puedo ver hoy desde la ventana, mi patio no habría desentonado en nada con la tristeza y el miedo que se olfatea en este otoño híbrido.

Cuando mi amiga María, que es bióloga, me ayudó a elegir los árboles yo ya tenía claro que no podía faltar la higuera: me trae el recuerdo de las siestas en la casa de mi abuela materna, cuando juntábamos el producto exquisito de ese frutal esquivo.

De niña, me conmovía una poesía que aprendí en la escuela primaria:

*Porque es áspera y fea,
porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.
En mi quinta hay cien árboles bellos,*

*ciruelos redondos,
 limoneros rectos
 y naranjos de brotes lustrosos.
 En las primaveras,
 todos ellos se cubren de flores
 en torno a la higuera.
 Y la pobre parece tan triste
 con sus gajos torcidos que nunca
 de apretados capullos se viste...
 Por eso,
 cada vez que yo paso a su lado,
 digo, procurando
 hacer dulce y alegre mi acento:
 «Es la higuera el más bello
 de los árboles todos del huerto».
 Si ella escucha,
 si comprende el idioma en que hablo,
 ¡qué dulzura tan honda hará nido
 en su alma sensible de árbol!
 Y tal vez, a la noche,
 cuando el viento abanique su copa,
 embriagada de gozo le cuente:
 ¡Hoy a mí me dijeron hermosa!*

La higuera se llama este poema. Es bello. Con su autora, la uruguayana Juana de Ibarbourou –Juana de América– tenemos en común el apellido Morales (por su madre) y haber nacido en marzo con casi 70 años de diferencia. “*Mi destino será el mundo a través de los vidrios de mi ventana*”, dijo también ella alguna vez. Hoy mi destino, como el de millones, apenas se dibuja en los vidrios de las ventanas desde las que miramos el mundo, del que nos protegen y separan.

Para redundar con las cosas del destino, el 17 de enero de este año me caí entre las piedras de un pequeño peñasco, en la montaña. Pudo haber sido una tragedia. Pero no. Luego de 20 días y como el dolor no había desaparecido, me fui hasta la clínica de la que salí

dos horas después con el brazo derecho enyesado hasta el codo. Me había quebrado el hueso que articula el dedo gordo con la palma de la mano. Cuando te ven con el yeso, nunca falta alguien con ganas de psicoanalizarte o, más acorde a los tiempos actuales, de biodecodificarte. Así que allá fui a consultar buscadores, tratando de encontrar respuestas a la pregunta que sigue a la exclamación “*Abaaaaá!!!, la mano derecha... ¿ya sabés qué significa?*”. Parece que tiene que ver con soltar, dejar de hacer. Y eso fue lo que sucedió. Por un mes no pude ir a trabajar, manejar, tomar colectivos... así que me pasaba las horas adentro de mi casa leyendo, viendo tele, mirando el patio por la ventana (a veces también salía al patio). En ese momento pensé que tener un yeso en la mano derecha era una experiencia que todas las personas debían transitar alguna vez en su vida, por los aprendizajes que la situación de parar la pelota de tu rutina en seco, implica. Pero no lo comenté con mucha gente para no ser tildada de medio bruja o, peor aún, medio mala onda. A la única que debo haberle hecho el chiste es a mi hija Male, que se rió con ganas. El 5 de marzo me sacaron el yeso. A los 15 días se volvía a repetir una situación similar a la de tener un yeso en la mano derecha, y por lo tanto de parar la rutina en seco. Pero esta vez, simultáneamente y al igual que varios millones de personas, por causas y con consecuencias muchísimo más inimaginables.

Me siento parte de una generación bisagra. La que sin haber vivido en carne propia –la mayoría, pero algunos como nuestro querido Vity si– la persecución, la desaparición o muerte a manos de la dictadura, supimos comprender y luchar para que la historia nunca más se vuelva a repetir. La generación que inauguró la democracia en la universidad sin saber muy bien lo que eso significaba. También, fuimos la última camada que rindió un examen para ingresar a los estudios universitarios, con el riesgo de quedar fuera del magro cupo establecido. Efectivamente, para el año siguiente y al calor de las luchas estudiantiles de las que muchas participamos, ese examen tramposo y ese cupo excluyente se eliminaron. Fuimos parte de un grupo de jóvenes que decidió estudiar algo que, por aquellos años, parecía formar parte de un importante equívoco, o tal vez de

un sutil malentendido. Y por eso cuando te preguntaban *¿qué estudiás?* el siguiente comentario era *Abh... comunicación social... ¿es lo mismo que periodismo?* En la respuesta algunos se aventuraban con la explicación imposible y otros elegían el atajo: *Claaaro, algo así.* Fuimos un grupo de estudiantes que en el '86 tuvo que soportar (y tratar de comprender) el largo primer paro de docentes universitarios -posiblemente de casi todo el año. Ese paro nos dejó al borde del abandono de la carrera: es lo que hizo prácticamente la mitad del curso. Formamos parte de una generación que mientras soñaba con la casita propia, a la vez se aventuraba a buscar nuevos terruños por el mundo. La que vivió entre la radio, las rotativas, los VHS, y los podcast, el diario digital y el periodismo móvil. La que transitó desde "los nenes con los nenes, las nenas con las nenas" hacia el matrimonio igualitario, el lenguaje inclusivo, el feminismo. La que confiaba en mandatos diversos: de la familia, los hijos, el trabajo estable, pero a quienes los hijos y las hijas desafían eligiendo el amor libre y la cabeza despeinada, liberándonos al mismo tiempo. Finalmente y por si fuera poco, una generación que está viviendo un lisérgico *dejá vú* de la Edad Media: una pandemia inexplicable (con perdón del abuso de adjetivos). Al menos yo, nunca imaginé que viviría algo semejante. Y eso que me considero alguien con una imaginación cuanto menos potente.

Cuando hice la invitación para formar parte del grupo de whatsapp a ex compañeros de facultad, elaboré un listado de prohibiciones, de lo que podíamos decir o no decir para no herirnos y así evitar el fracaso del encuentro. A poco de comenzar nadie se atrevió a respetar el protocolo. Aun así, sólo uno o dos se fueron. Por suerte, porque es increíble la diversidad y por lo tanto la riqueza que cada uno, cada una aporta y comparte en estos días: desde las primicias periodísticas a las cadenas de oración o mantras, desde la información científica al humor inteligente o chabacano, desde la organización de una colecta a la militancia político-digital. Nunca faltan tampoco las angustias propias con que a veces nos desahogamos en el grupo o las ganas de llorar a gritos por quienes están muchísimo peor.

De todos los grupos de los que participo éste es el que más me

conmueve. Cuando pienso por qué, me doy cuenta de que es porque me permite reencontrarme con quienes éramos. Habíamos dejado atrás la infancia pero aún no habíamos vivido ni sabíamos lo que hoy -para bien y para mal- hicimos y sabemos. Éramos la promesa de lo que íbamos a ser. Éramos la promesa del mundo que íbamos a protagonizar.

Y así, en este presente la vida nos encuentra, me encuentra, tratando de reconciliarme con lo que pude haber hecho y no hice, lo que pude haber sido y no fui, lo que finalmente sí soy, y pude, y quise.

Hay un hilo conductor en todo esto y es la pasión con la que me comprometía con cada cosa que iba descubriendo. En la adolescencia con la religión, más tarde la política, después llegó el turno de la comunicación popular, el psicoanálisis, y luego vendría el feminismo. Más recientemente he comenzado a interesarme por los fundamentos político-ideológicos de la ecología y el veganismo. Entonces he leído que la producción industrial e irracional de alimentos se relaciona con la ruptura de los ecosistemas, lo que que ha llevado a la emergencia de ésta y otras pandemias futuras que algunos ya están anticipando. Pero ese es otro tema. También las lecturas académicas fueron (y son) fuente de una enorme pasión. El amor, la palabra que todo lo completa, lo construye.

He tratado en estos días de armar una rutina que aleje los fantasmas de la desesperación. Me despierto a la madrugada y me obligo a seguir durmiendo. Desayuno siempre lo mismo, hago alguna tarea que mantenga la casa dignamente habitable, leo algunos diarios en la compu, tomamos mate y hablamos con Mario de lo que vamos leyendo. Casi siempre son sus aportes los más valiosos para entender este mundo desbocado por culpa de un virus vengativo y asesino. La música es también su regalo de todas mis mañanas, y mis tardes, y mis noches. Martín está cultivando masa madre. Tomás está pintando los sillones de madera del patio. Preparo alguna clase virtual. A veces me duele la cabeza de tanto leer, de mirar la tele en la misma posición. Estoy harta de las series, no ha quedado ninguna capaz de sorprenderme: criminales y amores previsibles. Zombies

y payasos siniestros. En las películas todos los payasos son siniestros. Me cuesta muchísimo dormir (qué novedad), y por lo tanto despertar. Siempre me ha costado, pero esta vez contar ovejas no está resultándome efectivo. De modo que estoy considerando seriamente tomar una pastilla a la hora señalada de la noche. El mundo ha quedado a la deriva, y es bastante probable que ya ni siquiera la ficción pueda superar la dimensión de la travesía. Esto no está pasando, en serio. Me digo a cada rato, o cada tres o cuatro días. Mañana finalmente voy a hacer una torta, hablando de ficciones.

Confieso que en estos días tengo miedo, a pesar de que he logrado organizar de una manera bastante razonable la rutina. Tengo una madre y un padre amoroso que no dudaron en dejar su vida sepultada en el pueblo que les vio nacer para dar a sus hijos las oportunidades de la gran ciudad. Con 83 y 93 años respectivamente, un alzheimer en progreso y una lucidez estremecedora, también respectivamente, tienen el privilegio de estar juntos. Él no se anima a morir *“porque tengo que cuidar a mi viejita”*. Tengo un esposo, palabra horrible para nombrar la más profunda y hermosa conexión que tuve y que tengo con la vida. Una hija y dos hijos que ... (todavía no se ha inventado la palabra precisa para expresar lo que significan para mí). Tengo más afectos, incluyendo a la pequeña Olivia que todos los días ocupa más espacio. Todo eso me confirma que soy privilegiadamente afortunada. Pero cada vez que me cae la ficha de todas las cosas buenas que son parte de mi vida, me da miedo. Porque en general la vida no es fortuna sino azar, desgracia, desconcerto, lucha. Y ya se sabe, lo bueno a veces dura poco o acaba inesperadamente.

Miro de nuevo por la ventana, pienso que 197 plantas me superan. Que una casa grande, ahora que tengo que limpiarla sin ayuda de Vale, me desborda. Siempre me pasa: cada vez que estoy enferma -por ejemplo con mis dolores de cabeza recurrentes, que literalmente me tiran a la cama-, me pregunto cómo se me ocurrió semejante vida numerosa, si no puedo con ella, si soy pequeña y en cierto modo frágil.

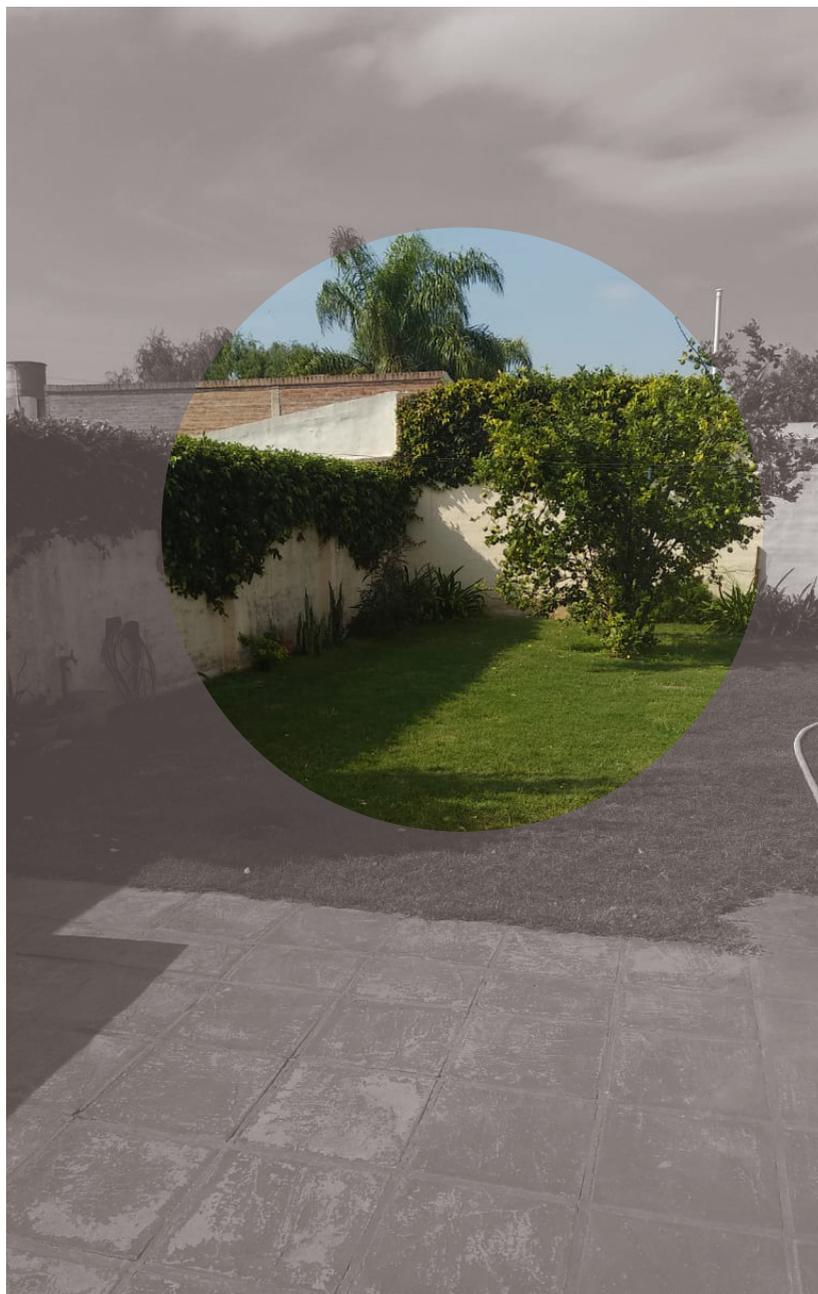
Y aquí viene la paradoja: entre las paredes de mi casa, de mi pa-

tio, de mis libros y de mis pantallas, me siento un poco más segura. Tengo la impresión de que solamente aquí se producen los eventos que puedo controlar. Suspendida en el aire, como este otoño que no sabe si venir o no venir, me siento más confiada. Porque lo peor todavía no llegó.

Ni bien termino de decirlo, las preguntas se imponen, ¿qué será lo peor? ¿qué pasará cuando pase lo peor?.

Hace muchísimos años llegué a opinar de manera irresponsable en una reunión política, que el capitalismo estaba llegando a su fin. Cuando me desafiaron a ofrecer alguna explicación convincente del modo en que eso estaba sucediendo, no pude pronunciar una sola palabra. Hoy el filósofo Franco Berardi ha dicho *“el capitalismo ha muerto, pero estamos viviendo adentro de su cadáver”*.

Ayer, a la distancia, hablábamos con Male. Ella está bastante preocupada porque con la digitalización, con todo el mundo vi- viendo a través de las redes, quién sabe qué harán los poderosos con todos nuestros datos, los que están acaparando -desde antes pero ahora todavía más-, en grandes servidores. Qué tipo de sociedad van a diseñar, como siempre, a la medida de sus intereses. No tuve más remedio que decirle la verdad: no lo sé. Solamente pude opinar que cada quien debería conectar de manera reflexiva y honesta con la pasión que le motive a despertarse cada día. Y desde allí tener la valentía de buscar junto con otros y con otras, el triunfo del amor sobre el terror, aunque afuera todo parezca parte de un loco y macabro experimento.



Con vista al patio

CARMEN M. MOYANO
Córdoba, Argentina.

ESTE ES EL PATIO DE MI CASA, UN LUGAR AL QUE LLEGUÉ LLENA de expectativas y sueños cuando era un terreno vacío. Mi terreno vacío. Ahora, mirando el jardín y sus rincones que adoro, siento una especie de añoranza por esos días que ya son recuerdos y que hoy llamo a la memoria.

Hace tan poquito que fue ayer. Ese compartir adolescente donde casi no había descanso, donde todo era a veces tan superficial y a veces tan profundo. Sólo el estar juntos era suficiente.

Un tiempo en el que, entre idas y vueltas, se iba sembrando una amistad, un sentimiento que sigue siendo profundo. Relaciones de corazón a corazón con amigas y amigos del alma y por qué no, con algún amorcito que pasaba por ahí.

El querer ayudar a quien lo necesite, aunque se tornara difícil, siempre estuvo a flor de piel. Lentamente te vas dando cuenta de lo importante que sos para personas que ni siquiera te conocen y también te das cuenta de cuánto esas personas te sostienen en tu cotidianeidad.

Y sentís orgullo por ese grupo de chicos que se van a luchar sin tener idea lo que eso significa ni saber por qué... para qué. Sólo presentir una inmensa valentía, llena de temor en un lugar frío.

Escuchás por primera vez “The Beatles” que te dan vuelta la ca-

beza y pedís estudiar inglés para poder entenderlos, y te llevás una y otra vez matemáticas porque en realidad no te agrada: preferís escribir poesías (si se las puede categorizar así) o terminar un tejido en las horas de clase.

Ese lugar desierto que era mi patio ya no es tal. Poco a poco va tomando color. Poco a poco me vuelvo una fanática de mis plantas. Me hace bien mirar mi jardín, me reconforta y me empuja a seguir recordando...

Comenzar una nueva etapa, llenar mi bolsa con curiosidad, hacerla pesada de tantos sueños y dar el gran primer paso hacia la Ciudad Universitaria. Pasar día a día por esas aulas llenas de memorias. Aprender, conocer, criticar y compartir varios años con esos compañeros...

Votar por primera vez, sentir que tenés derechos y muchos. Conseguir un trabajo que no es como los anteriores, sino que es justamente parte de tus sueños... producir, crear y disfrutar sobremanera de lo que estás haciendo.

Y de pronto, por esas cosas de la vida, sin pedirte permiso, te cortan el final de la película. Ese año no podés terminar la carrera y se diluye el deseo de cumplir uno de tus sueños... una especie de desilusión. Empezás a querer otra cosa y abandonás los intentos por graduarte.

Entonces llega alguien, el ser que cambiará tu historia, con quien compartirás momentos bellos y no tan bellos, fáciles y complicados. De todo un poco, pero siempre uno al lado del otro. Un cómplice de tantos días.

Llegan los regalos de la vida, los mejores presentes que puedas recibir. Ellos transforman tu existencia con sus primeros pasos, con sus primeras palabras, con su crecimiento y con sus logros. Te sentís plena.

Parte de ese caminar: las pérdidas, pérdidas de esas que duelen (¡y cómo!) Seres que fueron tus ejemplos y pilares, que estarán presentes siempre de otra forma, con sus gestos, abrazos, palabras y caricias infinitas al corazón.

Continuando la vida, sustos que aparecen inesperadamente, como dos operaciones en un tiempo muy corto que te hacen

reflexionar sobre muchos aspectos. Una de cal y otra de arena... Después de tantos años, llega de pronto una invitación. Mis viejos compañeros de la Escuelita. La invitación a formar parte en una red social me llenó de alegría, me reconfortó el alma, le dio un giro a mi rutina, a mis días.

El lugar que era vacío, es ahora mi lugar. Lo contemplo cada vez que durante el día me asomo a la ventana. Tiene un verde casi perfecto... y recuerdos... y mi historia todavía con páginas sin escribir.



Bicho — Culito — Che Guevara

VIRGINIA PÉREZ ARÁOZ
Graz, Austria.

ERICA ME HA DICHO QUE LE ENCANTAN LAS HISTORIAS DE AMOR. Así que háganse a un lado epopeyas de mudanzas, experiencias y exploraciones laborales y tantas otras historias dentro de historias en las que mi vida, como las de ustedes, ha ido dibujando sus napas.

Por diversas vueltas, que en definitiva han tenido que ver con el amor, hace 8 años que vivo en Graz, un conglomerado interesante que no llega a los 300 mil habitantes y, así y todo, es la segunda ciudad más grande de Austria. Como hasta hace muy pocos años mi vida estuvo siempre muy ligada a la fe y a la Santa Iglesia Católica, no ha de extrañarle a nadie que yo viva dentro/sobre una Iglesia que se empezó a construir cuando los españoles estaban desembarcando en América. Desde la ventana del comedor de mi casa he tomado la foto en la que se ven el jardín de mi vecino y los tejados de la ciudad vieja.

En 2012 vinimos a vivir aquí con el que por entonces era mi esposo desde hacía 20 y pico de años y nuestros cinco hijos. Pero — y no te impacientes, Erica — esta historia de amor, desamor y divorcio no es la que voy a contar.

Cuando en 2014 de mi matrimonio no quedaban más que cristales rotos y broncas, fui a buscar una abogada que me explicara cómo funcionan las cosas en Austria. Como no le entendí muy bien lo que

me aconsejaba –porque ella hablaba rápido y con mucho acento y yo estaba apurada para que todo ya se acabara–, terminé firmando un divorcio que me dejó pobre, desconcertada y libre.

Con la platita que me quedó viajé más seguido que de costumbre a la Argentina y a España. Me faltaba mi gente y me dolía el idioma. A diferencia de los canadienses o los norteamericanos, los austríacos y los alemanes son muy quisquillosos y se sienten ofendidos si no les declinás los verbos impecablemente, sin que se note que sos una inmigrante. Por ese motivo y porque nunca encontré demasiado atractiva esta cultura, ni buscaba ni pensaba encontrar en una esquina, un día gris y lluvioso de diciembre, debajo de un paraguas que tironeaba el viento, a un señor nativo que me fuera a caer simpático al instante.

Yo iba con los ojos y el corazón medio cerrados porque bajo la lluvia me estaba despeinando y se me corrían el rímel y el delineador negro de ojos. Pasé dos veces frente a él antes de identificarlo, pero debe ser nomás que teníamos que encontrarnos. Caminamos y bebimos y conversamos mucho en los meses siguientes. Él hablaba, según su propia metáfora, como una catarata y yo fui comprobando una vez más que a las personas, como a los idiomas, hay que empezar escuchándolas para después entenderlas y responderles en la misma lengua. ¡Ay cómo crujía y cruje mi alemán cuando nos sentamos con Franz a diseccionar el mundo y nuestras almas!

Yo era de los que creían que las abuelas de tres nietas ya no se enamoran con todos esos condimentos de las historias románticas. Yo venía haciendo planes con amigas singles y hermanas para mudarnos a vivir en una casa grande en la que ninguna se sienta mal por no depilarse las piernas. Y estaba testarudamente segura de que nunca podrían conmovirme palabras que no fueran dichas en español. Creo que mi historia de amor y de encuentro (el amor viene a ser como un gran encuentro, me lo figuro) es una historia de palabras y de idioma y de traducciones que se quedan siempre cortas. Y terminan completándose con un movimiento de manos, una mueca o una risa de esas que sean tan fuertes como para que te duela la barriga y se te suelten los rollos (los de la panza y los del coco) que

venías escondiendo hasta que te declaras oficialmente enamorada.

La cosa es que Franz –un señor de pueblo, de campo, que estudió leyes y se jubiló joven cuando sintió que estaba girando en círculos y funcionando adentro de sistemas a los que ya no les debía ni su lealtad, ni sus nervios ni su tiempo– también andaría por ahí buscando algún alma en proceso de rupturas y nuevos comienzos. Simpático, extro-introvertido, servicial y galante, reflexivo, de facha casual y alma artística fue un buen partido que no pude dejar pasar. Por supuesto que en los tres años y pico que llevamos juntos, ha ido mostrando por dónde se ha deshilachado con los años y dónde estaba deshilachado de nacimiento. De semicalvo a terco, pasando por obstinado e impaciente, se extiende el amplio abanico. Pero, bueno, ya he dicho que cuando me rio a mí también se me sueltan los rollos y..., tal como ustedes me conocen, siempre fui de risa fácil.

Una de las primeras pruebas de fuego –creo que la que llevó a Franz a ingresar, en palabras de mi hijo Iñaki, al *circle of trust* de la familia– fue subirse a un avión y acompañarme a la Argentina para conocer mis afectos. La veta turística no tendría *per se* nada de heroico, pero querer “ganárselos” a todos sin hablar español y rasguñando el inglés (lengua que mi madre tampoco consigue descifrar) fue un acto de indiscutible valentía. Tengo que decir que incluso mi madre (quien siempre fue un hueso conservador duro de roer, que nunca aceptó las segundas nupcias) quedó encantada con el candidato.

Y hablando de huesos duros de roer, y si he de ser equitativa en la crítica, debo decir que la familia política austriaca no se queda atrás en conservadurismo y cerrazón (que son palabras de salón para definir al racismo disfrazado de miedo que ronda por el Viejo Continente). Pero no me quiero ir por las ramas, Erica. Que la historia de amor tenga presente y final feliz.

Nuestra vida transcurre tranquila pensando futuros, pero sobre todo pisando el presente, con los deditos del pie como encogidos en la arena de la playa, para que el hoy no se nos escape tan rápido cuando vengan las olas. ¿Qué cara tiene el amor a los 50 o a los 60? ¿Y después? ¿Se pueden armar terceros nidos cuando los propios se

van quedando vacíos? ¿Si vos te morís primero, querés ser cremado o enterrado? ¿Qué podemos cocinar cuando vengan los amigos el viernes por la noche? Esas y otras preguntas trascendentales nos van ocupando. Y seguimos riéndonos. Riéndonos mucho.

Volviendo al tema del idioma, y para hacer un *update*, en los tres años y pico que llevamos juntos Franz ya ha aprendido tres palabras. La primera palabra es “bicho”, que es su favorita. Bicho nos define a nosotros como esas personas “raras” que nos sentimos y también, como la usa mi amiga venezolana, Nayarí, sirve para designar todo lo que no podemos nombrar específicamente. “**Bicho**” es como el comodín de las palabras. La segunda palabra es “**culito**” (y sus derivadas), una palabra que Franz distinguió de entre muchas otras en las horas y horas de escuchar español en la Argentina. La tercera es un nombre, que conocía antes de conocerme a mi obviamente, pero que en contexto significa todo los adjetivos y promesas que el **Che** significa. Ahora estamos trabajando en un problema de pronunciación porque se dice **Guevara** y no Güevara. Hay una cuarta palabra (“macho”), pero esa ha sido censurada por la que suscribe.

En las últimas semanas, el español de Franz ha hecho un progreso importante. Una primera frase (dos palabras conectadas con sentido) se ha incorporado al uso cotidiano. Debe tener que ver con la cuarentena y con que me escucha decirla más a menudo. Cuando Franz repite “**te quiero**” yo no le corrijo ni la rigidez de la pronunciación ni la risa que se le escapa al que teme haber dicho algo inoportuno.



Narcisismo, Censura y Coronavirus

PABLO PUCCI
Córdoba, Argentina.

CON TODA LA EFERVESCENCIA DE LA DEMOCRACIA, YO RECORRÍA los pasillos de la Escuela de Ciencias de la Información y cursaba mis materias en un desorden que no entendía ni aceptaba. ¿Qué pasaba? Las clases eran irregulares, los actos libertarios muchos y los centros de estudiantes desarrollaban el gran trabajo de no olvidarnos de lo más triste que nos pasó: la presencia militar en estamentos que nunca le correspondieron.

Mi vocación periodística era débil, mis esfuerzos muchos. Pero si hoy hago un paneo revisionista, la nostalgia de esas tonadas provincianas de mis compañeros de estudio, sus comentarios enérgicos y lúcidos y los mates que recorrían el aula durante las clases, son parte medular e indiscutible de mi ser.

Escribí algunos artículos, hice algo de radio, luego un poco de prensa a nivel institucional, pero eso no alcanzó para consolidar una profesión que para mí, de raíz, era endeble.

Ya treintón me dediqué a buscar un buen sueldo y lo conseguí. ¿Feliz? No. Pero pude viajar, sacarme un par de fotos en algún histórico monumento, pedalear a la orilla de alguna playa de renombre y como todo argentino medio me procuré un techo y cuatro ruedas para seguir buscando mi camino. Un camino sinuoso que no cambió mucho pero que tuvo risas y lágrimas, placer y dolor y los

primeros atisbos de armonía interior.

Por ese entonces, ya no me preguntaba más por mi vocación y sólo rememoraba esos tiempos escuchando a mis compañeros más mediáticos, quienes habían llegado a ocupar horarios centrales en medios importantes. Los veía, escuchaba o leía y por dentro me decía quizá hubiera podido hacerlo también...

¿Y mi yo? Mi yo creció con algunas pérdidas primarias, algunos amores desdichados, alguna hiperinflación y esas pruebas de la vida por las que todos, antes o después, pasamos. Y claro, había muchas fallas narcisistas como para que tomara decisiones claras, seguras e importantes. La terapia -gran aliada-, me permitió lentamente reconocer esas grietas tempranas, esos esquemas familiares disfuncionales y lo ambiental que también tuvo su parte: una adolescencia con calles inseguras, gobiernos desdichados y discursos olvidables.

Ya saben mi diagnóstico, pero no se preocupen... no cambio mi vida por ninguna porque verán todo lo que falta de contar.

¿Y el amor? Otro capítulo, casi de Netflix. Idas, vueltas, avances, retrocesos, idealizaciones, realidades, hasta que aparece mi primogénito (y en realidad único) Francisco.

Con él volví a tocar la guitarra, salí corriendo a una guardia, ayudé a mi señora, me tiré al suelo para jugar y todo lo que se vive con un niño que te absorbe, te llena, te vacía, a un nivel y con la sensación de que casi debía olvidarme de mí. ¡Qué alivio! Creo que voy a venir cada quince días ahora, le dije a mi terapeuta.

Me inundaron ya otros temas: los límites, el equilibrio de la tríada familiar, los deberes escolares al atardecer, ese mapa que siempre faltó comprar, el cuentito de las buenas noches. Los fines de semana se pasaban volando: una vuelta en bicicleta, los primeros goles, alguna choza casera en el patio y una aventura soñada por el espacio.

Una vez pasado el aluvión que significa adaptarse a ser padre cuarentón, logré encontrar un tiempo para mí. Hice algo de psicopedagogía y me sumergí de este modo en lo que formaba parte de mi médula, el disfrute apareció en lo profundo. Lo subjetivo, lo inconsciente, lo neurótico, la represión, la estima y lo narcisístico empezaron a colmar mi vocabulario habitual y seguramente comencé a

entender un poquito más de algunos procesos personales, conyugales, demandas y otras yerbas. Aunque nadie es profeta en su tierra.

Saltemos una década. Nos volvimos a encontrar los comunicadores sociales en una grata reunión. La guitarra de Jorge, la charla, los recuerdos y un buen vino tinto coloreó de poesía una travesía inolvidable.

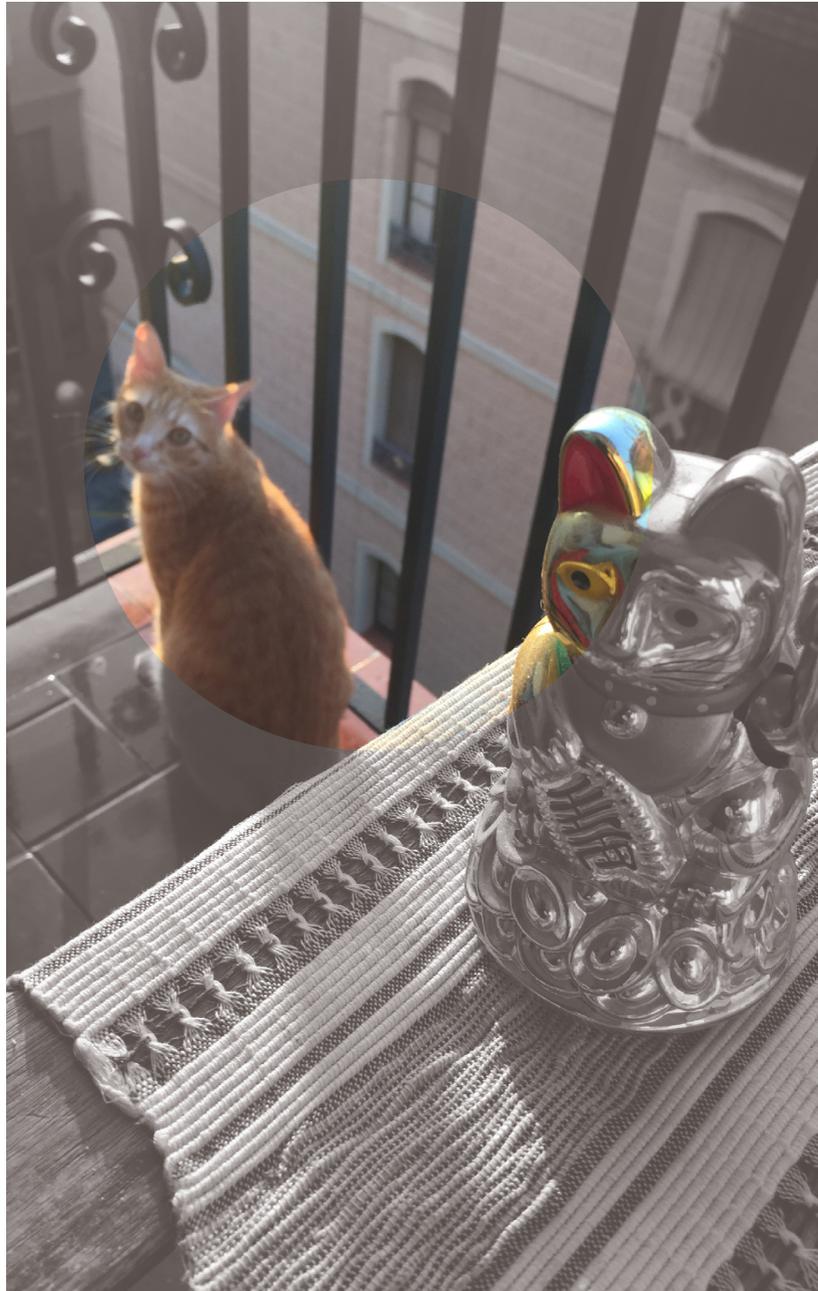
La pandemia me recluye y me transforma en un improvisado docente virtual. Eso de ser padre -por no decir abuelo- me lleva a vivir una experiencia única, desgastante y maravillosa. Pasamos del análisis sintáctico al inglés, de las fracciones a una rutina de gimnasia y llegamos al 2 de abril, a todos esos temas que me hicieron retrotraer a 1976. Todavía recuerdo aquella mañana que, ya cambiado con mi blazer azul y mi pantalón gris, me predisponía a ir al Corazón de María y mi padre me dijo *no hay clases, hay un golpe de estado*. Palabras raras en ese momento, que resultaron letales al fin.

Pero volviendo a la docencia improvisada, fue muy fuerte explicarle a mi hijo las palabras “censura” y “de facto”. Me sobrevinieron emociones fuertes, algún dolor de panza y aunque parezca mentira una última y tardía conciencia de aquella nefasta realidad, esa misma que quizá la mayoría de mis compañeros de Ciencias de la Información ya tenía en la sangre, en las palabras, en las asambleas hace treinta y tantos años. Ahora entiendo a los Centros de Estudiantes, los actos pro democráticos, los carteles coloridos que clamando por libertad de expresión, de pensamiento y de acción, no sólo decoraban el edificio blanco de la Escuelita, sino que la convertían en la más politizada de las dependencias universitarias.

Rutinas cambiadas, convivencias prolongadas, espacios para el Yo, aburrimiento productivo, clases de geometría, miedo al contagio, tapabocas, la guitarra que Francisco hizo resucitar. Malvinas, Galtieri, gobiernos militares, los Falcon verde, me inspiraron a tararear un tema del Víctor: Sobreviviendo. Tal vez era literal por el aislamiento pero lo metafórico fue más fuerte. Toda la realidad de aquellos años 70/80 estaba y está plasmada allí. Lo entoné desde un lugar profundo e importante de mi ser, y se los envié a mis queridos compañeros de la pequeña pero gran Escuela de Ciencias de la In-

formación. No importaron las desafinadas ni un sonido defectuoso. Primaron la emoción, el sentirme identificado con ese fragmento de mi vida que en algún momento pensé era tiempo perdido y hoy resurge con una energía que me hizo trasnochar para escribir estas líneas.

Ya no me desvelan el narcisismo, el coronavirus y los militares. Me preocupan más libertad, la comunicación y la participación en la búsqueda de un camino colectivo para nuestro país.



Todo mentira

ANA REY
Barcelona, España.

EL BALCÓN ES DEL PISO QUE ALQUILO EN EL CORAZÓN DE LA VILA de Gràcia, un barrio/pueblo que, hasta el día del confinamiento, bullía a todas horas. En la misma casa pero en la planta baja está el estudio/taller donde trabajo. Bueno, donde trabajaba, porque ahora como saben estamos en modo *Pause*.

Hola compañeros. Compañeros, qué linda palabra ¿Qué les cuento? No me gusta contar, nunca fui buena para las matemáticas. Cuento hasta diez o cuento un cuento. Uno, dos, tressss, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nuuuuueve y... Diez. Jugamos. Están todos escondidos, como mis recuerdos. Me hago un té, me siento en el balcón y me digo que podría contar muchas vidas. Las que tuve, las que me acuerdo, las que me olvidé, las que recreo una y otra vez, las que me dejaron por el camino, las que quedan. Compañeros, qué linda palabra. Es una palabra muy amorosa. En medio de esta locura, es una palabra que no va sola, me agarra de la mano, me abraza. ¡Qué bonito! Compañeros, les perdí la pista antes de los '90.

Me vine a España porque quería casarme, tener hijos, una casa con jardín y un perro. Así, como un juego, *me fui* porque *me quería quedar*. ¿Vieron cuando das los mensajes equivocados en los lugares y tiempos inadecuados a las personas incorrectas? Bueno, ese podría ser un hilo conductor de varias de mis vidas. Me vine esperando

que el amor que me despidió en Pajas Blancas desesperara por mí, me rescatara del autoexilio y me devolviera a mi sueño. ¡Loca! No fue así, de modo que después de llorar y aceptar que todo estaba perdido, exploré otras vías. No me casé, pero casi. Tuve una casa, un jardín, un hijo y varios perros y gatos. Podría haber sido feliz si yo hubiera sido otra. Me separé. Me cuidaba demasiado. La vida era perfecta e insoportable. No era para mí. Tuve varios amantes que quisieron casarse conmigo y yo... no... y un par de relaciones por las que aposté y que no prosperaron.

Durante muchos años fantasee con volver a Córdoba, fantasee. ¡Cómo no! La cosa siempre ha sido estar donde *no* quiero para añorar lo que me falta. Tanto despropósito emocional acabó pasándome factura. Lo que no pudieron los psicoanalistas, lo hizo mi cuerpo. Un día de 2015 me dijo: “*Me vas a oír. No podés seguir así*”. De hecho, casi ni sigo. El susto fue grande. El cuerpo habló tan alto y tan claro que fue imposible mirar hacia otro lado. Me castigué y me perdoné.

La enfermedad abrió la puerta a nuevas dimensiones de mí. Dejé el cigarrillo después de un vínculo tóxico de treinta y cinco años; un divorcio que creí que jamás se produciría. Abracé a veganos, vegetarianos, yoguis, animalistas, macrobióticos, espiritistas, magos, fulanos y menganos. Mi dieta y mis hábitos mudaron como la piel de una serpiente. Ni harinas, ni lácteos, ni carnes. Refresqué la cabeza con jugo de apio, manzana verde y chía, mientras acomodaba todos mis temores, fantasmas y temblores. Algo había que aprender. Asimilé nuevas ideas y tiré las que ya no me servían. ¿Evolucioné? No sé. Eso. Sé que no sé. No sé que sé. Y sobre todo, no sé que no sé.

En aquellos días de confinamiento particular, entre tratamientos y tratamientos, me salieron estas líneas a modo de **Manifiesto** que intento recordarme cada día:

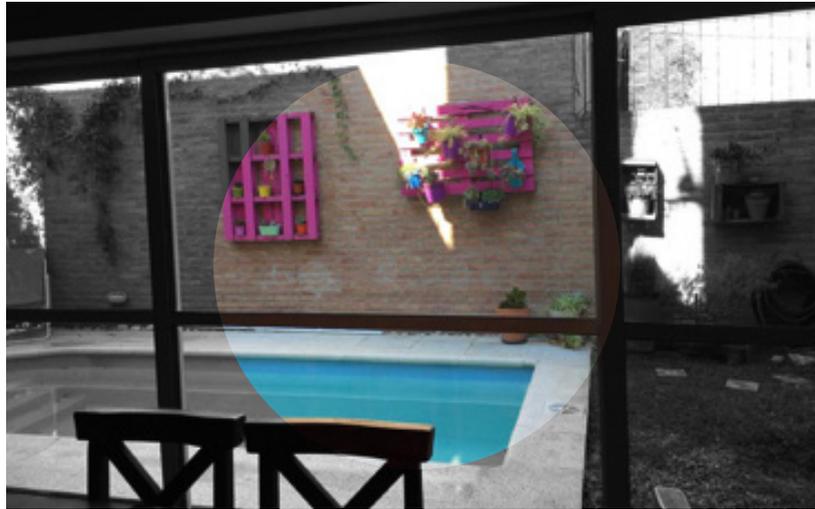
Planes, pocos. Planes cortos, cortísimos. Verte hoy, darte un beso, decirte que te quiero, repetírtelo, comer chocolate negro, trabajar en algo que me gusta, jugar a pasapalabra. Aprendí la lección. No sirve la agenda, no sirve la hoja de ruta si no soy capaz de hacerla paciente, elástica, generosa, compasiva. Planes, pocos. Los justos. Planes ne-

cesarios, mirarte a los ojos, al espejo, aceptar lo que veo, agradecer el aire y la luz que entra por la mañana, sin obligaciones, con derecho a cuidarme, cuidarte, hacer algo rico, algo bello, algo bueno, acariciar a mis gatos, brindar con mi gente querida que aquí seguimos latiendo, en gerundio.

Tengo amigos gigantes y estoy donde quiero. Y si no es así ya no sufro por eso. Me gustan mi balcón y la compañía de mis gatos. En lo afectivo todo ha sido un perfecto despropósito, excepto mi hijo. De tanta equivocación sólo quedaba reírme. El humor salva, como el amor. Recogí casi todos mis errores en un librito. Lo autoedité y presenté en Córdoba. Ese catálogo de besos errantes era además, un gesto de reconciliación con mi historia. Todo mentira. Ni olvido ni perdón, cochinos traidores, no saben lo que se han perdido.

Con el periodismo tampoco nos hemos entendido. Yo quería hacer Cultura y terminé en Economía. Cuando me cansé de escribir tonterías a medida del cliente, abandoné la pluma por el pincel. Siempre había dibujado, decidí darme una oportunidad y me reinventé como ilustradora. No lo había hecho hasta entonces porque sospechaba que no podría vivir de eso. Y era así. Tengo un socio que es diseñador y juntos hacemos libros, entre otras cosas.

Compañeros, qué linda palabra. Algunos de ustedes aún son grandes -qué digo grandes- amigos inmensos, imprescindibles. Me han aguantado en todos mis tropiezos y han celebrado conmigo alguno de los logros. Saben muy bien quienes son. Mi fortuna. Sigán ahí, compañeros. Los abrazo fuerte en contra de cualquier recomendación sanitaria. Una es así.



A mano alzada

MARÍA ESTER ROMERO
Córdoba, Argentina.

MIENTRAS ESCRIBEN PROTOCOLOS DE BIOÉTICA Y DE OBITO, mi vida transcurre detrás de la ventana de la cocina. Afuera está la calle gris, el liquidámbar –hasta ahora muy remolón para tornar rojo fuego de otoño–, la vereda esquivada al juego de los niños y hasta de los perros que suelen transitarla ruidosamente. Y la calle, sin autos, sin mis vecinos, sin mis visitas amorosas. El timbre no suena más. Tampoco viene la señora que pasa incansablemente con su carrito con plantas de regalo, para quien le dona las prendas en desuso, y que ella vende luego en la plaza de Alto Alberdi. Ni los chicos vendiendo las bolsas de plástico para los residuos u ofreciéndose para cortar el pasto. La vida se vació, no sólo la calle. No hay ruido, no hay bocinas: hay un silencio infinito.

Prefiero mirar hacia adentro. En la pared opuesta está la puerta vidriada que da al patio. Pequeño oasis verde de dos metros y medio de ancho que cobija una pileta pequeña pero intensa, para dar color a lo que se ha vuelto ahora la intensidad de la vida familiar. Al verde del pasto se le suma el turquesa de dos sillas y dos palets pintados de fucsia furioso, devenidos en portamacetas de una, dos, tres... quince plantas colgantes. Por eso es nuestro oasis, sus colores vibrantes contrastan con el gris de la calle.

Ambas imágenes podrían representar gráficamente muy bien lo

que vivimos. Un 'afuera' hostil, solitario y un núcleo familiar interior poblado colores y de afectos.

¿Cómo me encontró este aislamiento social preventivo y obligatorio? Con los pies bien plantados. Soy de las que piensa que en la vida cada circunstancia prepara la siguiente. Pasé años de padecimientos interiores intensos. Angustia, duelo, soledad, separación y también dilemas propios de la mediana edad, con sus vicisitudes existenciales y laborales. Hasta que pude erguir el alma y anclarla en el presente. Porque el presente es casi absoluto. Sin importar el mañana y sin la mochila de lo que ya fue.

Me encuentra también en la despedida de un amor. Pero más vale darle al corazón la dignidad del olvido, cuando es necesario.

Y con tres hijos en una edad maravillosa, la adolescencia. Hay algo que me permite esta egoísta y tacaña cuarentena: tener a esos seres hermosos bajo mis alas. Sé que es una foto -no la vida-, porque necesitan volar, crecer, correr, equivocarse, ganar y perder. Pero acá estamos, los cuatro acurrucados, cerquita. Y eso me hace feliz.

Estoy llena de preguntas, cientos, miles de interrogantes. Este encierro tan brutal e intempestivo me interpela sobre el sentido del paso fugaz por esta vida. Si hasta hace un mes no me movilizaba el simple hecho de salir a caminar con una amiga, hoy veo que eso tan esencial me hacía feliz y no me daba cuenta.

¿Qué pasó? ¿Por qué el mundo se encogió de este modo? ¿Cuánto volveremos a estar juntos como antes? ¿Podremos volver a eso?.

Si bien la tarea periodística es intensa, desde este abrupto aislamiento total, no soy de las que se sumergen y enganchan en miles de noticias. Elijo algunas, pocas, para mantenerme informada y nada más.

Hoy, 13 de abril, es el sexto lunes que no salgo de casa. Soy de las que entró en cuarentena en la primera tanda, cuando todavía era voluntaria. Tuve gripe A, (H1N1 según su nombre científico) en 2009. No me internaron pero la pasé mal. El asma bronquial no es un buen antecedente en mi haber. Por eso, apenas las autoridades recomendaron quedarse en casa, yo acaté la consigna sin demasiadas vueltas.

Convertí a la galería en un mini estudio de grabación, desarrollé rápidamente destrezas para grabar y editar notas. Con el WhatsApp se hace muy fácil el envío de los audios y así me incorporé a los segmentos informativos de Radio Nacional. Con Perfil Córdoba fue casi como siempre, porque trabajamos en forma independiente y la reunión semanal para definir los temas de cada domingo pasó de la sala en Barranquitas a Zoom. Eso sí, el trabajo periodístico perdió feriados, sábados y domingos. Es 24 x 7. Y a veces me cuesta encontrar en el almanaque qué día de la semana estamos transitando.

Mis hijos están también atareados con sus trabajos virtuales. El Manuel Belgrano demoró pero, ¡me saco el sombrero por sus docentes! Han comenzado a entregar contenidos y pedir informes en forma sistemática y organizada. Los chicos (6°, 3° y 2° año) están entusiasmados, hasta con sus rutinas de educación física que también llegaron en forma virtual. Julián, el mayor, está esperando todavía su "último primer día", la nueva modalidad con la cual despiden el secundario: se refiere al primer día a clases del último año que pasarán en la escuela. Se habían preparado para eso y no pueden concretarlo.

La cuarentena no sólo nos está robando el otoño, también esos encuentros entrañables de los chicos con sus amigos. Por eso digo que es muy tacaña.

Pero más allá de la pequeña historia que sus cuatro habitantes escribimos en esta casa, con bastante armonía, me interpelan muchas cosas.

Por ahí he leído que hay una segunda etapa en la vida de las personas en aislamiento, donde el bajón anímico se hace presente. Estoy comenzando a sentirlo, a pesar de la rutina que montamos en nuestras vidas.

¿Por qué será? Creo que este tobogán descendiente está movilizándonos nuestros cimientos. Todo se ha subvertido: la economía no es igual, el modo de trabajar cambió, el concepto de persona y del límite de la libertad de cada uno están planteando dilemas filosóficos. Ni qué hablar del derecho a la salud, a la vida y a la muerte, cuándo, a qué edad, cómo vivimos y morimos. ¿Es un derecho querer llegar a

ser viejos, cuándo somos viejos?. El derecho sobre nuestros cuerpos y el de los demás también ha cambiado.

El mundo está monotemático. No hablamos de otra cosa. Han desaparecido otras urgencias que, hasta hace menos de un mes, ocupaban nuestras agendas informativas. Las fronteras entre países se han blindado, pero en la información no hay fronteras porque todos hablamos de lo mismo. Sólo nos diferencian los idiomas. Qué paradoja.

Escuché a alguien decir que tenemos “un futuro incierto y un presente demandante”. Es así. Han desaparecido los proyectos simplemente porque no sabemos qué pasará y cómo será nuestro mundo el día de mañana. Mañana, no de aquí a seis meses o un año, mañana.

Pensar que hace muy pocos meses, con dos excompañeras soñamos con un reencuentro. Se enterarán por acá los destinatarios de ese proyecto. En este 2020, imaginamos con Norma y Susi -quizás alguien más también- un viaje para visitar a excompañeros en Europa, como festejo de cumpleaños número 55. Virginia sería una de nuestras anfitrionas. Nos vimos en su auto recorriendo, ¡vaya a saber qué lugares!

Soñamos incluir en el itinerario a Laura y Ana en España, a Pablo en el norte de Italia. ¿Es un sueño que se hizo añicos? ¿O sólo se postergó por un tiempo?

Quizás este maravilloso invento de hacer una gran comunión de nuestras historias, sea de algún modo la concreción de aquel anhelo que hoy parece esquivo.

Si siempre fui una convencida de que sólo el presente es lo que cuenta, porque el pasado se fue y el futuro no está; hoy me he vuelto una militante de esa premisa elemental de la vida. La realidad nos ha colocado acá y ahora, sin siquiera poder proyectar cuándo volveremos a abrazar a los amigos o dar tan sólo un paso más allá del umbral de la puerta.



Retorno al origen

HUGO ROSALES
Jerusalén, Israel.

DESDE LA VENTANA DE LA CASA DONDE VIVO LA MITAD DEL AÑO (en lapsos de tres meses, que es lo que permite la visa de turista), veo los bosques de la Tierra Santa en Jerusalén.

He llegado a Israel hace casi cuatro años, luego haber conocido a una compañera de Retorno al Origen. Así denominamos la etapa del proceso en que vivimos, los humanos que hemos decidido transitar esta parte de nuestras vidas abrevando en una fuente de información denominada Lógica Global Convergente. El caso es que me tocó venir a transitarlo en el desierto, en el medio de una cuarentena. Sin destino certero y con todas la dudas...

Durante este viaje (cuyo objetivo es expandir nuestra conciencia y por ende la del planeta) he ido adquiriendo nuevas habilidades, entre ellas la docencia con niños en un jardín maternal y la jardinería.

En estos días tuvimos la dicha de tener que cuidar a niños cuyos padres deben ir a trabajar indefectiblemente. Por lo tanto, paso siete horas al día en casa cuidando plantitas con los niños, haciendo la comida, acompañándolos a dormir, aprendiendo a hablar junto a ellos el hebreo (además de cambiar algún que otro pañal).

También estoy trabajando en la agenda de Infinito Propósito (así se denomina mi emprendimiento concreto, que de concreto

tiene nada y todo a la vez). Como siempre, estoy atravesado por muchísimos proyectos a corto, mediano y largo plazo.

Parado frente a la ventana recuerdo mi educación católica y me imagino a Jesús paseando por esos bosques de Jerusalén. Esto ocurre mientras escucho a nuestros vecinos judíos ortodoxos rezar mañana, tarde y noche. Toditos los santos días (y los que no lo son también). Transcurren en paralelo la Semana Santa católica y el Pesaj del pueblo judío, mayoritario aquí, pero a la vez convivimos en una versión *aggiornada* de la Torre de Babel. Hay de todo y para todos.

Al principio de este viaje acompañé cada año a las mujeres Palestinas e Israelíes que marchan por la paz, que podría evocar a las Madres de Plaza de Mayo. Así nació la idea de hacer una revista llamada HECHOS de PAZ, de la que se publicó un único número en hebreo, árabe, inglés y español. En ese marco recorrí y conocí el país: las fronteras con Gaza, Siria, Líbano, Egipto, Jordania, el territorio palestino y, por supuesto, todas las playas que dan al Mediterráneo (una más linda que la otra). Pero lo más importante fue conocer decenas de personas con historias inimaginables, entre las cuales la mía es una más. Quienes me conocen saben de qué estoy hablando.

Vivo al pie de la letra la primera oración que aprendí en hebreo: Ma she ba, baru jaba, que más o menos significa: *Lo que viene bendecido sea.*

Cuando me lancé a la aventura de venir a Medio Oriente, después de sobrevivir a un episodio que me puso cara a cara con el final, llevaba 15 años agradeciendo día tras día el tener uno más. Cuando lo superé salí decidido a cambiar el modo como había vivido hasta ese momento. Creo haberlo conseguido: cada día es para mí como si fuese el último. Por lo tanto, la amenaza de ésta pandemia me encuentra entrenado: en mi experiencia personal me siento “coronado” por vivir cada minuto con la intensidad de los sesenta segundos.

La iniciativa de “mirar” (mirarse), indefectiblemente me lleva a la década del '80. Las dudas, la elección de la carrera, la inscripción, el cursillo, el desafío, el examen de ingreso y el cupo establecido. Promediábamos los veinte años ese grupo de elegidos.

Casi 30 años después, más de 50 compañeros nos reencontramos

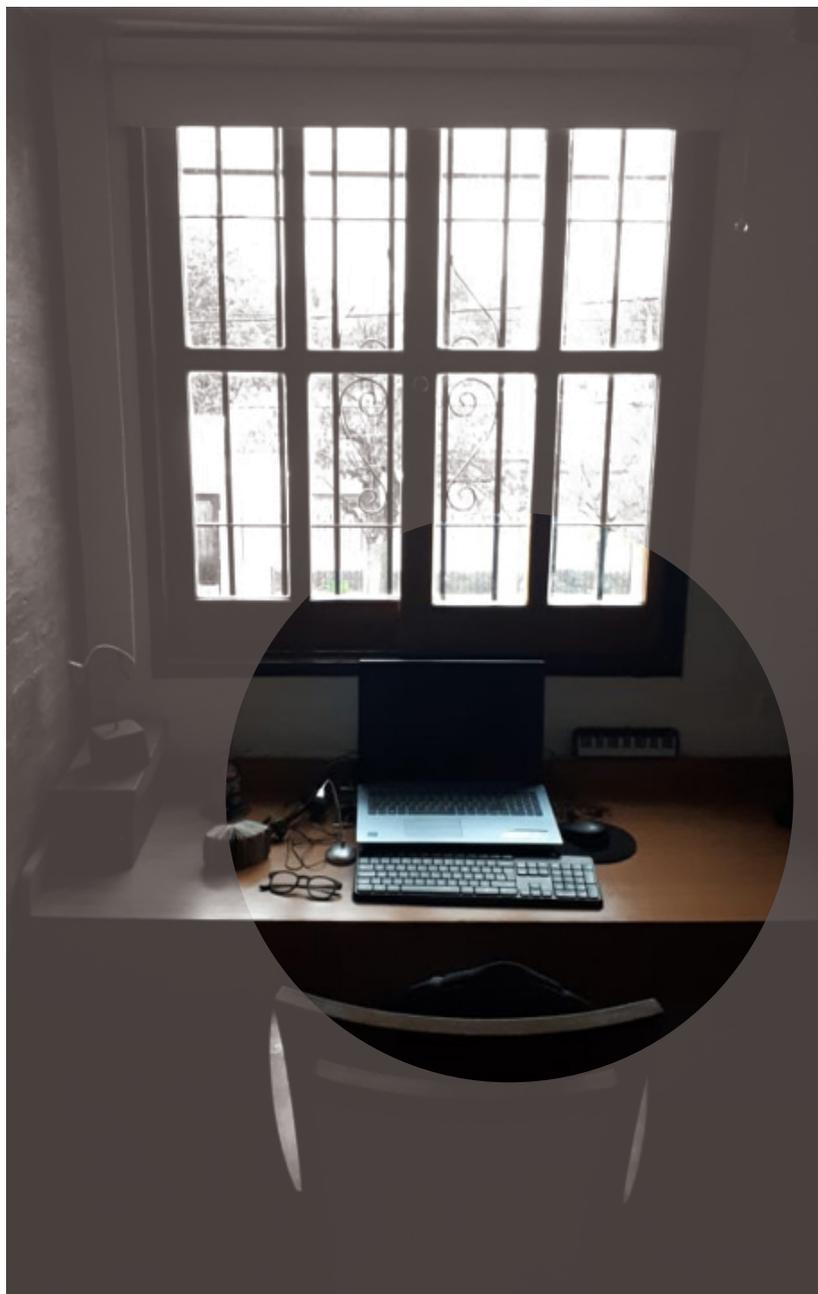
en casa de Susana Morales. Un momento extraordinario, tanto que nos seguimos encontrando cada vez que pudimos.

Levanto mis ojos hacia la ventana que da vista a la Tierra Prometida. Veo un pájaro que se posa sobre el pino más próximo. Es el Búho Alara, que con sus ojos saltones me hace señas para que mire hacia abajo. Un aroma a salsa bolognesa inunda el aire que respiro y llega de repente Elsa Bordolini con la pasta casera entre sus manos. En un tronco, sentado frente a una generosa copa de tinto, guitarra en mano, el Vity Angaramo puntea su himno inmortal.

Por un sendero frondoso del bosque, mochila al hombro y con su característica energía, llega el Gringo Toribio dispuesto a convencernos de vaya a saber uno qué...

Estamos todos, los que se fueron y los que seguimos encontrándonos en la casa de Susy. No se fueron. Son con nosotros que seguimos siendo.

A todos, los que están y los que se fueron, los que somos y los que fuimos, los llevo en mi corazón.



Cuatro penas

MARCOS SAAL
Córdoba, Argentina.

DOS HOJAS, CUATRO TROZOS DE VIDRIO EN CADA UNA QUE, DISTRIBUIDOS geoméricamente, dejaban pasar el sol y la imagen de una calle vacía, tan vacía como nunca antes estuvo. Hace mucho tiempo que la sociedad no se expresa en un mundo sin tránsito, en el que por la calle no pasan más que algunos animales buscando restos de basura.

La solidaridad es un valor, que surge de un sentimiento que se origina en el punto en el que convergen todos los aspectos, sensibles y animales, que nos definen como humanos.

Dentro de algunos meses, cuando la cuarentena sea aún un recuerdo cercano y la epidemia haya sido controlada, aunque no haya aún pasado a la historia, la torta –mi torta– se va a llenar con 60 velitas. Y el recorrido por esas calles, con la solidaridad sobre los hombros, habrá doblado una esquina nueva, de esas que, por la formalidad de los números redondos, se transforman en memorables.

Pero, a la hora de hablar de círculos y memorias, de la vida redonda, la existencia de momentos especiales es prácticamente el hilo con el que se pretende describir el transcurso del tiempo.

Cai tenía los ojos grandes, la mirada serena y la sonrisa siempre dispuesta pero nunca estridente. Era capaz de decir las cosas más terribles y las más duras con el mismo semblante y sin cambiar el tono de la voz, a tal punto que era extraño entender que esas cuestiones a veces tan sensibles, otras tan difíciles, se referían a mi vida. Después de todo, por algo él era mi terapeuta y yo su paciente.

Lo odié por pocas cosas. La primera, porque su apodo coincidía con las iniciales del club de fútbol que yo más aborrecía, aunque esa es otra historia. La segunda, porque decidió que los motivos por los cuales habíamos encarado aquel trabajo conjunto estaban resueltos, y cuando quise volver, entendió que lo mejor era derivarme a otro profesional. Y la tercera porque se murió, no se si de soledad, de tristeza, de alguna enfermedad, o sencillamente porque la muerte es una parte más de la vida.

Pero así como despertó aquellos enojos, fue capaz de hacerme entender que *toda postergación lleva implícita una renuncia*: la definición más clara sobre cómo había maltratado yo mi vida dejando, tantas veces, que las postergaciones decidan aquellas cosas a las que yo no me animaba a renunciar.

Como si a los alcohólicos, los drogones y los depresivos nos resultara tan fácil abandonar los vicios o, siquiera, sepamos cuándo los adquirimos.

Dejar la Escuelita fue el resultado de la sucesión de algunas de aquellas postergaciones, claro que yo, todavía, en aquel entonces no conocía a Cai.

Primero una materia sin cursar, después la confrontación sin sentido con algún profesor.

Muchas veces intenté volver sobre los pasos que me habían, poco a poco, alejado. Volví a estudiar con una amiga alguna materia para presentarme a examen, pero siempre había algo más importante o urgente.

Encontré excusas, que iban desde el “para qué” quería yo aquel título, hasta el “no me siento en condiciones” de exponerme ante un tribunal.

Volví cada tanto a transitar los espacios, intentando reconocermme en ellos, y cada vez los espacios y quienes los transitaban se hacían más y más desconocidos.

El lugar del que yo me había alejado existía solamente en mis recuerdos y en los de un grupo amoroso de gente que, de distintas maneras, había llegado a querer.

La caminata cuesta arriba por el boulevard Chacabuco, con la máquina de escribir bajo el brazo (una pesada Remington, entre una Olivetti y una Underwood) que de portátil no tenía ni una tecla, para asistir a talleres sabatinos de escritura, se había transformado en una anécdota que se volvía más graciosa con el paso del tiempo y el desarrollo de la tecnología.

Las moras que se comían recién arrancadas de alguno de aquellos inmensos árboles que habitaban el espacio que estaba delante de la vieja escuelita, eran las frutas más deliciosas de una vida alegre; parte y símbolo de los tiempos compartidos.

Desde muy temprano en mi vida, y siguiendo algún mandato que nadie me otorgó, me hice cargo de responsabilidades que nadie me pidió y comprendí la existencia como un transcurso en relación al otro. Un otro muy grande, muy general, muy social. El Otro.

Pero el mío era un otro no solo social, sino cercano. Entonces la militancia y el trabajo, la familia pronta y hermosa, habitaron mis días.

La vida y la muerte, las presencia y la ausencia, la alegría y el dolor, el miedo al sufrimiento han ocupado desde siempre un espacio inasible en mi vida. Un espacio vital al que nos asomamos todos, aunque nadie quiere asomarse. Un lugar que va mas allá del deseo, porque nadie -pero nadie- lo desea, una dimensión sin geometrías a la que todos estamos condenados.

Cada vez que pasó cerca la parca, mis temores se multiplicaron hasta el límite del paroxismo.

Cada vez que pasó cerca la parca, mis temores se multiplicaron hasta el límite del paroxismo.

Cuando mi hermano menor me contó que tenía cáncer, volví a mi casa y las plantas de los pies se soldaron al piso; y durante una eternidad (que seguro, fue más breve), no hubo manera de moverlos,

aunque el resto del cuerpo era absorbido por un torbellino de angustia desgarradora y mi mente envejeciera dos vidas en un instante.

Y por eso la ternura.

Hace mucho tiempo escuché a alguien preciarse de andar por la vida de una manera liviana, y me produjo envidia y enojo.

El miedo a la soledad tiene la misma profundidad que el miedo a la muerte, aunque la potencia sea diferente.

A finales de 1982 ya había decidido dejar la carrera de Ingeniería porque había llegado al final del pozo de las postergaciones, y estaba dispuesto a permitirme hacer lo que me gustaba.

Podría haber ingresado a la carrera de Comunicación Social sin rendir exámen –por alguno de esos beneficios que otorgaba el haber egresado de un colegio pre universitario– pero decidí que debía someterme a las mismas obligaciones de todos los aspirantes, y pasar por el exámen de ingreso.

A los pocos días de estar en el cursillo se eligieron delegados, y algún delirante decidió que yo podía representar a mi curso. Pasaron tan solo algunos días más para que el interventor de la ECI retuviera mi libreta de asistencias como forma de obligarme a asistir a su despacho para amenazarme por la actividad política en la Institución educativa que él conducía.

No sé si era porque el sol lo habría encandilado o porque buscaba crear un ambiente tenebroso, el despacho estaba en una semi penumbra. Estábamos solamente él y yo, su escritorio inmenso, vacío, solamente adornado por un pequeño busto del general San Martín, que señaló cuando quiso hacer referencia a la tarea supuestamente patriótica con la que él estaba supuestamente comprometido.

No logró intimidarme, al punto que solamente lo comenté con algunos compañeros que me sugirieron hacer la denuncia con las organizaciones estudiantiles (incipientes en aquel momento). Para cuando me convencí que era mi obligación como militante com-

partir las amenazas, se planteó la movilización que terminó con los cupos de ingreso. El poder de las autoridades universitarias estaba tan desgastado que lo de Nores Bordereau resultaba poco más que una bravuconada.

Cuatro años después de haber sido amenazado en la dirección de la ECI, volví a la misma sala, con la diferencia que su habitante para esta nueva época era María Paulinelli. De ella aprendí muchas cosas respecto de la profesión, la teoría y el oficio de escribir. Nos había enseñado entre tantas cosas) que la estructura de “pirámide” con la que se escribía en el periodismo clásico, y que había quedado “invertida”, sucumbía ante la estructura desestructurada del Nuevo Periodismo en el que, a diferencia de los pretendidos sincretismos de los estilos tradicionales, el estilo literario otorgaba nuevo valor al texto, facilitando no sólo su comprensión, sino que el lector llegara a apoderarse del mismo. La oficina era totalmente distinta de aquella en penumbras a la que me habían “citado” en diciembre de 1982, porque ahora no existían cortinas ni ventanas cerradas, y porque su nueva habitante la iluminaba por completo. Me tocaba atravesar, como tantas otras veces, alguna crisis existencial y la suavidad de la relación que habíamos construido en las clases, se había estirado hasta una incipiente amistad que terminó algunos meses más tarde cuando me alejé de la Escuelita. Amistad aquella que me permitió que, en esa visita a la Dirección de la ECI, María me explicara sin ningún tipo de pretensiones, cómo comprendía la vida desde un lugar diferente: un punto en el que los afectos se sumergían todos en el mismo mar calmo y se hacían caricias aunque, a veces, pareciera que se habían rasguñado.

La cuarentena llegó casi en silencio, como llegó el otoño, una de las estaciones intermedias en el transcurso circular de los años y de la vida.

Al otoño todos lo esperábamos. La pandemia es una desagradable sorpresa que dispara un volúmen de miedos, pensamientos, reflexiones, suposiciones, producción científica, cultural y disputa política que parece no tener fin y que nos pone frente a frente con

decisiones tan vitales como enajenadas.

Comprender el significado de un número que ni siquiera se puede escribir, referido a personas que murieron, mueren y van a morir en el transcurso de esta epidemia, se aproxima en dificultad a participar del dolor que produce para cada cual la muerte de otro. Poder identificar a las víctimas en el entorno cercano es tan solo la posibilidad, que nadie desea, de acercarse al abismo de la pérdida de personas queridas. Pero tan solo acercarse.

Algunos (la mayoría) se preguntan cuándo vamos a salir, y le agregan la duda (en infinidad de sentidos) sobre el cómo saldremos. Otros nos preguntamos, también en más de un sentido, si vamos a salir.

Mi ventana no es muy grande, está delante de mi escritorio y apenas unos centímetros por encima de la línea de mis ojos. Está hecha con dos hojas de madera que contienen aquellos ocho trozos de vidrio, es clara, cálida y en el medio –entre las dos hojas– tiene un seguro de bronce que le da un aspecto más estricto del que su sola presencia impone. Entra el sol de frente por la mañana y en la medida en la que transcurre el día, el resplandor se va tiñendo de oscuro y hace más fácil mirar para afuera.

Lo que vea de ahora en adelante a través de mi ventana, será el reflejo de cómo entre todos seamos capaces de ayudarnos.



De pronto, despertó

DANIEL SALAZAR
Córdoba, Argentina.

DE PRONTO DANIEL SE DESPERTÓ CON EL SONIDO DE LOS PÁJAROS y observó desde la ventana cómo todo el parque central del Complejo donde vivía era invadido por una bandada de teros, palomas, tordos, horneros y gorriones. Eran tiempos de cuarentena obligada por un virus y un paisaje literalmente perdido volvió a aparecer ese día.

Miró y escuchó con asombro, esbozó una sonrisa y luego su mirada se focalizó en un pensamiento que lo transportó a los tiempos lejanos cuando con sus amigos solían caminar por las calles surcadas por las acequias y entre viñedos y frutales hasta la “puerta del campo”, que era una especie de dintel que formaba una canaleta y el terreno al terminar la zona urbana de casas de adobe, que marcaba el límite con el suelo abierto y agreste, en medio de los mismos sonidos que emitían las aves. Un chapuzón en las aguas de deshielo que trasladaban las canaletas para el riego, era suficiente para continuar el recorrido en las ardientes siestas de verano. Pero el agua no estaba contaminada y los rayos invisibles de la energía del sol que llegaban a la superficie de la tierra no eran dañinos.

Mientras, los amigos caminaban las calles de tierra y entre los surcos de las plantaciones, comían frutas maduras y sin venenos para perfeccionarlas, respiraban aire puro y miraban límpida la pre

cordillera que se levantaba majestuosa en el horizonte.

Entre Daniel, Carlos, Luis, Roberto y los varios Jorge del grupo no existía la envidia, ni el individualismo, no había competencia, ni egoísmo, ni codicia, ni avaricia, ni ira, ni soberbia. En el recuerdo, el paisaje y los pájaros eran otros: cardenales, canarios, jilgueros. Pero la esencia era la misma, “*la naturaleza no ha muerto, estaba escondida*” se dijo Daniel.

Como toda transportación de la mente en tiempo y espacio, el pensamiento duró apenas unos segundos. Daniel volvió al presente, se vistió, se higienizó, desayunó junto a su pareja y buscó qué hacer en el tiempo sin prisa de la cuarentena. Ese día ya no era tan temprano, pero consideró que aún no era tiempo de encender el televisor y tampoco eligió la radio. En cambio, como la mayoría en los tiempos de la post verdad, acudió a la computadora para informarse. Comenzó por los diarios digitales y empezó a leer con el mismo asombro que había experimentado al mirar por la ventana esa mañana: cómo la naturaleza tenía pase libre para exhibirse cuando el ser humano se ausenta de los lugares que solía frecuentar.

En Puerto Pirámides, por caso, la ausencia de turistas y la reclusión de los habitantes locales permitieron a un grupo de guanacos pasearse libremente por la costa chubutense. El suave sonido del mar y del viento, más la imagen del andar tranquilo de los animales regalaban una sensación de paz profunda. Simultáneamente, los lobos marinos avanzaban por las calles del puerto de una vacía Mar del Plata.

“*El aire que se respira en Santiago está más limpio que hace dos semanas debido principalmente a un menor movimiento de automóviles en la capital y de la actividad industrial*”, decían desde Chile; “*la contaminación del aire bajó a la mitad por aquí*” replicaban desde la Ciudad de Buenos Aires. En Cartagena, como efecto colateral de la prohibición de actividades marítimas y del turismo, las aguas del mar volvieron a ser de un verde esmeralda, “como hacía muchos años no se veía”, anunciaban los colombianos.

Daniel no tenía más que a su pareja para intercambiar comentarios mientras leía y no quería de momento distraerse en conexiones

a través de las redes para compartir lo que le llamaba la atención de lo que sucedía con la naturaleza en todos los rincones del planeta. Siguió adelante con su lectura.

Atrapado por lo que iba leyendo, quiso saber si la hora de la naturaleza también había llegado al viejo continente o al lejano oriente. Y no tardó en conseguir esta información. Él ya sabía que las tecnologías de la comunicación habían convertido al Planeta en una pequeña aldea. Ahora, la expansión de un virus que casi simultáneamente asolaba cada rincón de la tierra estaba corroborando lo pequeño que se había vuelto el mundo. La situación era la misma. *Alors que la France continue son confinement, la faune reprend sa place dans la capitale. Les canards ne restent plus sur les quais de Seine mais se baladent désormais dans les rues calmes de Paris en début de soirée, près de la Comédie Française par exemple.* (A medida que Francia continúa su confinamiento, la fauna retoma su lugar en la capital. Los patos ya no se quedan a orillas del Sena, sino que ahora deambulan por las tranquilas calles de París a primera hora de la tarde, cerca de la Comédie Française, por ejemplo). *I canali di Venezia ruotano intorno alla trasparenza delle sue acque e ha persino trasformato la vita marina. Pezzi, anatre, cigni e definiscono ancora una volta aggrati nei canali tradizionali.* (Los canales de Venecia recobraron la transparencia de sus aguas e incluso ha vuelto la vida marina. Peces, patos, cisnes y delfines volvieron a merodear por los tradicionales canales). También, corzos europeos que habitan las montañas Tatra que extienden la frontera entre Polonia y Eslovaquia fueron vistos cruzando la carretera semi vacía en Zakopane, al sur de Polonia. Daniel estaba inquieto y decidió ir un poco más allá: imágenes de los chacales que aullaban en el Parque Hayarkón, en el corazón de Tel Aviv, Isarel. Un reportaje sobre el entusiasmo y el desconcierto de los ciudadanos de Jalandhar, en la India, al poder observar desde sus hogares los picos de la cordillera del Himalaya.

Paró, respiró unos segundos y se hundió en una profunda reflexión. ¿No será que la pandemia es el ser humano? Luego lo dijo en voz alta. Su pareja, que por momentos le prestaba atención, casi que estuvo de acuerdo.

Sin ser un militante de estas causas, Daniel se preguntó si no sería tiempo de estimular las economías verdes, la economía circular. Si no el momento de que se dispongan regulaciones ambientales para la disminución de gases de efecto invernadero en el mundo, que las plantas de energía, las fábricas y otras instalaciones informen sobre la contaminación del aire y el agua.

“No es casualidad que el virus ataque nuestros pulmones y nos obligue a guardarnos en casa. Así le damos permiso para respirar al planeta”, pensó.

No fue militante, pero siempre fue cuidadoso de no agredir el medio ambiente. Su formación en tierras mendocinas donde todos los días se lustraban las veredas con querosene o brilla pisos y donde daba vergüenza arrojar un simple papelito al piso, lo marcaron. Mientras caminabas y recordabas el slogan oficial: *“una ciudad limpia no es la que más se barre sino la que menos se ensucia”*.

El cuidado del agua también era esencial en una provincia desértica en donde los oasis son ecosistemas modificados por la acción del hombre, ganándole partes al terreno agreste con el riego artificial. El vital elemento dependía de la nevada en el invierno y del deshielo en el verano, que surtía de agua a la planta potabilizadora. Otra parte, medida por el estado, se destinaba a la irrigación de los cultivos. Unos cuantos años después -cuando vivió en carne propia la falta de agua potable en Isla Grande, en Porto de Galhinas o en Tulum- terminó de convencerse de lo que significaba la falta de este vital elemento.

Volvió a pensar en su tierra natal, en Mendoza. Una ciudad verde con un ejército de jardineros dedicados al cuidado de los árboles y de las plazas impecables. El Parque General San Martín, uno de los pulmones verdes más importantes del país también había contribuido a formar su conciencia ecológica. Ese Parque de gran magnitud era uno de los paseos turísticos característicos de la provincia, al que se ingresaba por los majestuosos portones de estilo francés. Las calles internas tenían el nombre de los árboles plantados a lo largo: avenida de las tipas o de las palmeras. Había hermosas esculturas de estilo escocés, francés, italiano y americanista, que compo-

nían el heterogéneo conjunto escultórico del Parque. Entre las más características, la de los Caballitos de Marly o el Monumento al Ejército de los Andes. También dentro del Parque se encontraban el extenso lago artificial, el Jardín Zoológico, el Museo de Ciencias Naturales, el Estadio Mundialista, el Teatro Griego Frank Romero Day, donde cada marzo se realizaba el acto central de la Fiesta de la Vendimia, el Cerro de la Gloria y el Challao. El parque era además lugar de concentración de la sociedad mendocina para el esparcimiento, especialmente los fines de semana y fundamentalmente en las calurosas noches de verano en las que las familias llegaban provistas de mesas, sillas y comida. Allí se quedaban hasta altas horas de la noche, incluso entrada la madrugada. Esas noches competían en concurrencia con el tradicional festejo del día de los Estudiantes, en el inicio de la primavera, que era el principal lugar de encuentro de los jóvenes. A pesar de la cantidad de visitantes, el parque era un espacio sagrado al que todos respetaban y cuidaban, era el principal pulmón de la vida del lugar.

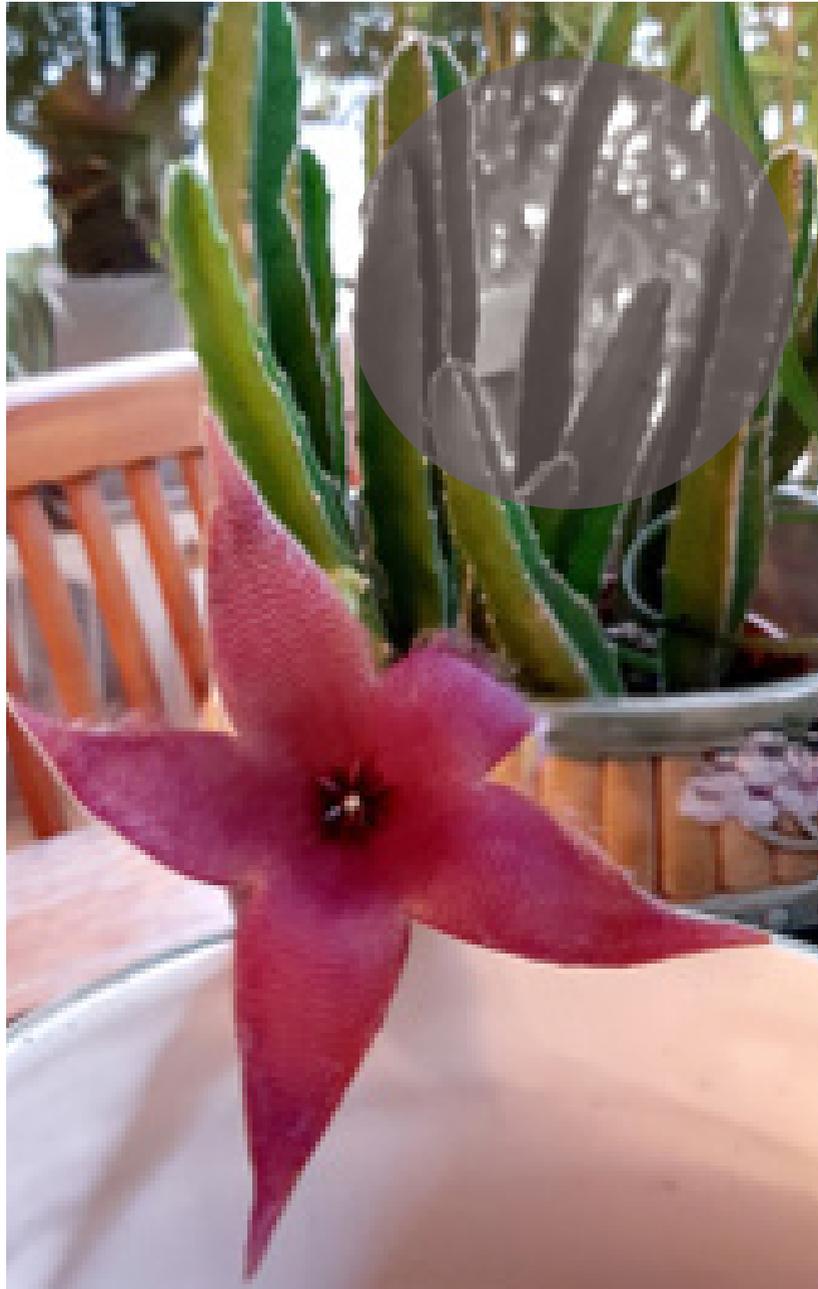
De regreso de sus recuerdos, Daniel advirtió que el hombre estaba muy lejos de poder garantizar la protección de las reservas del planeta y se entristeció de que las relaciones humanas estén invadidas por la envidia, el individualismo, el egoísmo, la codicia, la avaricia, la ira, la soberbia. Esta tenía que ser la causa de lo que la Organización de las Naciones Unidas señala como los cinco grandes problemas de la humanidad: el hambre, la desigualdad, la contaminación, el acceso al agua potable y los conflictos bélicos.

“Que el Ojalá para los ateos, la Energía superior para los agnósticos, o Dios para los católicos, o Ala para los musulmanes, o el Dios hebreo אלוהים ayude a la clase política y a los seres humanos a repensar que no se puede seguir así, que hay que cambiar”, le dijo Daniel a su pareja. Con un ejemplar del Financial Times abierto en la página editorial leyó en voz alta: *“Se requieren reformas radicales para forjar una sociedad que funcione para todos. Los gobiernos tendrán que aceptar un papel más activo de la economía y poner en discusión los impuestos a la renta y a la riqueza”*. Pero había un “pero”: *“el virus y los bloqueos económicos necesarios para combatirlo también arrojan una luz deslumbrante sobre*

las desigualdades existentes. Tenemos que ir hacia un contrato social que nos beneficie a todos". Estas palabras le regalaron una esperanza.

Acto seguido Daniel abrió su Facebook y decidió compartir un posteo de su amigo Alberto: "*Lo peor de las pestes no es que mata a los cuerpos, sino que desnuda a las almas y ese espectáculo suele ser horroroso*" (Albert Camus, "La Peste").

Y recordó aquel poema sobre Los muertos, de autor anónimo: "*No son muertos los que en dulce calma disfrutaban de la paz de su tumba fría, muertos son los que tienen el alma muerta y viven todavía*".



Parí, como parió mi stapelia grandiflor

MARIANA WINOCUR
Buenos Aires, Argentina.

HACE POCOS DÍAS SE ABRIÓ LA FLOR DE MI *STAPELIA GRANDIFLORA*. Lo que primero parecía un brote más de esta planta tipo cactus se transformó en una bolita que fue creciendo, engordando, hasta que explotó en cinco pétalos que simulan una estrella. Una estrella carnosa, color borra vino intenso. Me sentí afortunada. Sentí que esta flor es una ofrenda de la vida en medio de tanto desasosiego. De tanta desesperanza. Esta flor es una certeza de vida y de belleza como lo son sus pétalos tan peludos, tan a la espera de que algún insecto se pose sobre ellos y caminen hacia su centro para polinizarla. Para que pueda reproducirse.

Había estado esperando esa flor por mucho tiempo. Casi desde que robé un gajo tirado de la planta que está en casa de mi mamá y lo traje a Buenos Aires. Por eso cuando nació mi flor lloré de la emoción, literalmente. Le tomé mil fotos y las compartí por redes sociales como quien muestra un bebé recién salido del cuerpo materno. *Miren la flor que nació en una planta de mi balcón. Miren qué hermosura. Miren mi balcón en cuarentena.*

Estamos en cuarentena. *Quaranta giorni* de aislamiento para evitar la transmisión de una enfermedad, aunque en el caso del coronavirus pueden ser más, muchos más. La palabra que define esta etapa de vida planetaria remite, también, a los cuarenta días del periodo

que se extiende desde el parto de un ser humano hasta que el cuerpo que le engendró vuelva a las condiciones pregestacionales. Pienso en términos de metáforas. Entonces recuerdo que hace pocos días nació Valentina, la nieta de mi amor. Sí, es hermosa según pude comprobar con las fotos que recibimos. ¿Deberemos pasar 40 días para poder conocerla en persona? Me entusiasma y conmueve esta idea de ser abuela postiza, babastra, de poder tener nietxs -¿nietas-trxs?- sin haber tenido hijxs.

Veo mi *stapelia grandiflora* en flor a través de la ventana que da al balcón del departamento en el que vivo desde hace seis años. La ventana es mi único límite con el afuera real. Y el balcón representa el encuentro con el aire libre que respiro todas las mañanas cuando salgo a disfrutar de este rincón de naturaleza. Ahí desayuno, tomo el sol que puede atravesar el muro de cañas verdes que inventamos como jardín vertical para cortar con tanto cemento edificado, y que nos procura algo de intimidad. Esos minutos en el balcón se han convertido en el antídoto contra el encierro.

Estoy encerrada en el depa desde el primer día de aislamiento social obligatorio. Pero también me siento encerrada en un círculo de reflexiones sobre mi vida, sobre cómo me encuentra, sobre dónde y con quién me encuentra. Sé que estoy en el lugar adecuado y con la persona elegida. Soy afortunada. Pero en estos tiempos de reflexiones, la tristeza, la angustia y la desesperanza se cuelan intermitentemente. ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué futuro nos espera como comunidad? ¿Y en lo personal?

Noto que el encierro también ha arrastrado mis palabras hacia su interior. Me callo. Me repliego. Tránsito largas horas de silencio. Escribo, pienso, lloro. Mi voz también se ha puesto en pausa, como ese instante de acallamiento que produce la hoja en blanco frente a la cual no surgen las palabras que dejen constancia. Pero este encierro de palabras no da pánico, como puede dar la hoja en blanco. Al contrario. Da cierta paz. Quizá porque esta inquietud que me está dejando sin palabras sea la antesala de una vida comunitaria menos egocentrada y gritada. Menos meritocrática y exitista. Menos conversada y más abrazada. Menos declamada y más de poner el cuerpo. Menos pensa-

da “desde la competencia curricular, de cuánto éxito hemos alcanzado en la escala profesional” y más desde la solidaridad, la empatía, desde el reconocimiento hacia lxs otrxs. Me esperanza esta antesala a una vida más vivible en términos comunitarios.

Navego en la cornisa de una frontera entre el afuera que se va despoblando y el adentro en cuarentena que se va llenando. De pronto, la música impiadosa de Camilo Sesto se mete adentro de casa y no hay ventana cerrada que pueda pararla. *Perdoooooonameeeeeee, perdoooooonameeeeeee, perdoonameeeee...* Si grito cuando yo debo callar. Sí, les digo con mis pensamientos a los vecinos del fondo, ustedes deberían callar en lugar de gritar. Ustedes deberían taparse con el pliegue del codo la boca cada vez que estornudan, a los gritos también. Ustedes deberían jugar a la *playstation* con la ventana cerrada para que esa guerra virtual de la que participan no se meta hasta mi dormitorio, me hagan creer que son helicópteros verdaderos los que están llegando hasta mi lugar y me anuncien algún desembarco militar. Pero mis vecinos no me escuchan. Ni piden perdón, como Camilo.

Calmando el grito dizque musical vuelvo a mis tiempos de silencio. Me pienso y hago una pausa en los “deber ser” que tengo que cumplir. Entregar mi proyecto de tesis de maestría sobre identidad no binaria en Argentina. Poner en marcha el taller de autocuidado para abogadx que patrocinan a víctimas de violencias de género. Participar de las reuniones virtuales con activistas por los derechos de las personas LGBT... Mi relación con la computadora y el mundo virtual no parece haber cambiado demasiado en estos tiempos de vida puertas adentro. Pero sí ha cambiado mi perspectiva sobre estos trabajos. ¿Puedo fingir que todo sigue igual y entregar lo entregable en tiempo y forma? Ahora que nos estamos moviendo de lugar, ¿cómo nos relacionamos? ¿Cuáles son las nuevas reglas de juego? Ha cambiado mi vida cotidiana. Ha cambiado la vida de todxs.

Claudia nos comparte por whatsapp el recordatorio para tomar sus clases de Tai Chi-Chi Kung virtuales. Son para mejorar la circulación energética de las articulaciones, explica cuando nos pasa el

link al salón de las citas. Me vienen bien sus clases, porque a esta edad mis articulaciones ya se están haciendo sentir. Algo de artrosis me aqueja. Cuando el médico me dio el diagnóstico, en esos tiempos en los que una podía trasladarse en transporte público rodeada de muchas personas desconocidas con quienes compartía hasta los estornudos y las toses, fue prudente.

—Usted tiene algo de artrosis en la rodilla izquierda.

—¿¿¿Artrosis??? Eso es porque estoy vieja, ¿no es cierto? (yo con cara de pánico)

—No necesariamente, es porque ha habido cierto desgaste.

En estos días de guardar, en los que los discursos médicos meticulosos nos dividen por edades y condiciones de salud preexistentes, me reconforta saber que -por suerte- no formo parte, aún, del grupo etario de riesgo. Y eso que nací cuando Kennedy aún estaba vivo (a la semana lo asesinaron) y el presidente argentino era Arturo Illia. Inhalo y exhalo con el Chi Kung, muevo la energía y el cuerpo y con ello se mueven mis ideas.

Paso lista a mi vida, a cómo terminé aquí y ahora. Soy muy respetuosa de las consignas que compartieron las editoras. Me encuentro cara a cara con mis decisiones vitales y saltan a la vista las migraciones que emprendí para huir de un amor y para volver a ese mismo amor. En el medio, mi descubrimiento como feminista, mi interés por reflexionar sobre qué son los géneros y cómo llevan implícita la disputa por el ejercicio de la libertad, y la lente del psicoanálisis para filtrar las verdaderas intenciones en los actos que discriminan. Para entender cómo, en las violencias, hay deseos de ser *esx otrx* a quien se pretende eliminar.

Vuelvo a este pequeño espacio que habito. Pensarme bajo el concepto de ventana me limita. Como me limita saber que lo virtual intenta desplazar a lo real. Porque reales son las tristezas que me agitan el corazón por pérdidas familiares recientes y lejanas, por las soledades y penas de quienes me rodean ahora a la distancia. Por el desasosiego que intenta instalarse ante un futuro que, aunque colectivo, incierto. El encierro de este lado de la ventana agita fantasmas que se han encerrado conmigo y revolotean sin parar.

Intento salirme de este vórtice de inseguridad y pienso en que tengo que colgar el cuadro que me regaló mi tío. En sus pinturas predomina lo no figurativo, pero siempre hay algún punto que remite a alguna imagen convencional, a algún significado reconocible. Planeo cada uno de mis días y la colgada del cuadro está entre las actividades agendadas.

Limpio. No sólo paso el trapo al piso con una periodicidad admirable, también unto un paño con lavandina diluida a todas las superficies de alto contacto, como nos explicó Lucas, el médico que vive en el 5to piso.

Cocino. La cuarentena cayó justo en días de paisaj. Preparé cena de *guefiltefish* y *kneidlaj*. Mi mamá, que desde hace unos meses es viuda y vive sola, se unió a la cena a través de skype. Ella no preparó comida típica siguiendo al pie las recetas de mi abuela rusa, pero compartió su sandwichito en familia.

Leo. Preferí no mirar la serie: quise leer a Margaret Atwood en papel y terminé *El cuento de la criada* en estos días de encierro. La distopía amenazó con instalarse.

Escribo. Preparo un relato sobre mi vida en cuarentena, sobre los discursos de odio que repiten los medios de comunicación o sobre las tradiciones que mi abuela nos pasó generacionalmente.

También hago gimnasia con Heather Robertson. Alta intensidad y bajo impacto. Por mi rodilla con artrosis.

Pasa el tiempo y el cuadro sigue sin ser colgado. Siento que me regodeo en el hecho de pensar que tendré una actividad para hacer mañana. Una ocupación más. Por eso procrastino la colgada del cuadro *ad infinitum* yo, que soy la antítesis de la procrastinación.

Vuelvo a mirar hacia afuera pero para mirarme hacia adentro a través de la ventana, que se ha transformado en una metáfora de fronteras. Hago un *racconto* fugaz sobre mis fronteras, sobre mi vida a ambos lados de las geografías que habité, Argentina y México. Sobre el filo entre ambos lados de la vida/muerte, tan presente en estos tiempos míos. Me pienso a ambos lados del proceso vital joven/vieja, del encierro/libertad, de salud/enfermedad. Y al mismo tiempo trato de zafar del binarismo. De los binarismos. Aprendí,

muchas veces a fuerza de rabias y frustraciones, que los matices son importantes, que aportan color, que hacen brillar.

—Oh, qué bien, ¡ha descubierto el color gris!, me dijo una vez mi psicoanalista con énfasis. Ya no es todo blanco o negro.

—¿Vio? Siempre puedo aprender...

Me reí como quien se ríe luego de haber sido pillada con una travesura. Y me reí, con harta satisfacción, porque con el descubrimiento de los miles de grises posibles incorporé nuevas formas de disfrutar, de nutrirme, de expresarme, de sentir.

De pronto abro una botella de buen vino rojo oscuro y disfruto su sabor. En casa hay una cava repleta de etiquetas que se antojan. Reposan a 17 grados esperando que vayamos a su encuentro para que el licor que tienen adentro se exprese, se abra. Como la flor de mi *stapelia grandiflora*, también color borravino.

Vuelvo sobre mi ventana y una imagen me aborda una y otra vez. La de la ventana que abrí hace poco para que la última energía de mi papá se fuera por el aire hasta las estrellas. Hay que abrir las ventanas de quienes se están yendo, me había dicho mi amiga mexicana cuando me contaba cómo vio la energía de su mamá que acababa de morir salir hacia el aire. Seguro que viajó al mismo lugar que mi papá. Seguro que formará parte de las estrellas, porque como escribió alguna vez Ernesto Cardenal, “Después de la muerte contribuiremos a formar otras estrellas y otras galaxias. De las estrellas somos y volveremos a ellas”. Mi papá y la mamá de Araceli hoy son estrellas, tan estrellas como mi flor de *stapelia grandiflora*.

Salgo a veces a hacer compras. Últimamente me he puesto cubrebocas antes de salir. Uso el que nos alcanzó Facu, el vecino de PB que trabaja en una farmacia y ofreció a todo el consorcio que le pidiéramos lo que necesitáramos. Como no podía ser de otra manera, basta que ponga un pie en la calle para que la cara empiece a picarme de manera continua. Aun con cubrebocas. Me asusta este virus invisible, pero más me asusta pensar en esta pandemia bajo la metáfora de la guerra que escucho casi a diario para explicar cómo funciona el bicho y cómo hay que combatirlo. Enemigos, ataque, combate, guerra. Táctica y estrategia. Sobrevivientes. Y me asusta

ese navegar por el delgado límite de hacer la vista gorda o reportar ante las autoridades -ante LA autoridad- a quien incumple el encierro obligatorio.

—¿Me pareció a mí o el del 4to piso no sólo estuvo de joda hasta pasadas las 2 de la mañana, sino que con gente de afuera?, pregunta un vecino en un reducido grupo de chat.

—Desde mi depa no escucho a los del 4to. Pero si hubiera sido así, ¿habría que llamar al 148 para reportarlo? No lo sé. Son tiempos muy peligrosos, pero todes debemos estar pensando en que si es bueno o no “reportar” a quien inclumple el encierro...

¿Nos convertiremos en vigilantes o estos tiempos afloran el vigilante que ya estaba en el interior de muchxs desde antes? ¿Quién saca “el enano fascista” a pasear en plena cuarentena? Sigo reflexionando sobre nuestro lugar en este mundo. Sobre la vida que queremos. Si hay algo de lo que estoy segura es de querer una vida comunitaria, solidaria, en-redada. No quiero que nadie sea vigilante de nadie.

Vuelvo a mirar hacia el balcón. Hoy mi flor ha amanecido doblada por la mitad, como si las puntas de la estrella se hubieran convertido en dedos de manos implorantes que intentan retener algo. Quizá haya atrapado algún insecto. Recorro a la explicación de Cristina. “*A esas plantas las polinizan insectos como las moscas, por eso su flor tiene ese olor medio fuerte. La flor es la única chance que tiene la planta de multiplicarse, de perdurar. De hacer que un bicho se lleve en la panza su polen, lo más lejos posible y que encuentre otra flor de su misma especie y la fecunde. O que la fecunde ahí mismo. Fructificada esa flor, es una semilla que podrá irse en la panza de un pájaro, una vaca, lejos de la madre para que crezca*”. No creo que en mi caso se vaya en una vaca. Lo más probable es que sea en un pájaro.

La flor de mi *stapelia grandiflora*, mi planta robada que creció y floreció en plena cuarentena, permanece doblada por la mitad. Está atrapando algo. Como yo, que hoy he podido atrapar algunas imágenes y las palabras que necesitaba para terminar este relato.



Matutina: caracoles

CYNTHIA ZAK

Miami Beach, Estados Unidos de América.

HACE RATO QUE OBSERVO A LOS CARACOLES. MÁS QUE MIRARLOS, los analizo, tratando de ser detallista en todas características de estos bichos alucinantes. Fascinantes la lentitud y su paso silencioso, misteriosos eternos que siempre dejan algún rastro sutil. Ahí van ellos con su arquitectura en la espalda, el espiral infinito, la casa auestas. Ahí van estas babosas criaturas como obras de arte arrastrándose por doquier.

El diccionario dice que el caracol es un molusco provisto de un caparazón y un pie carnoso mediante el que se arrastra. Hay especies terrestres y especies acuáticas. Los caracoles terrestres acostumbran a vivir en lugares húmedos y están provistos de pulmones, un caparazón débil y dos pares de tentáculos en la cabeza. Por si esta maravilla fuera poco, los caracoles son hermafroditas: producen tanto espermatozoides como óvulos. Deben acoplarse porque no pueden autofecundarse. Están equipados de un órgano reproductor masculino y del órgano receptivo correspondiente. Pero lo que más me fascina es su caparazón -que crece por secciones, formando un espiral- y está formado principalmente por carbonato de calcio. Para producir una casa fuerte y duradera, los caracoles necesitan una buena cantidad de calcio en sus dietas.

Los caracoles abundan en el clima del trópico, húmedo y fértil

como un sauna que nunca se apaga. Por eso siempre están en mi patio. Ellos son felices deambulando entre la red de voley, Yoga, mi perra, las colchonetas de yoga (para volcarse al estiramiento cotidiano), el pasto requeteverde, las sillas y la parrilla y todo lo que veo desde la ventana de la cocina. Van y vienen con la casa a cuesta, camuflados con los pájaros azules y los cardenales rojos de mi jardín, que se los quieren comer sin vergüenza.

Los observo y se convierten en una meditación matutina, comienzo a sentir mi casa interior, mis similitudes con los caracoles del pasto, mi posibilidad de encontrar un espacio silencioso, inagotable, fuera del tiempo dentro mío.

Son maestros del cambio y la transmutación, parecen prehistóricos y me recuerdan que contengo toda la información del universo.

Sigo meditando mientras camino con ellos, cada paso en el pasto digo gracias, hago mi camino de gracias y los sigo. Sus caparazones son coronas, trofeos, adornos insólitos y busco en mi latido eso mismo: esa elegancia sin esfuerzo para transitar lo que venga.

Construyo mi casa interior, la voy poniendo en planos, la armo como quiero, le pongo ventanas por doquier que nunca se cierran y no tienen rejas.

Respiro, suelto, entrego, agradezco son los muebles de la sala. Asombro, magia, música, latido de la comida en la mesa.

Igual que los caracoles tengo mi casa adentro y la certeza absoluta de que puedo sentirme fuera, libre, aunque esté encerrada en cuarentena. Igual que los caracoles con sus caparazones, estamos coronados, somos más humanos, interdependientes de todo y todos. Tan vulnerables como poderosos, tan llenos de dudas como de respuestas.

Nuestra cabeza abierta a lo divino, nuestros pies honrando esta tierra que tanto nos necesita, la casa interior radiante.

Poema adicional de caracoles

*Nos sentimos al aire libre aunque estemos dentro
Disfrutamos estar adentro como si estuviéramos afuera.
Paseamos por la casa igual que en el parque.
Abrimos las ventanas de nuestros corazones.*

*Para nosotros el salir o entrar es solamente un detalle geográfico.
Llevamos la libertad por dentro.*

Transcurso del día: resistencia pacífica

En enero de este año me invitaron a un entrenamiento chamánico con un maestro que había conocido hace tiempo. Yo estuve en su casa en Utah en el 2019 para aprender su arte y esta vez, él vino a Miami con su equipo para profundizar en el misterio. Me sumergí tres días de gloria pura a explorar mi mente y sus vericuetos y al final de las sesiones hicimos un experimento que paso a relatar.

Éramos cien participantes. El maestro y su equipo colocaron una pared de más de un metro de alto entre ellos y nosotros. La pared ocupaba todo el ancho del salón y todos nosotros quedamos a un lado del muro. Teníamos 20 minutos para lograr que todo el mundo pasara al otro lado, sin voltear la pared o tocarla, si esto sucedía 10 de las personas que habían pasado al otro lado debían volver a comenzar. Evidentemente la única manera de pasar era levantarnos unos a otros y elevar la gente por encima de la pared.

En el grupo había de todo, pesos pesados, niños, una chica embarazada, abuelas, hombres de mediana edad que pesaban 90 kg o más, estaba el dueño del lugar mezclado con los empleados y nos tocaba armar una estrategia para pasarnos del otro lado los unos a los otros, sin que nadie se cayera. Además no nos conocíamos entre nosotros, es decir que la tarea había que hacerla entre desconocidos que tenían que ayudarse sin importar quiénes eran, qué pensaban, de qué color eran sus pieles o a qué partido político pertenecían. Todos teníamos que salir.

Al comienzo era el caos, todos hablábamos al mismo tiempo armando equipos para alzar a la gente y sacarlos del encierro mientras la magnífica oportunidad de observar mi mente comenzaba a hacerse evidente.

Hasta que el maestro dijo que la operación debía hacerse en total silencio, no estaba muy claro cómo lo íbamos a lograr. En el momento en que la experiencia debía silenciosa, todo cambió. Los ojos fueron nuestro lenguaje y así, simplemente así, al comenzar a

mirarnos sin palabras armamos la resistencia.

Los primeros en pasar fueron recibidos por el equipo del maestro hasta que hubo un grupo más compacto para agarrar a la gente del otro lado. Literalmente alzamos a las personas entre varios brazos, quién era pasado tenía que poner su cuerpo rígido para que no se doblara ninguna parte, los elevamos uno por uno y los entregamos por encima para que los demás los recibieran.

Mientras tanto yo y mi mente, ahí, observando detalladamente mis pensamientos, las emociones, las actitudes de los otros, los personajes interiores, los mandatos familiares del sacrificio, el fuego de ser la heroína, mis grados de confianza en los seres humanos, miedos, dudas, estrategias. A la tercera o cuarta persona que levantamos ya no podíamos percibir su peso. La gente era liviana como una pluma porque el tiempo se vencía y la adrenalina de salvar a todos era más fuerte que el ego.

Decidí quedarme entre los últimos, asegurarme que todos pasaran, que todos estuvieran a salvo del otro lado del muro. Habíamos quedado diez por saltar. Ahora me tocaba a mí pasar y la única manera de hacerlo era confiando y entregándome al momento.

Dos pibes me hicieron una escalera con sus manos, me subí, me levantaron y literalmente me lanzaron del otro lado, al aire iba. Lo que ví antes de flotar fue uno de los mayores regalos de mi vida: había un mar de brazos, manos esperándome y volé por encima de la pared hacia ellos. Todavía puedo sentir en mi cuerpo la sensación de todas esas manos sosteniéndome, aguantando mi cuerpo, asegurándose que llegaba sana y salva al otro lado.

Los participantes que quedaban pasaron ayudándose unos a otros haciendo pie y al final quedó una niña que pudimos agarrar de los brazos y tirarla hacia arriba. Pasamos todos en menos de 20 minutos.

Los chamanes son así de contundentes. No hablan mucho sino que hacen vivir la experiencia en el cuerpo para trabajar la mente. Meditación de gran profundidad que llega hasta la médula y premonitorio momento de lo que vendría.

Conclusión abierta

Caracoles y chamanes, meditación en acción para elevarnos sobre

las paredes impuestas, reales o imaginarias.

¿Cómo transito estos momentos que son la gran oportunidad de pasar los muros de los prejuicios para entrar en un lenguaje nuevo?

¿Qué apporto con mi trabajo periodístico, mis canciones, mis escritos, mi palabra que se escucha sin fronteras?

¿A quién ayudo?

Pongo en marcha la milenaria tecnología de la respiración consciente, vuelvo a la sensación de los cien brazos recibíendome en el aire y me lanzo al vacío de este tiempo maravilloso. No estamos solos, somos uno, siempre alguien te recibe, todas las partes son iguales, eres indispensable, soy vital para el planeta, eres el pulmón del mundo, somos el pulmón del mundo.

Llevo mi casa adentro. Los obstáculos están sólo en tu mente.